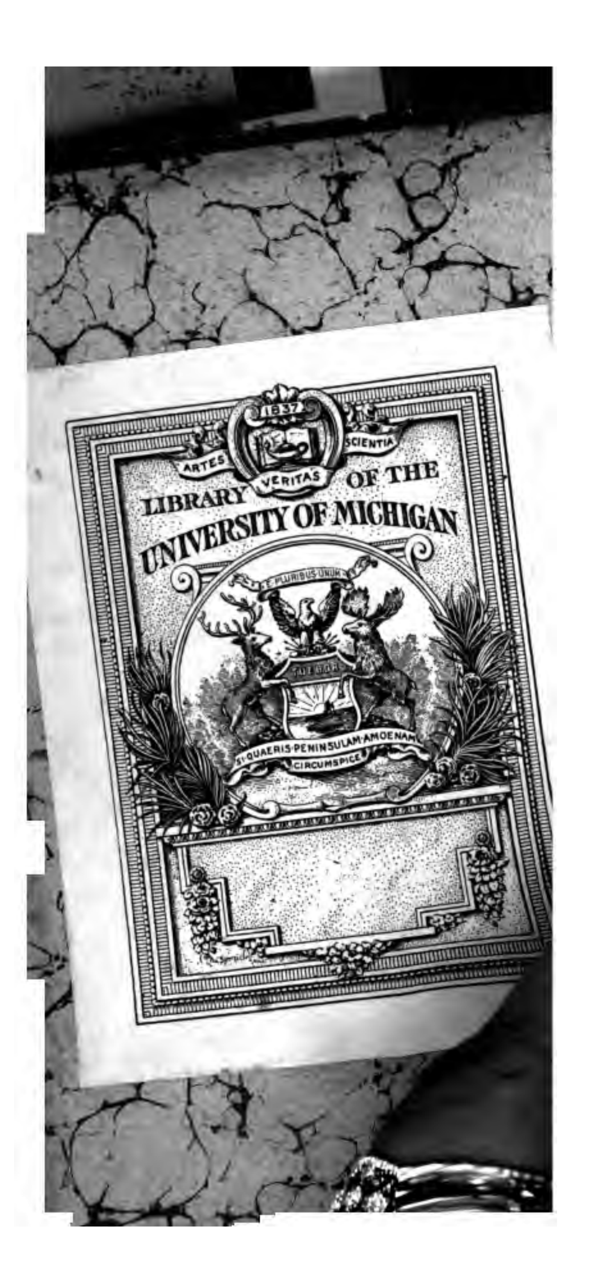
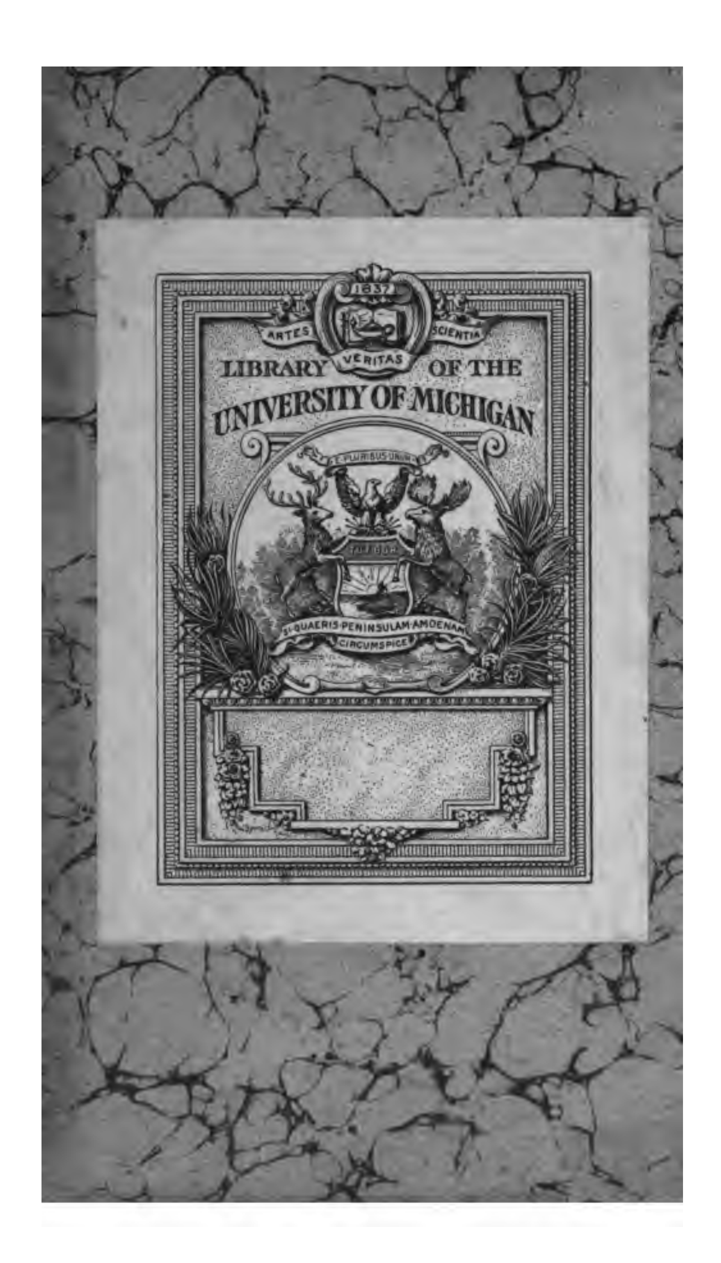
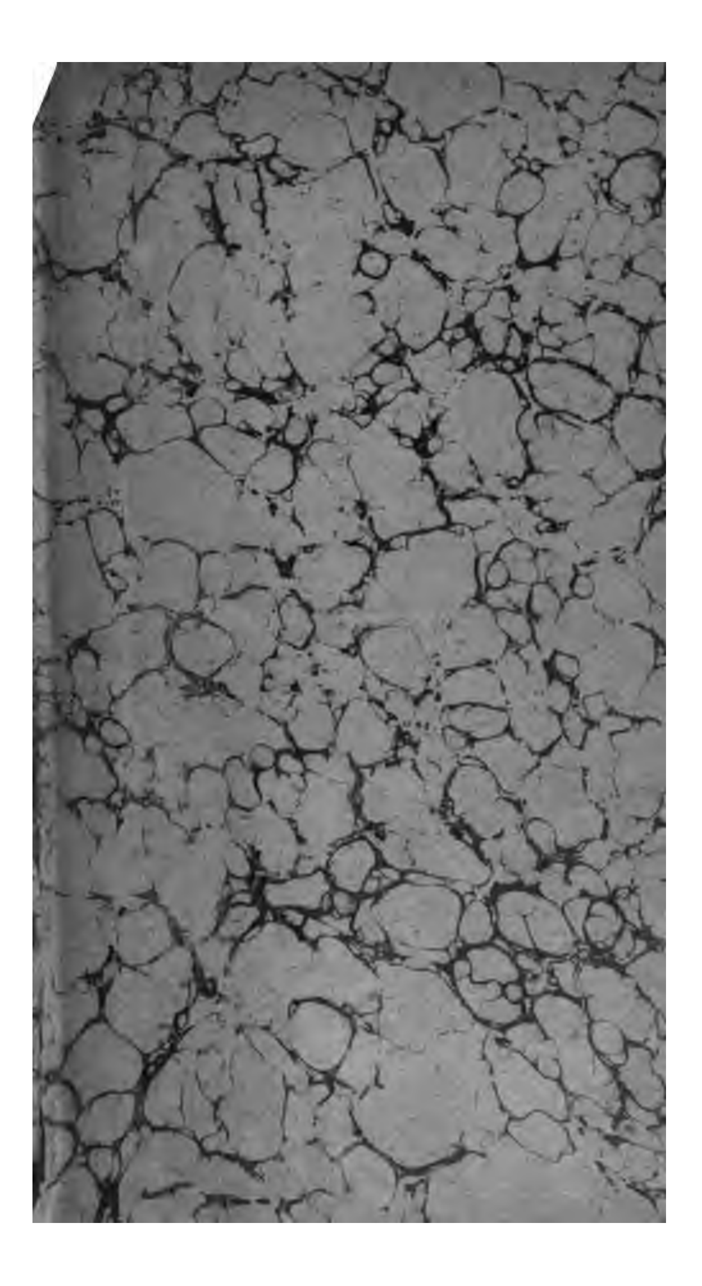
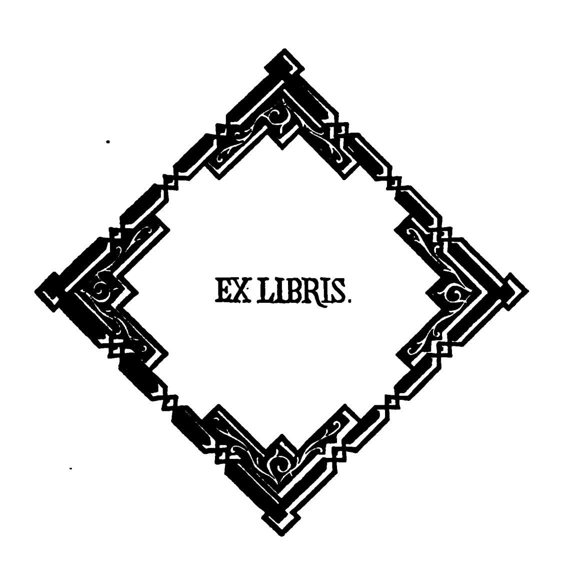



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE




EX LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

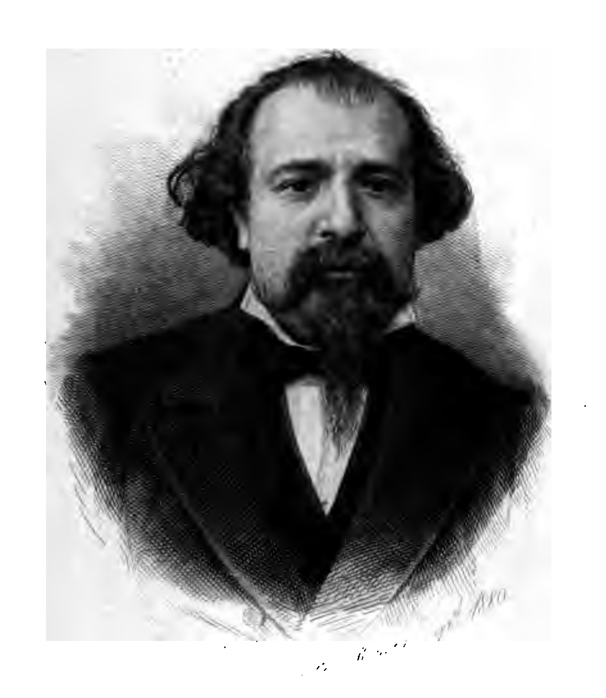
DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA

TEATRO

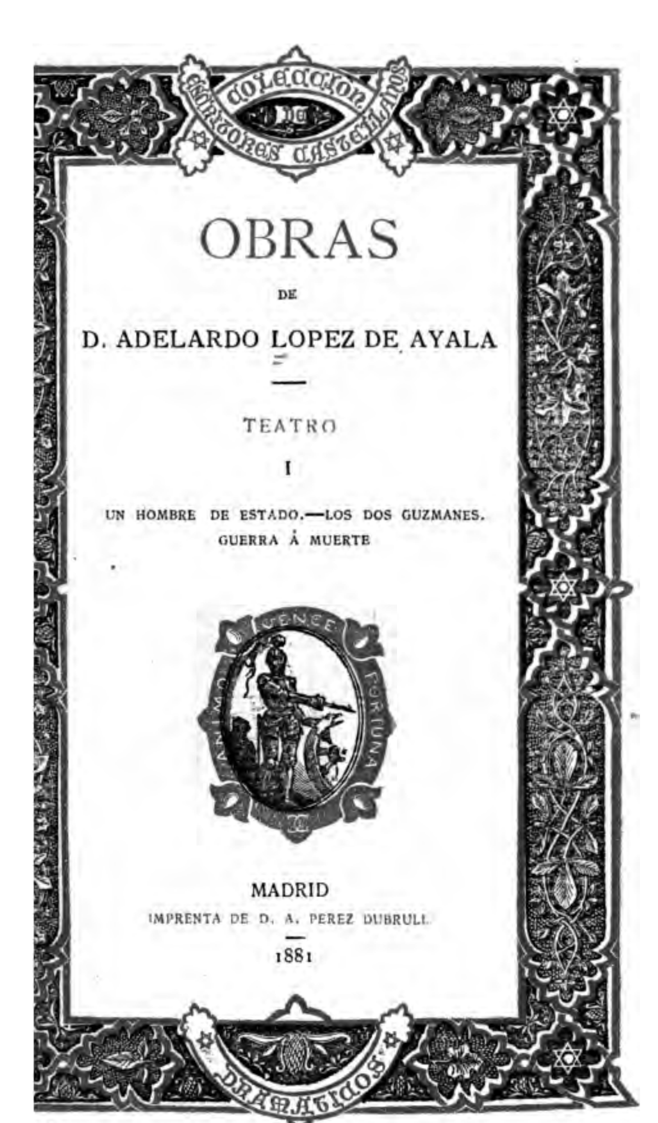
I

UN HOMBRE DE ESTADO.—LOS DOS GUZMANES.
GUERRA Á MUERTE.



A. L. de Ayala





OBRAS

DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA

TEATRO

I

UN HOMBRE DE ESTADO.—LOS DOS GUZMANES.
GUERRA Á MUERTE

MADRID
IMPRENTA DE D. A. PEREZ DUBRULL

1881

- I -

TIRADAS ESPECIALES.

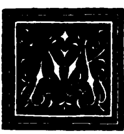
2	ejemplares	en vitela..................	*(Vendidos.)*		
6	»	en pergamino...............	*α*	á	*ς*
22	»	en papel china..............	*I*	á	*XXII*
32	»	en papel Whatman.........	*A*	á	*DD*
32	»	en papel Original Turkey-Mill.	*a*	á	*dd*
200	»	en papel de hilo............	*1*	á	*200*



SRES. D. MANUEL CAÑETE

Y

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS.



UY *señores nuestros y queridos amigos: Con dos objetos que de un mismo sentimiento nacen, dirigimos á Vds. esta carta. Es el primero, dar testimonio de la gratitud de que nos hallamos poseídos, por el amor con que han aceptado el encargo de coleccionar y disponer para una edición las obras de nuestro inolvidable hermano Adelardo (Q. E. P. D.).*

Siempre fueron Vds. sus amigos predilectos; pero nosotros podemos decir, profundamente conmovidos, que la muerte, en vez de debilitar, ha hecho más intensa la estimación que le profesaron y el cariño con que supieron corresponderle. Para desdicha nuestra, aunque para honra de los elevados sentimientos de Vds., tan estimadas y expresivas muestras de amistad tienen que buscar en la tumba á nuestro hermano. ¡Incontrastable realidad, que sólo consiente el tristísimo consuelo de grabar en nuestra alma, como recuerdo inextinguible, la conducta de tan nobles y leales amigos!

Es el segundo objeto de esta carta, manifestar á Vds. los señalados motivos de gratitud que nuestro hermano tenía del CENTRO HISPANO-ULTRAMARINO; *motivos que aquilatan y multiplican el generoso y solícito respeto con que espontáneamente se han apresurado á honrar su memoria individuos muy esclarecidos de tan ilustre corporación; motivos, en fin, que engendran en nosotros la contrariedad*

penosa de que puedan aparecer tibiamente agradecidos, por no tener ocasión de corresponder á ellos en la medida de nuestra voluntad.

Abrigaba el que no ha dejado de existir en nuestro corazón, propósito de dedicar la primera obra que brotase de su pluma, después de aquella que tan calurosamente acogió el público, al CENTRO HISPANO ULTRAMARINO, *del que muchas veces le oímos decir, al expresar el alto concepto que le merecía, que en él se sustentaba el patriotismo con indestructibles raíces. Un autógrafo suyo conservará seguramente el* CENTRO ULTRAMARINO, *donde consignaba aquel propósito: la causa por que no pudo hacer pública y evidente su gratitud, todos la lamentamos.*

Para cumplir su voluntad en lo que nos es posible; en representación de nuestra familia; con la venia de Vds., y en la forma que juzguen más oportuna en su acreditada ilustración, es nuestro deseo, y así les suplicamos que lo patenticen, que la edición primera de sus obras sea dedicada al CENTRO HISPANO ULTRAMARINO, *con lo cual lograremos que vayan juntos el póstumo recuerdo y la expresión del agradecimiento indeleble de sus afectísimos amigos S. S.*

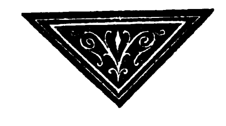
Q. B. SS. MM.

B. L. DE AYALA.

RAMÓN L. DE AYALA.

JOSÉ L. DE AYALA.

Madrid, Junio 6 de 1880.



AL CENTRO HISPANO-ULTRAMARINO

DEDICA

ESTA PRIMERA EDICIÓN COMPLETA DE LAS OBRAS

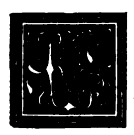
del

EXMO. SR. D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

INTERPRETANDO SUS SENTIMIENTOS

La familia del Autor.





LLEVARÁ esta edición de las obras del Excmo. Sr. D. Adelardo López de Ayala una *biografía* de varón tan famoso y un *juicio crítico* de sus inmortales producciones literarias: *biografía* y *juicio crítico* que formarán juntos un cuerpo solo, por haberse creído necesario y conveniente, después de no ligero examen, apreciar en la historia de la vida del hombre aquellas manifestaciones de su espíritu que más le subliman y por las cuales merece ser conocido de las edades venideras.

Un literato cuya fama y autoridad mitigan la pena que me causa no poder encomiarle en esta ocasión; el Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete, que antes que nadie tendió en Madrid mano protectora al autor de *Un Hom-*

bre de Estado, será quien resuma y transmita á la posteridad, en la primera edición de todas las obras del gran poeta, el juicio que de él ha formado la época presente.

Pero este trabajo, que hubiera debido encabezar el primer volumen, no saldrá á luz sino al fin del postrero, por lo que brevemente se va á decir.

Ayala no se cuidó nunca de conservar en su poder ejemplares de las obras que publicaba ni tampoco de las inéditas; y ahora ha sido muy difícil hallar una de las dramáticas que no se dió á la estampa, otra de la misma clase, cuya edición se agotó mucho tiempo ha, y varias de las líricas, diseminadas en periódicos y álbumes, ó que en borrador pasaron de manos del poeta á las de sus amigos. Y á fe que buscándolas han demostrado singular eficacia no pocas personas, y especialmente el Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta, solícito en mirar por la gloria de su hermano adoptivo, y el Sr. D. Mariano Catalina, á quien las dificultades no quitan vigor ni serenidad.

De aguardar á que estuviesen reunidas todas las producciones del laureado ingenio para dar principio á la edición, hubiérase

ésta demorado más de lo que permitían los incontrastables impulsos del cariño y el entusiasmo, la impaciencia del público y el decoro de España.

Resolvióse, pues, publicar el tomo primero antes de que hubiesen parecido algunas de las joyas que se buscaban; y he aquí la razón de no ir en él un trabajo que requería el previo y detenido estudio de todos los frutos de aquella pasmosa inteligencia.

Nadie estimará desacertado el acuerdo de retardar la publicación del juicio crítico, para no retardar la publicación de las obras.

¡Ojalá que ninguna de las que pueden esclarecer el nombre de su autor y aumentar la gloria de la patria, falte en esta edición!

Dirigímosla el Sr. Cañete y yo, porque así lo dispuso, con el beneplácito de la familia de Ayala y con júbilo del ya citado Arrieta, el Sr. D. Diego Suárez, apoderado de la Sra. Doña Matilde de Herrera, virtuosa madre de nuestro inolvidable amigo.

Merecido galardón fué para el Sr. Cañete lo que yo no obtuve sino por haber admirado mucho al noble escritor que logró confundir el gusto antiguo y el moderno en una sola entidad literaria, y por haberle querido en-

trañablemente: admiración y afecto más poderosos en mí que las sugestiones de la modestia y que cuantos móviles hubieran debido retraerme de aceptar honra tan señalada. La acepté sin dudar ni vacilar un solo momento, sin el menor escrúpulo ; y agradézcola tanto, que ya creo ser algo menos indigno de ella.

También el Sr. Cañete se ufana y regocija con este encargo como con timbre glorioso; y ambos nos complacemos en hacer aquí pública nuestra inmensa gratitud, y en rendir homenaje de profundo respeto á la señora que tuvo la dicha de ser madre de Ayala y la desgracia de perderle.

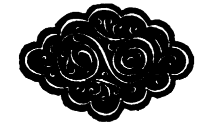
No está sola con su dolor. Con sus lágrimas corren mezcladas las de otros hijos suyos, capaces de llevar dignamente un apellido, hoy más ilustre que nunca: aflige á España entera el prematuro fin del castizo poeta por quien la lírica española resplandece en nuestros dias con su genuina hermosura y majestad; del vigoroso y honrado creador de *Un Hombre de Estado*, de *Rioja*, de *El Tejado de Vidrio*, de *El Tanto por Ciento* y de *Consuelo*, obras en que lo bello y lo bueno se dan la mano para enseñorearse de las almas deleitándolas y enalteciéndolas; obras admi-

radas de los hombres y quizá gratas á los ojos de Dios.

En la tarea de reunir todas las del egregio vate y sacarlas á luz sin ajenos yerros que las deslustren, hubieran podido ser más hábiles ó más venturosos que los encargados de llevarla á cabo otros amigos de Ayala: trabajar en su obsequio con mejor voluntad que el Sr. Cañete y yo, no cabe en lo posible; y al darle esta prueba de amor cuando ya su cuerpo está debajo de tierra, gozo inefable nos dice que el alma no muere.

Madrid: 15 de Mayo de 1880.

MANUEL TAMAYO Y BAUS.



UN HOMBRE DE ESTADO

Á LA MEMORIA

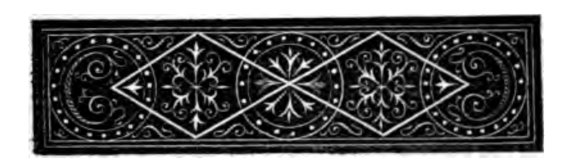
DEL

SR. D. JOAQUÍN LÓPEZ DE AYALA

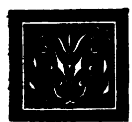
Y SILVEIRA,

Su hijo

ADELARDO.



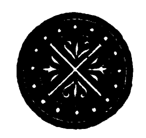
AL LECTOR



íctor Hugo, al frente de una de sus mejores obras dramáticas *(Ángelo, Tirano de Padua)*, da una explicación del pensamiento que en ella se propuso desarrollar. Larra en su *Macías* hace lo mismo, y lo mismo otros muchos autores que todos recordarán fácilmente. Si el lector me perdona el antojo de imitarlos, yo en pago seré todo lo más breve que me sea posible.

He procurado en este mi primer ensayo, y procuraré lo mismo en cuanto salga de mi pobre pluma, desarrollar un pensamiento moral, profundo y consolador. Todos los hombres desean ser grandes y felices; pero todos buscan esta grandeza y esta felicidad en las circunstancias exteriores; es decir, procurándose aplausos, fortuna y elevados puestos. Á muy pocos se les ha ocurrido bus-

carlas donde exclusivamente se encuentran: en el fondo del corazón, venciendo las pasiones y equilibrando los deseos con los medios de satisfacerlos, sin comprometer la tranquilidad. D. Rodrigo Calderón, agitado de estos dos grandes deseos, recorre toda la escala social: nunca tiene el corazón tranquilo; nunca, por lo tanto, logra satisfacerlos. Llega el momento de su prisión: el pueblo le llora; sus enemigos le perdonan; la mujer, á quien ama, le hace las últimas protestas de amor; la penitencia y èl suplicio le aseguran el perdón divino; siente tranquila su conciencia; goza de paz interior: y el que en ningun puesto de la sociedad se había sentido grande y feliz, encuentra esa grandeza y esa felicidad en el centro de una prisión y al frente de un cadalso. Éste es mi pensamiento. Los graves inconvenientes con que he luchado no los enumero, porque no estoy seguro de haberlos vencido.



UN HOMBRE DE ESTADO

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES.

D. Rodrigo Calderón, *Secretario.*
El Duque de Lerma, *Ministro universal.*
D. Baltasar de Zúñiga.
El Príncipe.
Enrique.
Doña Matilde Sandoval, *Camarista.*
Doña Inés de Vargas, *id.*
El Mayordomo de Doña Inés.
D. Manuel de la Hinojosa.
Beltrán.

El Capitán de la guardia de Palacio, un Ugier, el Confesor de D. Rodrigo y acompañamiento.

Madrid: últimos años de Felipe III y primeros de Felipe IV.

Este drama se estrenó en el Teatro Español á 25 de Enero de 1851.

Representáronle en su estreno las señoras doña Teodora y doña Bárbara Lamadrid, y los señores D. José Valero, D. José Calvo, D. Antonio Pizarroso, D. Antonio Alverá, D. Manuel Ossorio, D. Lázaro Pérez, D. Pedro Mafey y D. Bernardo Llorens.



ACTO PRIMERO.

Despacho del Duque de Lerma en el palacio real de Madrid. Dos puertas en el fondo, en medio de las cuales hay un gran retrato de cuerpo entero del emperador Carlos V: la de la derecha del actor abre paso á la escalera; la de la izquierda, al interior de palacio; otras dos laterales que conducen, la de la izquierda á la cámara del Príncipe; la de la derecha á las habitaciones de la Princesa; mesa con papeles, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE y DON RODRIGO.

EL DUQUE.

¿Qué nos dicen, don Rodrigo,
De la guerra de Saboya?

DON RODRIGO.

Venecia tambien apoya
La causa del enemigo.

EL DUQUE.

Tanto el de Osuna la hostiga,
Que en tal ocasión la ha puesto.

DON RODRIGO.

No necesita pretexto
Para ser nuestra enemiga.
Es fuerza que inquieta vea,
Hoy que su bandera exalta,

Que otra bandera más alta
Al viento de Italia ondea.
Y allí sin mancha ninguna
Nuestro pabellón se ostenta,
Porque el brazo lo sustenta
Del grande Duque de Osuna.

EL DUQUE.

Porque á Nápoles sujete,
El Duque en Nápoles vive;
Mas órdenes no recibe
Para que á Venecia inquiete;
Y él, osado, por sí solo
Con Venecia abrió campaña.

DON RODRIGO.

Y hace bien, que para España
No es mucho de polo á polo.

EL DUQUE.

El Rey suspender la guerra
Dispuso.

DON RODRIGO.

Perdón merece
El que al Rey desobedece
Por acrecentar su tierra.

EL DUQUE.

Tener debiera en memoria
Que la obediencia es primero.

DON RODRIGO.

No la consiente altanero
Su afán de grandeza y gloria.

EL DUQUE.

Afán de gloria importuno
Que le hace olvidar la ley;

Que más grande que su rey
No hay en el reino ninguno.
Con Venecia sin demora
Cierre el Duque la palestra.

DON RODRIGO.

Siempre Italia ha sido nuestra:
¿Por qué no ha de serlo ahora?

EL DUQUE.

Porque esas miras tenaces
Envuelven contradicciones,
Hoy que con varias naciones
Tratando estamos de paces.
¿Creerán Fernando y la Francia
Que España la paz aprecia,
Si contemplan en Venecia
Nuestra ambición y arrogancia?

DON RODRIGO.

Á la Francia le conviene
Dar treguas á la batalla,
Y mal de su grado calla,
Por la cuenta que le tiene.
Si está mañana en estado
De romper sus alianzas,
Antes contará sus lanzas
Que las leyes del tratado.
Aprovechar acomoda
Esta ocasión oportuna
En que puede el bravo Osuna
Ser dueño de Italia toda.
Su conquista en tierra y mar
Sufrir no puede reveses,
Unido con los Marqueses

De Villafranca y Bedmar.

EL DUQUE.

Ya han mostrado su valor
En las campañas de Flandes:
Si aun pretenden ser más grandes,
Que busquen medio mejor.

DON RODRIGO.

¿Y con mengua de la España
Haréis que rompan sus planes
Los mejores capitanes
Que salen hoy á campaña?
Pensadlo: ¿tendréis valor
Para firmar?...

EL DUQUE.

¡Don Rodrigo!
Estáis hablando conmigo,
Duque de Lerma.

DON RODRIGO.

Señor...

EL DUQUE.

Aunque mi bondad compite
Con el poder que reuno,
No hay hombre afable ninguno
Que alguna vez no se irrite.
¡La guerra siempre!... Esa guerra
Que España tanto ambiciona,
Tiene pobre á su Corona,
Desierta y pobre á su tierra.
Decidme, pues, Calderón:
Acabada la pelea,
Aunque la victoria sea
De nuestras armas blasón,

¿Qué bienes la España fiera
Alcanza después? ¿Qué mira?
Un pueblo más que suspira
Debajo de su bandera.
Ese temerario arrojo
Que en sangre la Europa baña,
Ha llamado sobre España
De Dios el tremendo enojo.
Mas hoy el ardor guerrero
En nuestros reyes no existe:
Nunca la coraza viste
El Rey Felipe tercero.
Ni nuestras armas hoy día
Son cual las armas pasadas:
Polvo tienen las espadas
De San Quintín y Pavía.
En el eterno recinto
Yace Felipe segundo,
Y apenas se acuerda el mundo
Del nombre de Carlos quinto.

DON RODRIGO.

No; sus gloriosos destellos
Nos hacen más esforzados:
Lidiarán nuestros soldados
Por nosotros y por ellos.
Al tiempo y hado resiste
El valor de nuestros senos:
¿Por qué siempre ha de ser menos
La generación que existe?
Grandes fueron los que yacen
En reciente sepultura;
Mas su aliento y su bravura

En nuestros pechos renacen;
Que esos héroes que murieron,
Cuando al sepulcro bajaron,
Sus espadas nos dejaron
Y la tierra en que vivieron.
La lid dilató su tierra,
Y nosotros...

EL DUQUE.

(Interrumpiéndole con la mayor frialdad.)

Secretario,
Escribid lo necesario
Prohibiendo á Osuna la guerra. *(Vase.)*

ESCENA II.

DON RODRIGO y después ENRIQUE.

DON RODRIGO.

(Con amargura y sarcasmo, después de haber seguido al Duque con la vista.)

Acabóse la cuestión
En tocando ese registro:
Yo secretario, él ministro...
¿Quién ha de tener razón?
Ese argumento profundo
Me convence, pesia á mí:
Casi todos son así
Los argumentos del mundo. *(Ruido dentro.)*

ENRIQUE. *(Dentro.)*

Yo mismo.

UNA VOZ. *(Dentro.)*

Aguardad. *(Entra Enrique.)*

DON RODRIGO.

¡Extraña
Audacia! ¡Enrique! *(Se abrazan.)*

ENRIQUE.

¡Rodrigo!

DON RODRIGO.

Pues ¿y tu espada?

ENRIQUE.

Conmigo.

DON RODRIGO.

¿Y tu bandera?

ENRIQUE.

En campaña.

DON RODRIGO.

¡Tú en la córte, voto á tal,
Y en campaña tu bandera!

ENRIQUE.

Mate moros el que quiera,
Que á mí no me han hecho mal.

DON RODRIGO.

¿Y cuando ayuda á Saboya
Venecia con mano franca?...

ENRIQUE.

Porque venza Villafranca
Mi voluntad no le apoya.

DON RODRIGO.

Lidias bien...

ENRIQUE.

Mas nada entablo,
Que mi suerte...

DON RODRIGO.

¿Todavía?

ENRIQUE.

Rodrigo, nunca varía
La suerte de un pobre diablo.

DON RODRIGO.

¡Tú pobre diablo! ¡Truhán!
¿Y tus empresas?

ENRIQUE.

¿Qué valen,
Si todas ellas me salen
Como al Rey don Sebastián?
¿De qué me sirve tener
Ese genio, vive Dios!
Pajes entramos los dos
Con el Vice-Canciller:
Aquella dueña infernal
Prendóse al punto de mí,
Y yo asustado salí
De casa tan principal.
¿Te acuerdas?

DON RODRIGO.

¡Maldita grey!
¡Cuánto sufrí!

ENRIQUE.

Sufrirías,
Pues, siendo paje, querías
Darte importancia de rey.

DON RODRIGO.

En fin... *(Sin incomodarse.)*

ENRIQUE.

Como era oportuna
La ocasión...

DON RODRIGO.

Á lidiar vas.

ENRIQUE.

Entro en batalla, y verás
Con qué notable fortuna.
Queriendo ser señalado
Por una acción temeraria,
Trepo en la fila contraria
Y llego al abanderado.
El bribón, que si viviera
Á despacharlo tornaba,
Conoció que lo mataba
Por cogerle la bandera:
Con las ansias de la muerte
Lejos de sí la arrojó;
Un cobarde la cogió,
Y fué premiado. ¡Mi suerte!

DON RODRIGO.

¡Pobre Enrique!

ENRIQUE.

Atiende: inquieto
Entro en segunda refriega,
Y ardiendo en cólera ciega
Con tres cabos arremeto.
Lidiando con todos juntos
De la fila me apartaron;
Mas todos ellos quedaron
Sobre la arena difuntos.
Hecha con esto creía
Una suerte principal.
Cuando dije al general
Mi extremada valentía,

«Yo no premio más valor—
contesta—que aquel que veo;
Y á ningun soldado creo
Por su palabra de honor.»
«Tres muertos—le repliqué—
Abonan mis hechos bellos.»
«Pues bien; que lo digan ellos,
Y entonces te premiaré.»

DON RODRIGO.

¡Oh! ¡Pobre Enrique!

ENRIQUE.

¡Mi suerte!
Conocí por este hecho
Que no estaba mi provecho
En los campos de la muerte;
Y recordé que mentía,
Siendo paje, con ardid,
Y dije al punto: «En Madrid
Gran suerte será la mía.»

DON RODRIGO.

¡Pobre Enrique!

ENRIQUE.

Calla: así
Jamás tu labio me nombre.
Funesto ha sido ese nombre...

DON RODRIGO.

Á muchos reyes.

ENRIQUE.

Y á mí.
¡Oh, mi fortuna es bien triste!
La tuya, ¡cuán lisonjera!

DON RODRIGO.

¡Bah! La fortuna es quimera.

ENRIQUE.

No es quimera lo que existe.
Si no quieres que te arguya
Con lo rüin que es la mía,
Convencido quedaría
Por lo grande que es la tuya.
¡Qué diablos! De cada paje
No se prenda un potentado.
Ese Duque se ha empeñado
En hacerte personaje.

DON RODRIGO.

¡El Duque!

ENRIQUE.

Á elevarte aspira.

DON RODRIGO.

Nadie en la corte trabaja
Porque otro saque ventaja.

ENRIQUE.

Diz te protege.

DON RODRIGO.

Mentira.
En su casa me admitió;
Le serví; me dió su importe:
Después mi puesto en la corte
Yo lo he conquistado, yo.

ENRIQUE.

Estás más bravo que el Cid.
Yo no sé, no sé de cierto...
Mas tu fortuna, te advierto
Que es proverbial en Madrid.

DON RODRIGO.

Esa canalla importuna
Jamás alcanza que son
La mente y el corazón
La verdadera fortuna.
¡Necia! No comprende, no,
La audacia, el genio inspirado:
En viendo á un hombre elevado,
Pregunta: «¿Quién lo elevó?»
¿La fortuna?... Desatino
Que inventa el vulgo ignorante
Para ajar al arrogante
Y disculpar al mezquino.
¡Mi fortuna! Ya ese nombre
Me ofende, me desespera,
Y hasta borrarlo quisiera
De la memoria del hombre.
Cuando á costa de su ciencia,
De su afán, de su desvelo;
Cuando á costa ¡vive el cielo!
Aun de su misma existencia,
Fama, honor y lucimiento
El hombre de genio aduna...
¡Oh! todos gritan: «¡Fortuna!»
Ninguno dice: «¡Talento!»

ENRIQUE.

¡Bah! No te enojes, Rodrigo,
Que enojarte no pensaba.

DON RODRIGO.

¡Ja! ¡ja! ¡ja! Se me olvidaba
Que estoy hablando contigo.
Sigue tu historia adelante:

(Con atolondramiento.)

Mas todos dicen lo mismo. *(Resentido.)*
¿Se porta con heroismo
Nuestro ejército?

ENRIQUE.

Bastante.
Mas oye mi plan: hoy trato...

DON RODRIGO.

Perdona, tengo que hacer. *(Preocupado.)*

ENRIQUE.

¡Vive Dios!

DON RODRIGO.

Puedes volver...

(Dándole la mano.)

ENRIQUE.

¿Mañana?

DON RODRIGO.

Dentro de un rato.

ESCENA III.

DON RODRIGO.

(Pausa.)

Hay un instante en la vida
En que el hombre que batalla,
Ya frente á frente se halla
Con la empresa acometida.
De cien años se le ofrece
Todo su trabajo junto:
De no aprovecharlo al punto,
Perdido se desvanece.

Para el alma combatida
De esta ambición dominante,
Corren ¡ay! en ese instante
Los instantes de la vida.
Destreza, seguridad,
Si quiere lograr su empeño:—
Un paso más:—todo es sueño,
Ó brillante realidad.
Ese instante que atesora
Tantos arcanos en sí,
Corriendo está para mí.
Reflexionemos ahora. *(Pausa.)*
Hoy el Duque es soberano,
Y yo lo pretendo ser;
Él pierde de su poder,
Y yo lo que pierde gano.
Él desciende—es la verdad—
Llega al fin—es manifiesto.—
Que yo suceda en su puesto...
Esa es la dificultad.
Don Baltasar, intrigante,
Pretende llegar al centro.
Pretende; mas yo me encuentro
Un paso más adelante.
Él bate al Duque; yo en tanto
Me escondo siempre en acecho;
Vence;—salgo;—me aprovecho
Del paso que le adelanto.
Piensa que el Duque es mi amigo,
Y así perderme imagina;
Y así ¡vive Dios! camina
Perfectamente conmigo.

Por doña Inés que me quiere,
Aunque como amante sólo,
Sabré la astucia y el dolo
De todo el que pretendiere.
¡Oh, cuánto me martiriza
Tanto fingir y adular!
¡Oh, yo quisiera volar
Sin tanta pluma postiza!
¡Bah! Todo, el hombre que medra,
Lo aprovecha en su servicio;
Que de este grande edificio
Cada tonto es una piedra.
También me muestra cariño,
Y también le muestro aprecio,
Al Príncipe, que es un necio...
(Se detiene asustado.)
Al Príncipe, que es un niño.
Me ayudan para vencer,
Mi oficio de secretario,
La ineptitud del contrario,
Un niño, y una mujer.
Mas mi opinión es bastante,
Y hará la destreza mía
De esa mujer una espía,
Y de ese niño un gigante. *(Pausa.)*
Esa voz que tan segura
En el alma se levanta,
Diciendo siempre: «Adelanta,
Tu puesto se halla en la altura;»
El grito que dice interno
Al hombre grande: «¡Marchad!»
Si no dijera verdad,

Fuera un grito del infierno.
En mi ardiente corazón
Le escucho desde que existo,
Y comprendo, por lo visto...
(Con calma y satisfacción.)
Que va teniendo razón.

ESCENA IV.

DON RODRIGO y EL DUQUE.

EL DUQUE.
¿Don Rodrigo?
DON RODRIGO.
Señor...
EL DUQUE.
He meditado
Acerca de la guerra.
DON RODRIGO.
¿Todavía?
De lo dicho sin duda habréis sacado
Alguna consecuencia... (En contra mía.)
EL DUQUE.
En parte he de seguir vuestro consejo.
DON RODRIGO.
(Receloso.)
(¡Oh! Se aviene. Este viejo me disgusta.)
EL DUQUE.
Castigaremos la arrogancia injusta
Del saboyano.

DON RODRIGO.

(Después de mirarle con recelo.)

(Me disgusta el viejo.)

EL DUQUE.

Con Venecia la guerra se suspende:
Pero ya que Venecia al Duque apoya,
Al Duque y á Venecia hoy en Saboya
Nuestro Monarca castigar pretende.

DON RODRIGO.

Eso ya Villafranca lo está haciendo.

EL DUQUE.

Sí, sí; mas yo pretendo,
Por orden del Monarca...

DON RODRIGO.

Se supone.

EL DUQUE.

Para hacer la victoria más segura,
Que marchen unos cuantos escuadrones
De Madrid y las varias poblaciones
Del tránsito.

DON RODRIGO.

Es cordura;
Que la lid con tan débil enemigo
En mengua del honor se dilatara.
¿Quién es el capitán que se prepara?...

EL DUQUE.

El capitán...

DON RODRIGO.

¿Quién es?

EL DUQUE.

Vos, don Rodrigo.

DON RODRIGO.

¿Es destierro? *(Después de un momento.)*

EL DUQUE.

Es honor. Con tanto aliento
Defendisteis la guerra hace un momento,
Que sentí se perdiera en el palacio
Vuestra arrogancia fiera,
Que de la lid en el sangriento espacio
El noble triunfo á nuestras armas diera.

DON RODRIGO.

¡Ah, sí! *(Repuesto.)* Mas no es preciso—
Bien lo sabe Vuecencia—
Armar de hierro la potente mano
Para mostrar en pro del Soberano
El arrojo marcial y la prudencia.
Ostende, plaza fuerte,
Donde más de cien mil hallaron muerte,
Por vos desde la córte fué vencida.

EL DUQUE.

¿Por mí?

DON RODRIGO.

Tal he pensado,
Porque vos, nadie más, quedó premiado
Por la grande victoria conseguida.
Y de vos á juzgar, como es prudente,
Por los premios que os han enaltecido,
Grandes victorias contará la gente;
Y nunca el casco os oprimió la frente,
Y nunca de la córte habéis salido.

EL DUQUE.

Sí: mal que pese á mi contrario bando,
España sabe bien, y el mundo entero,

Que encaneció mi frente, procurando
La manera mejor de gobernalla:
Por eso no hace falta un consejero;
Y el valor de un bizarro caballero
Nunca sobra en el campo de batalla.

DON RODRIGO.

El Príncipe me aprecia: como es joven,
De mis consejos y amistad se ayuda:
Su Alteza al punto impedirá, sin duda,
Que mis consejos y amistad le roben.

EL DUQUE.

El Príncipe es tan niño,
Que aún no puede elegir lo que conviene.
Ya elegido le tiene
Mejor maestro, el paternal cariño:
Albanet, no mejor, sino más viejo;
Por lo tanto, mejor para el consejo.

DON RODRIGO.

¿Es decir?...

EL DUQUE.

Que el Monarca, que Dios guarde,
Á San Lorenzo ha poco se ha marchado;
Que el nombramiento me dejó sellado,
Y saldréis con las tropas esta tarde.

DON RODRIGO.

El Príncipe en ausencia del Monarca
El sello real maneja por su mano.

EL DUQUE.

Tal es la voluntad del Soberano,
Que en los negocios quiere que se instruya.

DON RODRIGO.

Puede dar otra orden tan sagrada...

EL DUQUE.

Sí; con tal que la orden no destruya
Que el Rey su padre me dejó sellada.

DON RODRIGO.

Es decir...

EL DUQUE.

Nada más de lo que os digo. *(Pausa.)*

DON RODRIGO.

¿Tenéis, Duque, la empresa meditada?

EL DUQUE.

¿Os arriesgáis?...

DON RODRIGO.

Yo, á nada.

EL DUQUE.

Su Majestad lo manda, don Rodrigo.

DON RODRIGO.

Su Majestad... Su Majestad... Los reyes...
El mundo en ellos la corona mira:
Ellos la ven también, y se figuran
Que ellos disponen del poder... ¡Mentira!
Que todos parte en su poder tenemos,
Caminando con arte.
La mujer á quien aman, parte tiene;
Parte la corte del poder obtiene,
Y parte el que le adula, y hasta parte
El bufón que sus ocios entretiene.

EL DUQUE.

¡Silencio, don Rodrigo! ¡Qué demencia!
Vuestra loca arrogancia os extravía...
¡Bah! ¿Y erais vos el que dictar quería
Al Príncipe consejos de prudencia?

DON RODRIGO.

¡Duque!...

EL DUQUE.

Muy pronto celebrar oiremos
Vuestro valor batiendo al enemigo.

DON RODRIGO.

¡Duque! ¡Duque! Los dos nos perderemos.

EL DUQUE.

Su Majestad lo manda, don Rodrigo.
(Le entrega el nombramiento.)

ESCENA V.

DON RODRIGO y después ENRIQUE.

DON RODRIGO.

Me pierde... ¡trance cruel!
Mas su pérdida maquina,
Porque... á costa de mi ruina,
También le pierdo yo á él.
¡Oh, no sabe, vive Dios!...

ENRIQUE.

¿Rodrigo?

DON RODRIGO.

Que en este día
La imprudencia suya ó mía...

ENRIQUE.

¿Rodrigo?

DON RODRIGO.

Pierde á los dos.
¡Ah Duque, á mucho te animas!...

ENRIQUE.

¡Rodrigo! *(Tocándole.)*

DON RODRIGO.

¿Quién?

ENRIQUE.

¿Qué te apura?

DON RODRIGO.

Nada.

ENRIQUE.

¿Estabas por ventura
Ensayando pantomimas?
Si no me quieres hablar,
Hacia casa me adelanto.
Loco por loco, no tanto
Quedó el Marqués de Bedmar.

DON RODRIGO.

¡Bedmar en la córte!

ENRIQUE.

Sí.

DON RODRIGO.

¿Y cuándo vino?

ENRIQUE.

Conmigo.
Pues si ese...

DON RODRIGO.

(Grande enemigo
Del Duque.) Pero ¿está aquí?
Responde.

ENRIQUE.

¡Por Belcebú!...
Si le sirvo y me regala:
Agora queda en su sala

Tan loco así... como tú.
Algun proyecto medita:
Ya gruñe, ya se pasea;
Ya la frente se golpea;
Ya se alegra; ya se irrita;
Ya aprieta mucho la mano;
Ya se ríe con placer...
Estando solo, es de ver
El rostro de un cortesano.

DON RODRIGO.

¿La causa de esos combates
Sabes tú?

ENRIQUE.

No se me esconde.

DON RODRIGO.

Dí.

ENRIQUE.

Mas, Rodrigo, responde:
¿Te suelen dar avenates?

DON RODRIGO.

Contesta.

ENRIQUE.

Ese tono...

DON RODRIGO.

Acaba.

ENRIQUE.

Es el tono de coraje
Que tomabas, siendo paje,
Si alguna vez te enojaba.

DON RODRIGO.

¿Qué pretende...?

ENRIQUE.

Soy discreto...

(Don Rodrigo hace un gesto de impaciencia.)

Si tienes tanto interés,
Te lo digo; mas ya ves
Que sé guardar un secreto.
Casualmente descubrí...
Que no llegue á divulgarse...

DON RODRIGO.

¿Y bien? *(Impaciente.)*

ENRIQUE.

Pretende vengarse
Del duque de Lerma...

(Con mucho sigilo y misterio.)

DON RODRIGO.

Dí.

ENRIQUE.

Sabes que el de Osuna fué
Contra Italia ha pocos meses,
En union de los Marqueses
De Bedmar y de...

DON RODRIGO.

Lo sé.

ENRIQUE.

El Duque prohibió la lid...

DON RODRIGO.

¿Y bien?

ENRIQUE.

Mas no sin enfado
Del de Osuna, que ha enviado
Al de Bedmar á Madrid.

DON RODRIGO.

¿Y qué pretende en la villa?

ENRIQUE.

Mostrar al Rey la respuesta
Que á la consulta propuesta
Dió el Consejo de Castilla.
Siguiendo el estilo viejo
Hizo el Rey esa consulta,
Y el Duque retiene oculta
La respuesta del Consejo.

DON RODRIGO.

Sí; la retiene con maña,
Porque en ella se dispuso
El remedio á tanto abuso
Como hoy empobrece á España;
Porque establece cual ley
Que vuelvan luégo al Estado
Las riquezas que ha usurpado *(Exaltándose.)*
El Duque de Lerma al Rey;
El Duque, que en su familia
Hoy tiene ya vinculados
Setenta y dos mil ducados
De renta, sólo en Sicilia.

ENRIQUE.

(Asustado y mirando á todos lados.)
¡Silencio!

DON RODRIGO.

Entonce...

ENRIQUE.

¡Ay de mí!

DON RODRIGO.

Verá el Rey que le es infiel;

Que poco mira por él,
Quien tanto mira por sí.

ENRIQUE.

Adios. *(Rodrigo lo detiene.)* ¿Quieres, segun veo,
Enterar á todo el mundo,
Cuando en mi secreto fundo...

DON RODRIGO.

Cállalo bien.

ENRIQUE.

¡Ya lo creo!

DON RODRIGO.

En viendo el Rey el escrito
Donde el consejo recuerde... *(Meditando.)*

ENRIQUE.

El favorito se pierde,
Ó el Monarca es un bendito.
Bedmar el proyecto abarca;
Tomó sin armas un coche,
Y en San Lorenzo esta noche
Pretende hablar al Monarca.

DON RODRIGO.

(Bien... Si Bedmar este día...)

ENRIQUE.

Pero, en fin, ¿qué te alborota?

DON RODRIGO.

(Vence al Duque, su derrota
No puede evitar la mía.
También sin orden del Rey
Entró Bedmar en la lid;
Por lo tanto, está en Madrid
Bajo el peso de la ley.
Orden de prisión... de fijo...

Salva al Duque...)

ENRIQUE.

(¡Qué impaciente!)

DON RODRIGO.

(Mas el Monarca está ausente:
Tendrá que darla su hijo.
Su hijo y el Duque... ¡Oh! Sí,
Están mal...)

ENRIQUE.

(Alarmado.) (¡Qué agitación!)

DON RODRIGO.

(¡El Duque en esta ocasión
Se valdrá de mí, de mí!) *(Con gozo radiante.)*
¡Oh, venzo!)

ENRIQUE.

Pues no me agrada...
Tú estás malo, sí; yo voy...

DON RODRIGO.

(Deteniéndole sin saber lo que dice.)
¡Necio! Si pensando estoy...

ENRIQUE.

¿En qué pensabas?

DON RODRIGO.

En nada.

ENRIQUE.

(Mirando bacia la puerta de la izquierda.)
¡Oh! mira. ¡Qué hermosa es!

DON RODRIGO.

(Mirando bacia el mismo lado.)
¡Matilde!

ENRIQUE.

Tengo que hablarte.

DON RODRIGO.

(Señalando á Matilde, que aún no ha salido.)

Ya no es posible escucharte.

ENRIQUE.

¡Vive Dios!

DON RODRIGO.

Vuelve después.

ESCENA VI.

DON RODRIGO y DOÑA MATILDE.

DON RODRIGO.

(Solo.)

¡Necio de mí! Tengo el alma
De un niño... me altero al punto:
El asunto... No hay asunto
Que deba turbar la calma.

DOÑA MATILDE.

¿Rodrigo?

DON RODRIGO.

(Descansando.) ¡Matilde mía!

DOÑA MATILDE.

¿Qué te altera? ¿Qué te pasa?

DON RODRIGO.

Penas que nacen sin tasa
De esta situación impía.
Si tardo en ser vencedor,
¡Ay! loco me he de volver.

DOÑA MATILDE.

Dime: y después de vencer,
¿Será tu vida mejor?

No haber vencido hasta ahora
No es tu desgracia más fuerte;
Eslo seguir de esa suerte
La ambición que te devora.

DON RODRIGO.

(Mirando á los lados.)

¡Oh! Calla: persona alguna...

DOÑA MATILDE.

Nadie escuchará mis quejas.
Adiós.

DON RODRIGO.

¿Tan pronto me dejas?

DOÑA MATILDE.

Quien no consuela, importuna.

DON RODRIGO.

¡Matilde! El mayor tormento
Que esta situación me ofrece,
Es no pagar cual merece
Ese puro sentimiento.
Nacido en tan pobre cuna,
Mi corazón grande, osado,
Deja que luche arrestado
Hasta vencer la fortuna.
Deja, Matilde, que ardiente
Escale la muchedumbre,
Aunque al llegar á la cumbre
El rayo parta mi frente.
Sin el mundo y su memoria
Vivir no puedo sereno:
Para ser honrado y bueno
Necesito la victoria.
Entonces, digno de ti,

Ese amor sabré pagarte;
Entonces pienso adorarte,
Porque lo mereces, sí.
Mas habiendo pretendido
Fijar aquí mi carrera,
Sólo hallara en otra esfera
Miseria, muerte y olvido.
Ni viéndome así humillado
Pagar pudiera tu fé;
Que mal ama quien se cree
Indigno de ser amado.

DOÑA MATILDE.

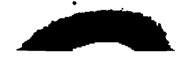
¡Funesto y fatal error!
Si tú me amaras de veras,
Con amarme te creyeras
Digno también de mi amor.
Mas si tan firme privanza
Aguardas ¡ay! para amarme,
Mejor fuera aconsejarme
Que pierda toda esperanza.
Jamás cesa la demencia
Del que á la ambición escucha.

DON RODRIGO.

¿Luego ha de ser esta lucha
El centro de mi existencia?

DOÑA MATILDE.

Hoy, por ganar el poder,
Luchando con ansia estás;
Y mañana lucharás
Por no dejarlo perder;
Y nunca á pasión más pura
Darás entrada en el alma,



Y esa pasión es la calma,
Y la calma es la ventura.

DON RODRIGO.

Calla, calla; tú no ignoras
Que sufro hablándome así.

DOÑA MATILDE.

Perdona, yo no creí...
Perdona.

DON RODRIGO.

Matilde, ¿lloras?
¡Ay! Aun tu amor, que pudiera
Hacer dichosa mi suerte,
En mi pecho se convierte
En nueva zozobra fiera.

DOÑA MATILDE.

Si el más leve padecer
Mi amor causarte ha podido,
Olvídate, yo lo pido,
De esta infelice mujer.
Tal promesa mi valor,
Rodrigo, no puede hacerte;
Pero puedo prometerte
Jamás nombrarte mi amor.

DON RODRIGO.

¡Ah, Matilde! Estoy sufriendo
El tormento más impío...
Yo anhelo tu amor, lo ansío,
Pero en venciendo, en venciendo.
Tú imaginas, segun veo,
Que yo contento me hallo
Con la lid en que batallo,
Y con los medios que empleo.

No: mi conciencia aseguro,
Cuando á inquietarse comienza,
Prometiendo cuando venza
Ser justiciero, ser puro.
¡Oh! ¿Solo quieres dejarme
En el mar que me rodea?
¡Ay! me horroriza la idea
De que puedes olvidarme.
Aunque esta pasión jamás
Goce de paz y alegría,
¿Es verdad, Matilde mía,
Que nunca me olvidarás?

DOÑA MATILDE.

Nunca, Rodrigo, ¡ay de mí!
Jamás: el alma me dice
Que para ser infelice
En hora fatal nací. *(Pausa.)*
Rodrigo, en la corte ya
Se sabe tu amor y el mío.

DON RODRIGO.

¿Lo sabe el Duque tu tío?

DOÑA MATILDE.

Pronto, si no, lo sabrá.

DON RODRIGO.

Bien: ¿qué importa?

DOÑA MATILDE.

Yo me animo...
Mas mucho me han de ofender,
Por ser mujer, y por ser
Tú quien mataste á mi primo.
Debiera de obligación...

DON RODRIGO.

Es verdad que le maté;
Pero tú sabes que fué
Con espada y con razón.

DOÑA MATILDE.

No lo niego; yo debía,
Sin embargo, aborrecerte;
Mas de otro modo la suerte
Lo quiso.

DON RODRIGO.

¡Matilde mía!

DOÑA MATILDE.

Es fuerza vernos los dos
Menos, Rodrigo, y más tarde.

DON RODRIGO.

(¡Oh! ya es tiempo...) Dios te guarde.

DOÑA MATILDE.

Mas...

DON RODRIGO.

Ya hablaremos. Adiós.

ESCENA VII.

DOÑA MATILDE, y después DON BALTASAR.

DOÑA MATILDE.

¡Desgraciada! Pero en vano
Quiero vencer mi pasión,
Que al ver su delirio insano
Me fuerza la compasión
Á que le tienda la mano.
Yo bendigo mi amargura,

Si algun consuelo le doy
En medio de su tortura.

DON BALTASAR.

Señora, con gran ventura
Entro en el palacio hoy.

DOÑA MATILDE.

Si es ventura haberme hallado...

DON BALTASAR.

Y grande.

DOÑA MATILDE.

Mucho lo siento.

DON BALTASAR.

¿Lo sentís?

DOÑA MATILDE.

Porque al momento
Os voy á hacer desgraciado.

DON BALTASAR.

¿Cómo, pues?

DOÑA MATILDE.

Porque me ausento.

DON BALTASAR.

Ausentaros no está bien,
Porque he venido.

DOÑA MATILDE.

No tal:
Antes pensaba también
Retirarme.

DON BALTASAR.

(Con amargura.) ¡Siempre igual,
Señora, vuestro desdén!

DOÑA MATILDE.

Fama de inconstante oí

Que toda mujer alcanza;
Decid vos que no es así,
Puesto que hallasteis en mí
Una mujer sin mudanza.

DON BALTASAR.

Harto me causa aflicción
Vuestra indiferencia impía:
No es necesaria, á fé mía,
Para herirme el corazón,
Esa cruel ironía.

DOÑA MATILDE.

(Arrepentida y queriendo despicarle.)

Que hay en vos, Zúñiga, sé
Un mérito verdadero.
Y siempre confesaré,
Que me honra mucho la fé
De tan noble caballero.
Do quiera vuestras acciones
Mostraron vuestro valor,
Y aun hoy mismo con amor
Os recuerdan las naciones
Do fuisteis embajador.
Pero manda en mi albedrío
El ministro universal,
Y vos sabéis que mi tío
Contempla en vos, señor mío,
Su enemigo principal.

DON BALTASAR.

Si haciéndole guerra estoy,
No es porque juzgue, orgulloso,
Que yo á sucederle voy;
Que yo, señora, no soy

De cuidados ambicioso.
No: mi rencor lo ocasiona
Verle mandar esta tierra
En unión de otra persona,
Á quien ni su cuna abona,
Ni su renombre en la guerra.
La nobleza pierde aquí
De esta manera su puesto;
Yo demandándole así,
Cumplo el deber que me ha impuesto
La cuna donde nací.
Mas, decidme: si mi amor
Me separa de esta lid,
Y olvidando mi rencor
Y mi orgullo, que Madrid
Sabe muy bien su valor,
Llego al Duque, y sin desvío
Escucha mi frenesí,
¿Podré aguardar...?

DOÑA MATILDE.

No lo fío.

DON BALTASAR.

¿Pues si venzo á vuestro tio...?

DOÑA MATILDE.

Os falta vencerme á mí. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

DON BALTASAR y DON RODRIGO.

(Este ha escuchado el final de la escena anterior.)

DON RODRIGO.

Os advierto que es esquiva.

DON BALTASAR.

Importuna es la advertencia.

DON RODRIGO.

Si el pesar no os disculpara,
Lo fuera aún más la respuesta.

DON BALTASAR.

¡Don Rodrigo!

DON RODRIGO.

Vuestro enojo
Me está induciendo á que crea...

DON BALTASAR.

Decidlo, pues.

DON RODRIGO.

Que se trata
De una pasión verdadera,
Y hasta que hay algun rival
Más dichoso.

DON BALTASAR.

(¡Qué insolencia!
Por él quizás...) En la córte
Rival ninguno me inquieta.
Yo don Baltasar me llamo
De Zúñiga.

DON RODRIGO.

¿Quién lo niega?

DON BALTASAR.

Soy también...

DON RODRIGO.

Don Baltasar,
Eso decídselo á ella.

DON BALTASAR.

El tenerlo muy presente
Á vos tal vez os convenga. *(Vase.)*

ESCENA IX.

DON RODRIGO, y después DOÑA INÉS.

DON RODRIGO.

Entiendo: trabajan juntos
Éste y Bedmar, sí, y anhelan
Perder al Duque, y perderme.
Pero doña Inés no llega...
Ella es amiga del Duque,
Y le dirá... Gente suena.
¡Ah! Ya está aquí.

DOÑA INÉS.

¿Me llamasteis?

DON RODRIGO.

Dispensadme la molestia.

DOÑA INÉS.

Me alegro, que estoy cansada
De importunas conferencias.

DON RODRIGO.

¿Cansada, decís? ¿Pues tanto
El ser camarista cuesta?

DOÑA INÉS.

Ese cargo, Don Rodrigo,—
Dadme un asiento,—me inquieta
Muy poco.

DON RODRIGO.

¿Luego es la córte?

DOÑA INÉS.

Cierto: la córte revuelta
Del buen Felipe tercero
Es lo que más me atormenta.

DON RODRIGO.

Entonces...

DOÑA INÉS.

Vos me diréis
Que por qué no salgo de ella.

DON RODRIGO.

No he querido...

DOÑA INÉS.

Porque temo
Si la dejo...

DON RODRIGO.

¡Dios no quiera!

DOÑA INÉS.

Fastidiarme, y el fastidio,
¡Ay! el fastidio me arredra.
Aquí no hay dichas, sí... pero
Las intrigas palaciegas
Inquietan, y la inquietud
Ya entretiene.

DON RODRIGO.

Muy severa
Os encuentro.

DOÑA INÉS.

Tal me ha puesto
Una plática indigesta
Con el confesor del Rey,
El reverendo Florencia.
En fin, no hablemos en esto.
Sentaos... así... más cerca.
Decidme: ¿por qué á deshora
Me habéis llamado? ¿Por qué esta...?

DON RODRIGO.

Aunque yo no necesito
Para que veros pretenda
Más motivo que el placer
De gozar vuestra presencia,
Hoy...

DOÑA INÉS.

Basta: sólo con eso
Me doy ya por satisfecha.
Pero, ¿por qué me miráis,
Rodrigo, de esa manera?

DON RODRIGO.

¡Aprensión!

DOÑA INÉS.

(Pausa leve.) Se me figura
Que vuestro cariño mengua.
Vos, ¿qué decís?

DON RODRIGO.

¡Aprensión!

DOÑA INÉS.

(Resentida de su indiferencia.)
¡Rodrigo! Tened en cuenta
Que por vos ha mucho tiempo

Que mi opinión anda en lenguas;
Y porque amado se juzga,
El corazón lo tolera.

DON RODRIGO.

(Pues nos hemos colocado
En buen terreno.) ¿Quién piensa?...

(Doña Inés quiere hablar.)

Perdonad: si sois amiga...

DOÑA INÉS.

¿De vos?

DON RODRIGO.

Del Duque de Lerma,
Decidle que el de Bedmar
Hoy en la córte se encuentra.

DOÑA INÉS.

¡Bedmar!

DON RODRIGO.

Pretende perder
Al Duque.

DOÑA INÉS.

¿De qué manera?

DON RODRIGO.

Dando al Rey la decisión
De la consulta propuesta:
Decisión donde el Consejo
Contrario se manifiesta
Á la conducta del Duque.
Si el Rey á saberlo llega,
La privanza vacilante
Del Ministro, viene á tierra.

DOÑA INÉS.

¿Cómo evitarlo?

DON RODRIGO.

Bedmar
Fué también contra Venecia
Sin orden del Rey.

DOÑA INÉS.

Es cierto.
¿Y bien?

DON RODRIGO.

Que al punto le prendan

DOÑA INÉS.

¿Y quién sellará la orden,
El Rey ausente?

DON RODRIGO.

Su Alteza.

DOÑA INÉS.

Pero Su Alteza y el Duque
Sabéis...

DON RODRIGO.

Que poco se aprecian.
Mas si el Duque me lo exige,
Yo prometo...

DOÑA INÉS.

El Duque llega:
Decidle...

DON RODRIGO.

No: vos decidle
Que me exija la orden esa,
Que, presentándola yo,
Su Alteza al punto la sella.

DOÑA INÉS.

¿Para esto me habéis llamado?

DON RODRIGO.

Como sé que os interesa
El Duque...

DOÑA INÉS.

Se me figura
Que nuestro cariño mengua.

DON RODRIGO.

Hasta después. *(Besándola una mano.)*

DOÑA INÉS.

¿Nos veremos?
Decid...

DON RODRIGO.

El Duque se acerca.

ESCENA X.

DOÑA INÉS y el DUQUE.

(Éste trae una carta en la mano.)

EL DUQUE.

(Abriendo la carta.)
Que es aviso de mi hermana
Dijeron. Cierto. Su letra.
Veamos.

DOÑA INÉS.

¿Duque?

EL DUQUE.

¡Ah! señora...
¿Visteis al padre Florencia?

DOÑA INÉS.

Ya le ví.

EL DUQUE.

¿Qué habéis sacado
De lo dicho?

DOÑA INÉS.

Que os detesta.

EL DUQUE.

Lo sé.

DOÑA INÉS.

Y aun tengo que daros
Otra noticia funesta.

EL DUQUE.

Decid.

DOÑA INÉS.

Bedmar ha venido.

EL DUQUE.

¡Bedmar!

DOÑA INÉS.

Sin duda, y anhela...

EL DUQUE.

Este aviso. *(Lee.)* Sí; mi hermana
Me lo anuncia en esta esquela.
(Leyendo.) «Y esta noche en San Lorenzo
Hablar al Monarca intenta.»

DOÑA INÉS.

Es preciso á todo trance
Evitar la conferencia.

EL DUQUE.

¡Oh! ¡Nueva lid! Ya me canso;
Me canso de tanta guerra.

DOÑA INÉS.

¡Duque!

EL DUQUE.

Sí; me van faltando
El estímulo y las fuerzas.

DOÑA INÉS.

Pero, en fin, es necesario
Que no abandonéis la empresa;
Que tambien vuestros amigos
Comprometidos se encuentran.

EL DUQUE.

Sí; no les cedo mi puesto,
Mientras que así lo pretendan:
Ni es llegada la ocasión
Que aguardo; mas ¿cómo hiciera...?

DOÑA INÉS.

Prended al punto á Bedmar:
Motivad su inobediencia.

EL DUQUE.

Mas el Rey no está en palacio,
Y aunque en palacio estuviera,
Pienso que nunca sellara
Tal orden.

DOÑA INÉS.

El tiempo apremia.
Si le habláis á don Rodrigo,
El Príncipe nos la sella.

EL DUQUE.

¿Á don Rodrigo? Jamás.

DOÑA INÉS.

¿No es vuestro amigo?

EL DUQUE.

¿Estáis ciega?
Él es contrario...

DOÑA INÉS.

¿De quién?

EL DUQUE.

De todos cuantos le cercan:
De mí, de mis enemigos,
De vos, de la córte entera;
Y él, como todo ambicioso,
Un enemigo contempla
En cada hombre.

DOÑA INÉS.

¡Ambicioso!

EL DUQUE.

¡Insaciable!

DOÑA INÉS.

(Quizás tenga
Razón.) Pero ahora es preciso...

EL DUQUE.

¡Oh! Si otro medio...

DOÑA INÉS.

No resta
Ninguno. Vuestra discordia
Nadie en la córte sospecha,
Y aquí nada se aventura,
Salvando las apariencias.

EL DUQUE.

¿Quién llega?

DOÑA INÉS.

Buena ocasión.

EL DUQUE.

¿Quién?

DOÑA INÉS.

Don Rodrigo y Su Alteza. *(Vas*

ESCENA XI.

EL DUQUE, EL PRÍNCIPE y DON RODRIGO.

EL PRÍNCIPE.

Contigo tratar intento
Esta aventura de amor.

DON RODRIGO.

Ya para tanto favor
Me falta merecimiento.

EL PRÍNCIPE.

Como es tan poco galán
Mi ayo...

DON RODRIGO.

No es para flores.

EL PRÍNCIPE.

¿Quién diablos trata en amores
Con un viejo catalán?

DON RODRIGO

¿Y quién es la nueva dama
Que enamora á Vuestra Alteza?

EL PRÍNCIPE.

Un portento de belleza
Y discreción.

DON RODRIGO.

¿Y se llama?

EL PRÍNCIPE.

Matilde.

DON RODRIGO.

(¡Cielos! ¡Qué escucho!
¡Oh! Calma; que no perciba...)

EL PRÍNCIPE.

Pienso que ha de ser esquiva,
Y ya me interesa mucho.
Adiós. Si cuento contigo,
Rendiré la fortaleza.

DON RODRIGO.

Guarde Dios á Vuestra Alteza.

EL PRÍNCIPE.

Hasta después, don Rodrigo.

ESCENA XII.

EL DUQUE y DON RODRIGO.

EL DUQUE.

(Él para hacer que el Príncipe me selle
Ese mandato, pedirá de fijo
Que yo suspenda su salida: bueno:
No es un favor, es cambio lo que exijo.)

DON RODRIGO.

(Bien: el Duque me aguarda.)

EL DUQUE.

¿Don Rodrigo?

DON RODRIGO.

(Ya no soy capitán.) ¿Qué me mandáis?

EL DUQUE.

Quiero hablar en asuntos de cuantía
Con vos.

DON RODRIGO.

Y yo también...

EL DUQUE.

Decid.

DON RODRIGO.

Queria
Despedirme de vos.

EL DUQUE.

¿Tan pronto os váis?

DON RODRIGO.

Nuestra guerra...

EL DUQUE.

Verdad; mas ahora infiero
Que do el valiente Villafranca se halla
No hace falta...

DON RODRIGO.

El valor de un caballero
Nunca sobra en los campos de batalla.

EL DUQUE.

(Reprimiendo un movimiento de cólera.)
Pero ya, convencido del cariño
Que con justicia os tiene
Su Alteza...

DON RODRIGO.

Mas el Príncipe es tan niño,
Que aun no puede elegir lo que conviene.

EL DUQUE.

¡Rodrigo! ¡Ja, ja, ja! Costumbre mía.
Á veces, perdonadme, me figuro
Que estáis siendo mi paje todavía,
Y tomo el mismo estilo que tomaba
Cuando, siendo mi paje, os reprendía.

DON RODRIGO.

¿Que vuestro paje fuí? Sin duda alguna.
Ese es, pues, mi blason más señalado:
El debérmelo á mí, no á la fortuna,

El puesto que en la corte he conquistado.
Hay hombres que una vez, por mil acasos,
Se encuentran rodeados en las córtes
De muchas circunstancias favorables:
Las circunstancias al poder los llevan;
Pero ellos imaginan, en su orgullo,
Que por su mente y su valor se elevan:
Como todo varía,
Cambian las circunstancias; llega un día
En que están entregados á sí mismos;
Entonces se confunden,
Se anonadan, se envuelven,
Y rápidos se hunden
Á donde nunca á levantarse vuelven.

EL DUQUE.

Pero es preciso que tengáis en cuenta
Que detrás de esos hombres hay alguno
Que suceder en el poder intenta:
Si al caer el ministro vacilante
Su posición no tiene bien segura,
El que su puesto codició anhelante
Corre también la misma desventura. *(Pausa.)*

DON RODRIGO.

Veré á Su Alteza, y alcanzar infiero
El mandamiento. Vuelvo sin demora:
Aguardad, señor Duque.

EL DUQUE.

Aquí os espero.

ESCENA XIII.

EL DUQUE y después EL MAYORDOMO DE DOÑA INÉS.

EL DUQUE.

¡Oh! De mí mismo me avergüenzo ahora.
Ya se marchó, y aun brilla ante mis ojos
Su mirada arrogante y vencedora.
Mas fué preciso: si al Monarca hablara
El Marqués de Bedmar, perdido fuera;
Y esa turba altanera,
Que tanto me odia, con audaz descaro
Que fuí vencido sin cesar diría,
Y el grito de su mofa turbaría
La paz que en el retiro me preparo.
No: si hoy me entrego á su rencor sañudo,
No han de dejarme en mi tranquilo espacio.
El Padre Santo me dará su escudo,
Y alegre entonces dejaré el palacio.

EL MAYORDOMO.

Mi señora doña Inés... *(Le da una carta.)*

EL DUQUE.

(Lee.) «Dentro de una hora sale para San Lorenzo el Marqués de Bedmar, acompañado de D. Baltasar de Zúñiga. Si no evitáis la conferencia, somos perdidos.»

(Sale Don Rodrigo.)

Respiro. Podéis marcharos. *(Al Mayordomo.)*

DON RODRIGO.

Tomadla. *(Le da la orden.)*

EL MAYORDOMO.

Tengo que hablaros,
Y mucho. *(Á Rodrigo aparte.)*

DON RODRIGO.

Vuelve después.

EL DUQUE.

Cumplidla al instante. *(Le devuelve la orden.)*

DON RODRIGO.

Sí.
Antes... *(Le da su nombramiento.)*

EL DUQUE.

Cesó vuestro afán. *(Lo rasga.)*

DON RODRIGO.

Gracias.

EL DUQUE.

Os quedáis aquí. *(Vase.)*

DON RODRIGO.

Está visto: no nací
Yo para ser capitán.

ENRIQUE.

¡Rodrigo! *(Dentro.)*

ESCENA XIV.

DON RODRIGO y ENRIQUE.

DON RODRIGO.

La corte es mía.

ENRIQUE.

¡Rodrigo! Pronto...

DON RODRIGO.

¡Qué estruendo!

ENRIQUE.

Dame un abrazo corriendo.

DON RODRIGO.

¿Un abrazo?

ENRIQUE.

De alegría.

DON RODRIGO.

¿Qué motiva ese trasporte?

ENRIQUE.

¡Oh! Soy feliz.

DON RODRIGO.

¿Has sabido
Que al fin me quedo?

ENRIQUE.

He vencido
Mi mala suerte en la córte.

DON RODRIGO.

Pero...

ENRIQUE.

Sí, debo creerlo.

DON RODRIGO.

¿Que?...

ENRIQUE.

La fortuna es la audacia:
Está la suerte ó desgracia
En ser un tonto, ó no serlo.
(Da la media un reloj de palacio.)
Atiéndeme: el de Bedmar
Hoy me ha nombrado...

DON RODRIGO.

¡Oh! Su Alteza
Me aguarda. Ten: con presteza

Haz luégo por entregar
Esa orden...

ENRIQUE.

Pero ¿á quién?...

DON RODRIGO.

Al Capitán.

ENRIQUE.

Sí; ya entiendo.
Escúchame.

DON RODRIGO.

Voy corriendo...

ENRIQUE.

¡Vive Dios!

ESCENA XV.

ENRIQUE y después el CAPITÁN.

ENRIQUE.

Bien: vamos bien.
Ya se acabaron mis males;
Me hizo el Marqués secretario,
Y además soy emisario—
¡Capitán! *(Llamando)*—de órdenes reales.
¡Qué bello es Madrid! ¡Qué porte!
¡Qué movimiento! ¡Qué afán!
¡Qué bien hice—¡Capitán!—
En retirarme á la córte!

EL CAPITÁN.

¿Me llamasteis?

ENRIQUE.

Sí, en verdad.
Tardo anduvisteis.

EL CAPITÁN.

¿Qué es ello?

ENRIQUE.

Orden.

EL CAPITÁN.

¿De quién?

ENRIQUE.

Ved el sello.

¿De quién?

EL CAPITÁN.

De Su Majestad.

ENRIQUE.

Leedla, pues.

EL CAPITÁN.

Dice así:

«Dad presos sin vacilar...

ENRIQUE.

¡Malo!

EL CAPITÁN.

»Al Marqués de Bedmar
Y á su secretario.»

ENRIQUE.

¡Á mí!

EL CAPITÁN.

¿Sois vos?

ENRIQUE.

Quisiera no serlo.

EL CAPITÁN.

¿Vos? ¡Já! ¡já!

ENRIQUE.

¡Por Lucifer!
¡Quién otro pudiera ser

Tratándose de prenderlos?

EL CAPITÁN.

Dad la espada.

ENRIQUE.

Por el corte
La tomaréis.

EL CAPITÁN.

¡Atrevido!
¡En la córte!

ENRIQUE.

¡Ah! sí. *(La entrega.)* He vencido
Mi mala suerte en la córte.

EL CAPITÁN.

Siento mucho...

ENRIQUE.

¡Voto á sán!...

EL CAPITÁN.

Vuestra fortuna severa.

ENRIQUE.

¡Bah! La fortuna es quimera.

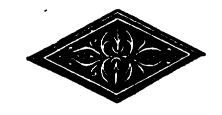
EL CAPITÁN.

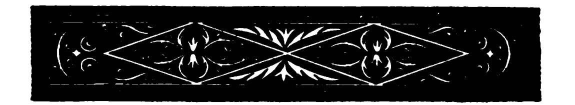
¿Vamos?

ENRIQUE.

Vamos, Capitán.

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO y ENRIQUE.

ENRIQUE.

No hay persuadirme, Rodrigo.

DON RODRIGO.

Pero contempla primero...

ENRIQUE.

Ya te he dicho que no quiero
Tener más cuentas contigo.

DON RODRIGO.

Aquello fué sin pensar...

ENRIQUE.

Y mañana sin querer,
Cual me mandaste prender,
Me puedes mandar ahorcar.
Es amistad peligrosa
La amistad de un cortesano.

DON RODRIGO.

Culpa al influjo tirano
De tu estrella rigurosa.

ENRIQUE.

(Con amargura.)

¿Te has llegado á convencer
De mi fortuna severa?

DON RODRIGO.

Lo pruebas de tal manera,
Que al fin me lo haces creer.

ENRIQUE.

Siempre que ascender presumo,
La empresa que á cargo tomo,
Sin ver por dónde ni cómo,
Se deshace como el humo.
Desesperado me quedo
Y entregado á Barrabás,
Me repudro, y, lo que es más,
De nadie quejarme puedo.
Cuando es de nuestra aflicción
Una persona culpada,
Se le pega una estocada,
Y se calma el corazón.
Mas ni esa dicha me halaga.
Yo no sé para qué existo.

DON RODRIGO.

¡Pobre Enrique!

ENRIQUE.

¡Vive Cristo,
Que ya no sé qué me haga!
¿Quisiérasme tú decir
Qué ciencia se necesita
En esta córte maldita
Para subir y subir,
Como tú?

DON RODRIGO.

Sin duda alguna.
Es reunión de muchas artes.

ENRIQUE.

Pues, dí.

DON RODRIGO.

Como en todas partes,
Aquí para hacer fortuna,
Es preciso...

ENRIQUE.

Dilo pronto.

DON RODRIGO.

Primeramente una cosa,
Que para todo es forzosa.

ENRIQUE.

¿Y cuál es?

DON RODRIGO.

No ser un tonto.

ENRIQUE.

Tú no serás tan parcial,
Que por tonto me condenes.

DON RODRIGO.

Nada de eso; pero tienes
Un defecto capital.

ENRIQUE.

¿Cuál?

DON RODRIGO.

Un alma que conmueve
Cualquier cosa que la excite,
Y que jamás te permite
Disimular lo más leve.
Para ir al cielo, el candor

Es bueno sin duda alguna;
Pero para hacer fortuna
No hay una cosa peor.

ENRIQUE.

¿Lo dices?...

DON RODRIGO.

El otro día
Cuando al Marqués preso viste,
Me dijeron que estuviste
Descompuesto en demasía.

ENRIQUE.

¿Y quién consiente sereno
Que prenda un capitancillo
Á un valeroso caudillo
De nobles heridas lleno?
Me prendieron; me entregué,
Bien que domando mi brío;
Mas ¡qué diablos! no fuí mío
Cuando á Bedmar escuché:
«Mi espada nunca vencida
Entregad al Soberano,
Que quizás en otra mano
Estará mejor regida.»
Y con sereno ademán,
Su noble acero entregó,
Y al recibirlo tembló
La mano del capitán.
De no hallarme desarmado
Cuando este atentado ví;
De haber una espada allí...

DON RODRIGO.

Sí; ya te hubieran ahorcado.

ENRIQUE.

No hay peligro que me importe
De la razón asistido.

DON RODRIGO.

Vaya, vaya, no has nacido
Para vivir en la córte.

ENRIQUE.

Á pesar de todo intento...

DON RODRIGO.

¿Seguir en la misma altura?

ENRIQUE.

Sí; mi mayor desventura
Es que jamás escarmiento.

DON RODRIGO.

¿Y bien?

ENRIQUE.

El Duque, el Ministro,
Se prendó de mi franqueza
Cierta vez.

DON RODRIGO.

Así se empieza:
No has tocado mal registro.
¿Y adelantas?

ENRIQUE.

Sí, en verdad.
Él más que nunca está humano,
Desde que se encuentra sano
De su última enfermedad.

DON RODRIGO.

¿Te prometes?...

ENRIQUE.

Me prometo...

Mas no lo digo, ¡pardiez!
Que en mi vida alguna vez
He de guardar un secreto.

DON RODRIGO.

No habrá mayor pesadumbre...

ENRIQUE.

Voy á seguir tu lección.

DON RODRIGO.

¡Bah! Ya tienes comezón
De hablarlo.

ENRIQUE.

Sí, la costumbre...

DON RODRIGO.

En fin.

ENRIQUE.

Para que la gana
De hablarlo no me moleste,
Hay un remedio.

DON RODRIGO.

¿Cuál?

ENRIQUE.

Éste:
Don Rodrigo, hasta mañana.

ESCENA II.

DON RODRIGO y DOÑA INÉS.

DON RODRIGO.

¿Y es justa la providencia
Que tiene preso al Marqués?

Mi conciencia... Bien; después
Trataré de mi conciencia.

DOÑA INÉS.

¿Calderón?

DON RODRIGO.

¡Tanta fortuna!

DOÑA INÉS.

Mucho tenemos que hablar.

DON RODRIGO.

No pudiéramos hallar
Ocasión más oportuna.

DOÑA INÉS.

¿Nadie vendrá?

DON RODRIGO.

No; más tarde
El Duque al despacho viene,
Y San Lorenzo detiene
Al Monarca, que Dios guarde:
Su Alteza duerme despacio.

DOÑA INÉS.

Si anoche corrió aventura...

DON RODRIGO.

Podéis hablarme segura.

DOÑA INÉS.

Bien. *(Se sientan.)*

DON RODRIGO.

¿Qué hay de nuevo en palacio?

DOÑA INÉS.

El Duque de su dolencia
Ya sanó; pero otro mal
Agora tiene.

DON RODRIGO.

¿Otro? ¿Cuál?

DOÑA INÉS.

Inquietudes de conciencia.

DON RODRIGO.

No sé yo por qué razón,
Ese mal al Duque aflige.

DOÑA INÉS.

Nunca le falta á quien rige
Veinte años una nación.

DON RODRIGO.

No encuentro razón bastante,
Señora...

DOÑA INÉS.

¿También conmigo
Disimuláis, don Rodrigo?
Vos...

DON RODRIGO.

Adelante.

DOÑA INÉS.

Adelante.
Felipe se va agravando,
Aunque dice su doctor
Que va cada vez mejor.

DON RODRIGO

Los reyes, en enfermando,
Su doctor el primer día
Dice que su mal es fuerte;
Mas después, hasta la muerte,
Siempre van en mejoría.

DOÑA INÉS.

Felipe de ésta no escapa.

¡Pobre Rey!

DON RODRIGO.

¡Pobre carcoma!
Sucederá lo que en Roma,
Cuando murió cierto Papa.

DOÑA INÉS.

¿Cuál?

DON RODRIGO.

Adriano. También
Fué como el Rey actüal,
Que, pensando en no hacer mal,
Murió sin hacer un bien.
Y cuando el pueblo romano
Tuvo al fin averiguada
Su muerte, siempre anhelada,
Descomedido y ufano,
De su médico mayor
Puso un letrero en la casa,
Diciendo: «Gloria sin tasa
De Italia al libertador.»

DOÑA INÉS.

No habré yo tal regocijo
Cuando esté Felipe muerto.

DON RODRIGO.

¿Por qué?

DOÑA INÉS.

¿Por qué? Porque advierto
Que después viene su hijo. *(Sonrien.)*
El Duque deja su asiento;
El Rey en nada repara:
Grande ocasión se prepara
Á la audacia y el talento.

Trabajad, que el Soberano
Jamás sus gracias reparte.

DON RODRIGO.

Sí; siempre deja que el arte
Se las coja de la mano.

DOÑA INÉS.

Sus sueños hará verdad,
Vuestra ambición extremada.

DON RODRIGO.

¿Mi ambición? (Pues no me agrada
Tanta naturalidad.)

DOÑA INÉS.

Don Rodrigo, sois muy ducho,
Y á más tenéis buena estrella. *(Pausa.)*

DON RODRIGO.

Hoy me parecéis muy bella,
Doña Inés.

DOÑA INÉS.

Me alegro mucho.

(Después de un instante.)

DON RODRIGO.

Ya ha olvidado vuestra lengua
Sus acentos de dulzura.

DOÑA INÉS.

Aprensión.

DON RODRIGO.

Se me figura
Que vuestro cariño mengua.

DOÑA INÉS.

¡Hola! Eso mismo os decía
Yo, no ha mucho.

DON RODRIGO.

Sí, señora,
Y yo lo repito ahora.

DOÑA INÉS.

Ved lo que el tiempo varía.

DON RODRIGO.

¿Me habréis acaso olvidado?

DOÑA INÉS.

Son de distinto linaje
El amor que inspira un paje...

DON RODRIGO.

¡Ah! Ya.

DOÑA INÉS.

Y un hombre de Estado.
Os quise por vez primera—
Seré franca—por instinto,
Cual lejos de este recinto
Pudiese amaros cualquiera.
Esa máscara maldita
Que aquí nuestra faz molesta,
Si siempre se tiene puesta,
Pronto la frente marchita.
En medio de este torrente
Busqué momentos de calma
En vos, juzgándoos un alma—
¡Ved qué cándida!—inocente.
Pero pronto se hundió el solio
De aquel cariño tan fiel,
Encontrando en mi doncel
Un cortesano de á folio.
De hoy más, cual la vez primera
Mi cariño no será;

Os amo, sí; pero ya
Os amo de otra manera.
Vos, que lo mismo me amáis,
Luego que de mí escucháis
Lo que saber os agrada,
Porque yo no piense en nada
El amor me recordáis.
Porque comprendéis muy bien,
Cual cortesano muy ducho,
Que el alma que piensa mucho,
Exige mucho también.
Porque alma de la entereza
De la vuestra,—Perdonad—
En su misma soledad
Funda su mayor grandeza.
Y al momento se figura,
Si alguno sigue su huella,
Que pensar cual piensa ella
Es atreverse á su altura.
Esto es ya demasiado;
Es injusticia, es ultraje:
Ya que me quitáis al paje,
Dejadme al hombre de Estado.

DON RODRIGO.

Si á nuestro amor de ese modo
Le quitáis el interés,
Quizás, señora, después
Se llegue á olvidar del todo.

DOÑA INÉS.

¡Qué es olvidar! ¿Puede ser?
No es eso lo que yo digo. *(Levantándose.)*

DON RODRIGO.

(Esta mujer...)

DOÑA INÉS.

Don Rodrigo,
¡Olvidáis...!

DON RODRIGO.

(Esta mujer...)

DOÑA INÉS.

Nuestra incierta posición
Tiempo es ya que se despeje,
Y de nosotros se aleje
Toda mezquina ficción.
Mas de ninguna manera
Podemos dar al olvido...

DON RODRIGO.

Yo lo dije resentido
De que suceder pudiera.

DOÑA INÉS.

Pienso que no me engañáis;
Que tan mal no he de juzgaros,
Que pretenda recordaros
La obligación en que estáis.
En fin, ya es tarde; me alejo.
¡Ah! Perdonadme otra vez,
Si ofendo vuestra altivez
Para daros un consejo.

DON RODRIGO.

¿Vos?...

DOÑA INÉS.

Don Baltasar comprende
Que es la ocasión oportuna,
Y también sin duda alguna

Ganar el puesto pretende.
Busca la causa formada
Por la muerte...

DON RODRIGO.

No me inquieto.

DOÑA INÉS.

Que disteis vos en un reto
Á Don Félix de Moncada.
Hay más: hallar solicita
Contra vos otro proceso,
Que se formó de exprofeso
Por la Reina Margarita.
Pero éste, segun advierto,
Es de defensa muy mala:
Hay en él no sé qué escala,
Un claustro y un hombre muerto.
Y del crimen perpetrado
Á vos los cargos oprimen.

DON RODRIGO.

Paso, doña Inés; el crimen
Jamás mi frente ha manchado.
Ese hombre—sabéis el hecho—
Á Su Alteza pretendía
Conocer, y no la mía;
Otra espada hirió su pecho.

DOÑA INÉS.

Sí; pero allí vuestro nombre
Es el que suena.

DON RODRIGO.

Convengo.

DOÑA INÉS.

En fin, yo el proceso tengo;

¿Qué hay en esto que os asombre?

DON RODRIGO.

Nada.

DOÑA INÉS.

Como siempre yo
Fuí vuestra amiga más fiel,
Pude apoderarme de él,
Cuando la Reina murió.

DON RODRIGO.

¿Vos lo romperéis?

DOÑA INÉS.

(En ademán de irse.) Ya es tarde.
Adios, pues.

DON RODRIGO.

¿Lo romperéis?

DOÑA INÉS.

Calderón, quizá lleguéis
Á ministro. Dios os guarde.

ESCENA III.

DON RODRIGO.

(Pausa.)

Su Alteza tuvo la culpa
De ese proceso non santo,
Y Su Alteza, por lo tanto,
Inventará mi disculpa.
Tu amoroso frenesí
Me obliga, segun has dicho...
¡Bah! Lo que en tí fué capricho
No es obligación en mí.

Gana
Busc.
Por l.

Que di
Á Don
Hay m
Contra
Que se
Por la l
Pero és
Es de d
Hay en
Un clau
Y del cr
Á vos lo

Paso, do
Jamás n
Ese hon
Á Su Al
Conocer
Otra esp

Sí; pero
Es el qu

En fin,

Mi alma, ya sumergida
En piélago tan profundo,
Necesita un cetro, un mundo,
Para estar entretenida.
¡Si ahora me arroja mi estrella
Á mi oscura medianía!
¡Cuadro horrible! ¡Suerte impía!
¡Oh! No pensemos en ella.

ESCENA IV.

DON RODRIGO y EL DUQUE.

DUQUE.

¿Qué dice el correo?

DON RODRIGO.

Sucinto
Es, y en extremo felice.

DUQUE.

¿De Roma?... *(Con interés.)*

DON RODRIGO.

Nada nos dice
Su Santidad Paulo quinto.
Simón Cosla, el capitán
Que de Ríjoles saliera,
Castigó la audacia fiera
Del pirata musulmán.

DUQUE.

¡Oh! Mucho tarda.

DON RODRIGO.

Me voy,

Si no es precisa mi pluma.
(El Duque le hace seña de que puede retirarse.)

EL DUQUE.

(Solo.) Papeles... ¡Oh! Ya me abruma
Lo que he sido y lo que soy.

ESCENA V.

EL DUQUE y DOÑA MATILDE.

DOÑA MATILDE.

¿Señor?

EL DUQUE.

¡Matilde amada!

DOÑA MATILDE.

¿Cómo os sentís?

EL DUQUE.

Mejor, gracias al cielo,
Y á mi tierna sobrina, que velando
Pasó las horas de mi amargo duelo.

DOÑA MATILDE.

Cumplí con mi deber: dad al olvido...

EL DUQUE.

¿Olvidarlo? Jamás. Morir sentía,
Aun más que por morir, porque la muerte
Me quitaba el placer de agradecerte
Todo el bien que me hicistes, hija mia.

DOÑA MATILDE.

Señor, el mal no ha sido tan violento,
Que á pensar en la muerte nos obligue.

EL DUQUE.

Ni la busco, Matilde, ni la siento.

Sólo le pido al cielo que en llegando
El instante fatal de mi agonía,
Ponga piadoso cerca de mi lecho
Un ángel como tú.

DOÑA MATILDE.

La vida mía
Pedid que el cielo en dilatar consienta,
Y siempre cuidadosa á vuestro lado
Yo por la vuestra velaré contenta.
Mas no hablemos en esto: ¿á qué afligiros?

EL DUQUE.

No; yo me gozo en recordar ahora
Tu tierno afan y tu amoroso esmero:
Muy pocas ocasiones da un palacio
De gozar un placer tan verdadero.

UN UGIER.

Un emisario de la Santa Sede.

EL DUQUE.

(¡Gran Dios!) Voy sin demora.
Matilde, ¿me amarás?

DOÑA MATILDE.

Mientras exista:
Mas...

EL DUQUE.

Si es verdad, renuncia desde ahora
Á ser de la Princesa camarista.

ESCENA VI.

DOÑA MATILDE y después EL PRÍNCIPE.

DOÑA MATILDE.

Dudo que Isabel conceda...
El Príncipe viene allí;
Le pediré que interceda
Con su esposa, porque acceda
Á mi demanda.

EL PRÍNCIPE.

(Está aquí.)
¿Le habrá indicado Rodrigo...?
Señora... (¡Qué hermosa está!)

DOÑA MATILDE.

El cielo os guarde.

EL PRÍNCIPE.

Sí hará,
Estando un ángel conmigo.

DOÑA MATILDE.

Bien se demuestra en verdad
Que á Góngora habéis tratado.

EL PRÍNCIPE.

Mal demuestro que he mirado
El sol de tanta beldad.

DOÑA MATILDE.

Si la ventura conquisto
De agradaros este día,
Será porque hoy todavía
La hermosura no habréis visto
De la vuestra y mi señora.

EL PRÍNCIPE.

Mil veces al lado de ella
Me has parecido tan bella
Cual me pareces ahora;
Y mil veces...

DOÑA MATILDE.

Hoy, señor,
Estáis de tan buen talante,
Que aprovecharé este instante
Para exigir un favor...

EL PRÍNCIPE.

¿De mí?

DOÑA MATILDE.

Sí: de Vuestra Alteza.

EL PRÍNCIPE.

(¡Oh placer! Me abre el camino.)

DOÑA MATILDE.

Que he de alcanzar imagino...

EL PRÍNCIPE.

Acaba: dí con presteza.
¿Mis ojos, mi voz, mi hablar,
No te han hecho presumir,
Que nada podrás pedir
Que yo te sepa negar?
¡Un favor! Tú me le has hecho,
Dándome ocasión así
Para hablar del frenesí
Que ha tiempo agita mi pecho.

DOÑA MATILDE.

¡Príncipe!

EL PRÍNCIPE.

Por tu beldad

¿Qué no haré? Dímelo: acaba.

DOÑA MATILDE.

Alcanzarlo no pensaba
Con tanta facilidad.
Favor que hacéis tanto alarde
De concederme, señor,
No me consiente mi honor
Admitirlo. Dios os guarde.

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE, DON BALTASAR, y después DON RODRIGO

EL PRÍNCIPE.

¡Qué arrogancia!

DON BALTASAR.

Vuestra Alteza...

EL PRÍNCIPE.

¿Vos aquí, don Baltasar?

DON BALTASAR.

Señor, no debe extrañar
Que os trate con aspereza
Doña Matilde.

EL PRÍNCIPE.

¿Y por qué?

DON BALTASAR.

Porque ama correspondida
Á otro galán.

EL PRÍNCIPE.

¡Por mi vida!
¿Sabéis quién es?

DON BALTASAR.

Yo lo sé.

EL PRÍNCIPE.

Decídmelo.

DON BALTASAR.

Si os lo digo,
Quizás lo juzguéis error.

EL PRÍNCIPE.

¡Otro merece su amor!
Pronto: ¿quién es?

DON BALTASAR.

Don Rodrigo.

EL PRÍNCIPE.

¡Rodrigo la ama! ¡Quimera!
¿Cómo atreverse podría?...

DON BALTASAR.

Tantos engaños no habría,
Si confiados no hubiera.

EL PRÍNCIPE.

Tu pecho, que le aborrece,
Acaso te precipita.

DON BALTASAR.

Señor, el odio me irrita,
Pero jamás me envilece.

EL PRÍNCIPE.

¿Él lo ha dicho? *(Don Rodrigo escondido.)*

DON BALTASAR.

No es tan loco.

EL PRÍNCIPE.

¿Ella acaso lo revela?

DON BALTASAR.

No, señor.

Juro que serán iguales
Mi venganza y sus traiciones.

ESCENA VIII.

DICHOS, y DOÑA MATILDE (Trae una carta en la mano.)

DOÑA MATILDE.
¡Príncipe!

DON BALTASAR.
¡Matilde!

EL PRÍNCIPE.
¿Qué?

DOÑA MATILDE.
Perdonadme, si abusando
Segunda vez, os demando
El favor que os indiqué.

EL PRÍNCIPE.
No dijisteis qué demanda
Es la vuestra.

DON BALTASAR.
(No concibo...)

DOÑA MATILDE.
La carta que ahora recibo,
Decirla al punto me manda.
Dad justa satisfacción
Al agravio que me enciende:
Vengadme.

EL PRÍNCIPE.
¿Quién os ofende?

DOÑA MATILDE.

Don Rodrigo Calderón.

EL PRÍNCIPE.

¡Cómo!

DON BALTASAR.

(¡Cielos!)

DOÑA MATILDE.

Á mi primo
Le dió muerte su furor;
Y ya más tiempo, señor,
Mi cólera no reprimo.
Mil veces el pecho mío
Pedir venganza ha dispuesto;
Pero mil veces me ha impuesto
Silencio el Duque mi tío.
Que al fin mi primo no es
Sangre suya, y es su amigo
El osado don Rodrigo
Que lo tendiera á sus piés.
Pero esta carta sentida
Mis deudos me han dirigido,
Creyendo que infame olvido
La noble sangre vertida.
Si me estimáis...

EL PRÍNCIPE.

Sí, por Dios.

DOÑA MATILDE.

Mostradlo de esta manera:
Haced lo que hacer debiera
Cualquier tribunal sin vos.
Haced por que yo responda
Á esta carta con aliento.

EL PRÍNCIPE.

¿Qué pretendéis?

DOÑA MATILDE.

Que al momento
Estrecha cárcel le esconda.

EL PRÍNCIPE.

Zúñiga...

DON BALTASAR.

Yo...

EL PRÍNCIPE.

(Grande peso
Me quita del corazón.)

DOÑA MATILDE.

¿Qué decís? ¿Qué suspensión
Es la vuestra?

EL PRÍNCIPE.

Poner preso
Á Calderón...

DOÑA MATILDE.

Su delito
Lo reclama, y mi deber.
¿No hay poder contra el poder
Del osado favorito?

EL PRÍNCIPE.

¿Qué decís? *(Á Don Baltasar.)*

DON BALTASAR.

Señor...

EL PRÍNCIPE.

Ya véis...

DOÑA MATILDE.

Vos, noble don Baltasar,
Agora podéis mostrar

El amor que me tenéis.

EL PRÍNCIPE.

¡Cómo! ¡Te ama!

DOÑA MATILDE.

Me ama.

EL PRÍNCIPE.

¡Zúñiga!

DON BALTASAR.

(¡Gran Dios!)

EL PRÍNCIPE.

(Reparando en su turbacion.) No hay duda.

DOÑA MATILDE.

Y agora, siendo en mi ayuda,
Me puede mostrar su llama.
Si es verdad aquel amor
Que mostrasteis tantas veces;
Si vuestras amantes preces
Fueron verdades...

EL PRÍNCIPE.

¡Traidor!

DOÑA MATILDE.

Ya que vos, segun infiero,
No ayudáis mi empresa hidalga,
¿Prohibís también que me valga
Del valor de un caballero?

EL PRÍNCIPE.

¡Tú la amabas! ¡Oh traición!

DOÑA MATILDE.

Él me vengará.

EL PRÍNCIPE.

Tú solo
Eres culpable del dolo,

Que achacaste á Calderón.
Bien tu oprobio y tu mancilla
En tu semblante se imprimen.

DON BALTASAR.

(Como deseprtando.)

¡Príncipe!

DOÑA MATILDE.

(¡Cielos!)

DON BALTASAR.

El crimen
Mi noble frente no humilla.

EL PRÍNCIPE.

Responde.

DON BALTASAR.

Con el decoro
Que le cumple á un caballero,
Os respondo que la quiero;
No, dije mal, que la adoro.
Yo ignoraba el homenaje
Que la rinde Vuestra Alteza,
Y pude amar su belleza
Sin haceros un ultraje.
Yo...

EL PRÍNCIPE.

Basta, don Baltasar.

DON BALTASAR.

Tened presente...

EL PRÍNCIPE.

(Interrumpiéndole.) Sí haré:
En mi vida olvidaré
Lo que acaba de pasar. *(Vase.)*

ESCENA IX.

DON BALTASAR, DOÑA MATILDE y DON RODRIGO.

(Este se adelanta silencioso.)

DOÑA MATILDE.

Zúñiga, desdichas tantas...

DON BALTASAR.

¡Oh! Yo me alegro, señora,
Porque eso más tengo ahora
Que ofrecer á vuestras plantas.

DOÑA MATILDE.

(Confundida.)

¡Ah!

DON BALTASAR.

Ya que invocáis mi brío,
Gracias, señora; mi espada
Pronto os dejará vengada
De Calderón.

DOÑA MATILDE.

(¡Oh Dios mío!
¿Qué hice?)

DON BALTASAR.

Á mi cargo tomo
El darle justo castigo.
Mas vos, ¿qué decís?

DOÑA MATILDE.

Yo digo...

DON BALTASAR.

¿Y bien?

DOÑA MATILDE.

Dios os guarde. *(Vase.)*

DON BALTASAR.

¡Cómo!

¡Mudanza tan repentina!

(Se vuelve para seguir á Matilde, y se encuentra á Don Rodrigo, que lo contempla frente á frente y con los brazos cruzados. Momento de pausa.)

¡Miserable! ¡Tal traición!

(Tira de la daga en ademán de lanzarse á Don Rodrigo.)

DON RODRIGO.

(Con energía, pero sereno.)

¡Zúñiga! *(Pausa.)*

DON BALTASAR.

Tenéis razón.

Un Zúñiga no asesina. *(Envaina.)*
Venganza os juro, y funesta:
Calderón, debéis temblar. *(Vase.)*

DON RODRIGO.

(Después de haberle seguido con una mirada tranquila.)

Ya se hundió don Baltasar:
El Duque solo me resta.

ESCENA X.

DON RODRIGO y DOÑA MATILDE.

DOÑA MATILDE.

¡Ay, Rodrigo! ¿Qué hemos hecho?

DON RODRIGO.

Pagar su intención perversa.

DOÑA MATILDE.

Otra cosa muy diversa
Me está diciendo mi pecho.
Yo he perdido con su Alteza
Á Zúñiga.

DON RODRIGO.

Y él, traidor...

DOÑA MATILDE.

Valiéndome de su amor,
De su amor y su nobleza.
Es infame villanía.

DON RODRIGO.

No, que su mala intención
Dió principio...

DOÑA MATILDE.

Su traición,
No es disculpa de la mía.
Zúñiga usó de lealtad
Conmigo, mas yo traidora...

DON RODRIGO.

(Con amargura.)

¿Lo sentís?

DOÑA MATILDE.

¡Ay! En mal hora
Llegué al palacio.

DON RODRIGO.

¡Oh! callad;
Que tiemblo y llego á temer,
Oyéndoos hablar así,
Que vos también ¡ay de mí!
Odio me vais á tener.

DOÑA MATILDE.

Jamás: aunque esta amargura
Quede en el alma grabada,
No me arrepiento de nada,
Si os he salvado.

DON RODRIGO.

(Besándole la mano.) ¡Oh ventura!

DOÑA MATILDE.

El Duque llega: marchad.

DON RODRIGO.

Adiós. *(Vase.)*

DOÑA MATILDE.

No sepa mi tío...
¡Ah! Nunca sentí, Dios mío,
Tal angustia y ansiedad.

ESCENA XI.

DOÑA MATILDE y EL DUQUE.

EL DUQUE.

¡Oh! Ya somos felices, hija mía.

DOÑA MATILDE.

¡Felices!

EL DUQUE.

Acabaron ya mis penas.

DOÑA MATILDE.

¿Cómo?

EL DUQUE.

Es llegado el venturoso día
Que rompe para siempre mis cadenas.

DOÑA MATILDE.

Decid.

EL DUQUE.

Cediendo á mi constante anhelo,
Hoy Paulo quinto Cardenal me nombra:
Escudo santo me dará el capelo.

DOÑA MATILDE.

¿Pensáis...?

EL DUQUE.

Y rotos mis odiosos lazos,
Lejos huiré de la ambición y el trono,
Do pueda, libre de temor y encono,
Tender al cielo mis dolientes brazos.
¡Oh dicha! Ya respiro; ya no tengo
Necesidad de odiar ni ser odioso.
Partiremos hoy mismo.

DOÑA MATILDE.

¡Suerte fiera!

EL DUQUE.

Valladolid nos prestará reposo.
¡Qué felices, Matilde, viviremos!
¿Es verdad?

DOÑA MATILDE.

Muy felices.

EL DUQUE.

¿Qué te altera?
¿Lloras?

DOÑA MATILDE.

(¡Ay, Dios!)

EL DUQUE.

(Con profundo desconsuelo.)

¿Acaso me abandonas?

DOÑA MATILDE.

¿Tal ultraje, señor? *(Prorumpiendo en llanto.)*

EL DUQUE.

¡Hija del alma!
Perdona á mi vejez esta exigencia,
Y no me prives de la dulce calma
Que me prestan tu amor y tu inocencia.

DOÑA MATILDE.

Do quiera os seguiré. ¡Cuán sin ventura
Habréis vivido, cuando en este día
Ni el grito santo de amistad sagrada,
Ni un recuerdo de amor correspondido,
Os une con placer á la morada
Donde tan largo tiempo habéis vivido!

EL DUQUE.

La juventud camina muy despacio
Hacia la muerte; la vejez, corriendo.
Yo, que el fin de mis horas voy sintiendo,
Tengo miedo á la muerte en el palacio.
¡En palacio morir! Si en este infierno...

DOÑA MATILDE.

Callad, por compasión.

EL DUQUE.

Si aquí espirara,
Maldiciones llegaran al Eterno
Antes que el ¡ay! del corazón llegara.

DOÑA MATILDE.

Sí, partamos. Si veis que me despido
Con llanto de amargura y con pesares,
No es porque aquí feliz haya vivido;
Es porque tengo amor á los lugares
Do las primeras penas he sufrido.

EL DUQUE.

¡Infeliz! ¿Tú también?

DOÑA MATILDE.

(¡Cielos! ¿Qué dije?)

EL DUQUE.

¿Qué me indica ese llanto?
¿Qué me indica, Matilde, ese quebranto
Que ha mucho tiempo sin cesar te aflige?
Responde. ¿Por qué lloras? Soy tu amigo.
Ten en mí confianza.

DOÑA MATILDE.

No merezco...

EL DUQUE.

¡Ah! ¡Tú amas!

DOÑA MATILDE.

(¡Gran Dios!)

EL DUQUE.

¡Y á don Rodrigo!

DOÑA MATILDE.

Perdonadme, señor.

EL DUQUE.

Te compadezco.
¿Qué hicistes, infeliz? Sin más recursos
Que esa pasión que comprender no puede,
Porque su negro ambicionar le ciega,
¿Quieres parar su espíritu altanero
En medio de la lid á que se entrega?

DOÑA MATILDE.

Señor, os engañasteis : yo no quiero
Nada más que quererle. ¡Oh! Perdonadme,
Y partamos al punto.

(Pausa. El Duque la contempla con dolor.)

EL DUQUE.

Si él te amara,
Sí él te pudiera amar...

DOÑA MATILDE.

Él me lo jura.

EL DUQUE.

¿Te ha jurado su amor?

DOÑA MATILDE.

De tal manera,
Que, de no amarle tanto, lo creyera.

(El Duque medita. Pausa.)

EL DUQUE.

¿Has notado si él quiere que tú espíes
Mi conducta?

DOÑA MATILDE.

Jamás.

EL DUQUE.

¿No te ha exigido
Alguna vez con maña que le fíes
Secreto alguno de la infanta?

DOÑA MATILDE.

Nunca.

EL DUQUE.

¿Te ha hablado de Su Alteza?

DOÑA MATILDE.

Ni aun le nombra.

EL DUQUE.

(Despues de una pausa.)

¡Oh! Quizás te amará.

DOÑA MATILDE.

¿Pensáis...?

EL DUQUE.

Sí; pienso
Que con el hombre nace
Un impulso de amor, de amor inmenso,
Que amando, y nada más, se satisface.
Ese amor en Rodrigo contrastado
Nunca tuvo alimento,
Y en su pecho tal vez haya brotado
Al escuchar tu bienhechor acento.

DOÑA MATILDE.

Quizás vuestra bondad...

EL DUQUE.

No, que al mirarte
No es posible, Matilde, convencerse
De que, amándole tú, pueda no amarte.
Él quiere sucederme; si lo alcanza,
Más le odiarán los nobles, y en la lucha
Naufragarán su amor y tu esperanza,
Quizás su vida.

DOÑA MATILDE.

¡Por piedad, salvadle!

EL DUQUE.

Yo labraré tu dicha, si es posible.
Al Monarca diré cuán peligroso
Es elevar al mando á don Rodrigo,
Y espero que en mi última exigencia
Muestre Felipe su bondad conmigo.

DOÑA MATILDE.

¡Oh! Salvadle, señor: no es un perverso:
Le calumnian.

EL DUQUE.

En tanto, sin demora

Vé á despedirte de la infanta.

DOÑA MATILDE.

(¡Cielos!)

EL DUQUE.

Y yo á extender mi dejación ahora. *(Vanse.)*

ESCENA XII.

DON RODRIGO y ENRIQUE.

DON RODRIGO.

¿Para Cádiz te despides?

ENRIQUE.

Sí, sí; me marcho al instante.

DON RODRIGO.

¿Qué intentas?

ENRIQUE.

Tengo una duda.

DON RODRIGO.

¿Cuál es?

ENRIQUE.

En llegando á Cádiz,
No sé si entrar en el buque,
Ó si arrojarme á los mares.

ESCENA XIII.

Dichos y EL MAYORDOMO DE DOÑA INÉS.

EL MAYORDOMO.

De doña Inés. *(Entrega una carta.)*

DON RODRIGO.

¡Ah! Ese nombre
Me hiela toda la sangre.

EL MAYORDOMO.

¡Enrique! *(Hablan aparte.)*

DON RODRIGO.

No sé por qué
Me anuncia grandes pesares.

(Lee.) «El Duque ha renunciado : esto le dará alguna influencia con Su Majestad, y si quiere utilizarla en vengarse de vos, lo conseguirá indudablemente. Aguarda al Rey, que pronto llegará de San Lorenzo: si no evitáis esta conferencia, renunciad á vuestras esperanzas.—*Doña Inés.*»
¡Oh!

ENRIQUE.

Conque adiós.

DON RODRIGO.

¿Por qué causa
Te vas?
(Distraido y sin oir lo que Enrique le dice.)

ENRIQUE.

Por mi suerte infame...
El Duque ya era mi amigo;
Pensaba... Pues bien; hoy sale
De Palacio, por no hacerme
Mercedes.

DON RODRIGO.

¿Quieres quedarte?

ENRIQUE.

Jamás. El pecho me anuncia...

DON RODRIGO.

¿Qué te anuncia?

ENRIQUE.

Que he de ahogarme.
Adiós.

DON RODRIGO.

Si escuchas que asciendo,
Vuelve á Madrid.

ENRIQUE.

No me aguardes. *(Vase.)*

DON RODRIGO.

Y bien, ¿qué habéis observado?

EL MAYORDOMO.

Cosa, señor, bien notable:
Está triste, y aun llorosa.

DON RODRIGO.

Seguid...

EL MAYORDOMO.

Me voy á otra parte.

DON RODRIGO.

¿Cómo?

EL MAYORDOMO.

Serví sin que el Rey
Mis hechos de armas premiase.
Hoy me vuelvo á la Saboya:
Pretexto os doy para honrarme.
Despues volveré á serviros
En cargo más importante.

(Don Rodrigo le contempla un instante; después le hace seña de que se retire.)

ESCENA XIV.

DON RODRIGO.

Evitar la conferencia...
Es preciso, indispensable.
¡Oh, yo tiemblo! Si después
De tan horribles afanes...
¡Ah! Calma, calma. Es preciso
Un medio... Mas ¿cómo hallarle?
(Se oye dentro la voz del Príncipe.)
¡Su Alteza...! ¡Cielos, qué idea!
Es un medio repugnante.
(Lucha.)
¡Oh...! No hay otro. *(Decidido.)* Él sólo trata
De sus amorosos planes,
Y hará cuanto yo le diga
Por lograr... ¡Oh! Perdonadme,
Doña Matilde. Yo haré
Que el Príncipe al Duque trate
De seducir, porque ayude
Su amor; habrá de enojarse
El Duque, que ya no tiene
Causa para ser infame.
Sí, reñirán... ¿Y si accede?
No es bueno tanto fiarse
De una virtud. Es arriesgo...
Mas... nunca, no. ¡Miserable!
¿Cómo? Imposible, imposible.
¡Oh Matilde! ¡Oh bello ángel!...
Su Alteza... Calma, que ya
El niño va siendo grande.

ESCENA XV.

DON RODRIGO y EL PRÍNCIPE.

EL PRÍNCIPE.

¿Rodrigo?

DON RODRIGO.

De vuestra Alteza
Me cuidaba en este instante.

EL PRÍNCIPE.

¿Pensabas...?

DON RODRIGO.

En remediar
Vuestros amorosos males.

EL PRÍNCIPE.

Haces bien; mucho me debes;
Y nunca podrás pagarme,
Que, exigiéndomelo ella,
No gimas en una cárcel.
¿Qué piensas? ¡Oh! Ya me canso
De tanto esperar en balde.

DON RODRIGO.

En este asunto otra vez
Yo no puedo personarme;
Porque otra vez diera causa
Á sospechas infamantes:
Por lo tanto ensayaremos
Otra manera de ataque.

EL PRÍNCIPE.

¿Y cuál es?

DON RODRIGO.

El Rey don Pedro...

EL PRÍNCIPE.

¡Pues no es antiguo el romance!

DON RODRIGO.

Ciego, cual vos, adoraba
Á la Padilla.

EL PRÍNCIPE.

Adelante.

DON RODRIGO.

Mas siempre la halló á sus quejas
Dura lo mismo que el jaspe.
Tuvo la Padilla un tío—
Es histórico—intrigante...

EL PRÍNCIPE.

¿Y bien?

DON RODRIGO.

Sedújolo el Rey,
Ó su ambicion: no se sabe.
En fin, las artes del tío
Al momento hicieron fácil
Lo que jamás acabaran
Las protestas del amante.

EL PRÍNCIPE.

Hermosa cual la Padilla
Es Matilde.

DON RODRIGO.

(¡Miserable!)

EL PRÍNCIPE.

Pero dicen que hoy el Duque
Hace dimisión.

DON RODRIGO.

Esparcen
Esas voces sus contrarios

Por escarnio y por ultraje.
Hoy más que nunca por eso...

EL PRÍNCIPE.

Silencio, que el Duque sale.

DON RODRIGO.

En esta cámara...

EL PRÍNCIPE.

Vamos.

DON RODRIGO.

Os explicaré mis planes.

ESCENA XVI.

EL DUQUE.

Su Majestad no ha venido:
Si se tarda, iré á buscarle
Á San Lorenzo. Me marcho
De Madrid. ¡Solemne instante! *(Pausa.)*
Ya la historia... ¡Oh Cárlos quinto,
El nunca vencido, el grande,
Cuán diversa está la España
De como tú la dejaste! *(Mirando el retrato.)*
La estrella siempre luciente
Que iluminó tu estandarte,
Á la que el mundo llamaba
La estrella de Austria brillante,
Ya, cual un tiempo dichoso,
Sus resplandores no esparce;
Ya va triste y abatida
Oscureciendo el semblante.

¡Pobre nación española
Cuando del todo se apague!

ESCENA XVII.

EL DUQUE y EL PRÍNCIPE.

EL PRÍNCIPE.

Salud, Duque.

EL DUQUE.

Señor, salud y gloria...

EL PRÍNCIPE.

Melancólico estás: ¿qué te suspende?

EL DUQUE.

Ese cuadro me trajo á la memoria
De vuestro ilustre abuelo Cárlos quinto
La conocida y venerable historia.

EL PRÍNCIPE.

¿El que héroe fué primero y luégo fraile?
(Mirando el cuadro con indiferencia.)
Yo pensaba de modo muy distinto.
Esta mañana he visto á tu sobrina,
Y estaba recordando en este instante
Sus gracias, su hermosura peregrina.

EL DUQUE.

(¡Cielos!)

EL PRÍNCIPE.

Es un portento de belleza;
No hay otra dama que á Matilde iguale.

EL DUQUE.

Hablando de ese modo, Vuestra Alteza
La estima en la mitad de lo que vale.

EL PRÍNCIPE.

¿Por qué?

EL DUQUE.

Porque recuerda su hermosura,
Y, al hacerme su elogio, no recuerda
Ni su virtud ni su conciencia pura.

EL PRÍNCIPE.

No olvido sus virtudes, ni el esmero
Con que sirve á mi esposa y su señora:
En fé de lo contrario, voy ahora
Á hacerla un corto obsequio.

EL DUQUE.

Me parece
Que el cargo de premiar á quien la sirve
Á vuestra real esposa pertenece.

EL PRÍNCIPE.

También me sirve quien la sirve á ella.
Hoy me quiero valer de tu eficacia
Para que llegue á tu sobrina bella
Tan humilde agasajo.

EL DUQUE.

(¡Oh torpe audacia!)

EL PRÍNCIPE.

Tú, que me amabas cuando yo era niño,
Cuando nada esperabas de mi mano,
Hoy que premiar pretendo tu cariño,
Espero que también...

EL DUQUE.

Y no es en vano.
Pero ya necesita vuestra Alteza
Otro amigo, más hábil consejero.

EL PRÍNCIPE.

Te engañas; ahora quiero
Valerme de tu amor y tu destreza.

EL DUQUE.

¿Mi destreza?

EL PRÍNCIPE.

Es asunto interesante;
Es una empresa que olvidar no puedo.

EL DUQUE.

(Esto merezco, y más.)

EL PRÍNCIPE.

Saldré triunfante,
Si el buen Duque de Lerma se resigna
Á que los dos entremos en convenio.

EL DUQUE.

¿Quién lo duda? La empresa será digna
De un grande corazón.

EL PRÍNCIPE.

De un grande ingenio.
Tres son los enemigos, por ahora,
Que me infunden temores y recelos.

EL DUQUE.

¿Tres?

EL PRÍNCIPE.

(El Duque, la ninfa encantadora,
Y mi esposa también, que tiene celos.)

(El Duque contempla alternativamente el retrato de Cárlos V y al Príncipe.)

¿Qué te suspende?

EL DUQUE.

¡Rara coincidencia!
De vuestra edad sería

Carlos quinto, con poca diferencia,
Y tres contrarios, como vos, tenía
En una empresa...

EL PRÍNCIPE.

¿Así como esta mía?

EL DUQUE.

Quizás.

EL PRÍNCIPE.

Pues díla, que saber anhelo
Esa muestra de ingenio y travesura
De Carlos quinto, mi valiente abuelo.

EL DUQUE.

Quedó vacante la imperial diadema
De Alemania.

EL PRÍNCIPE.

(¡No es cosa!)

EL DUQUE.

Cada Monarca pretendió obtenerla,
Y el joven Rey, sintiendo merecerla,
Tendió también su mano poderosa.
Suspenso el mundo contempló la lucha.
Él luchó con los tres ¡tres Soberanos!
Y venció la altivez y la arrogancia
De Francisco primero, rey de Francia,
De Enrique octavo, rey de los Britanos;
Y el Pontífice y Rey de los romanos
Vencido fué también, y él fué elegido,
Y en su cabeza juvenil, segura
La corona imperial brilló triunfante.
¿Es así, por ventura,
La empresa que os ocupa en este instante?

EL PRÍNCIPE.

¡Ah! *(Confundido.)* No es así: mas mi palabra he dado,
Y el asunto más leve
Una palabra real lo hace sagrado.

EL DUQUE.

¿La palabra? Verdad, cumplirse debe.
Muley Assán, en Túnez destronado
Por el infiel pirata Barbarroja...

EL PRÍNCIPE.

¿Otra vez?...

EL DUQUE.

Seré breve.
Pidiendo auxilios y venganza justa,
Del grande Carlos á los piés se arroja:
El noble Emperador le dió su mano,
Y palabra también de caballero,
De sentarlo en su trono soberano.
Sonó en sus reinos el clarín guerrero;
Flotó en la mar el pabellón cristiano;
La rebelde ciudad, enfurecida,
Su lanza apresta y su defensa trata;
Brama la lid reñida,
Y la espada de Carlos no vencida
Partió la frente del audaz pirata.
Diez mil cautivos libertó su mano;
Y marchó cada cual á su recinto
Contando al orbe la imperial grandeza,
Y cumplió su palabra Carlos quinto.
¿Es así la que ha dado Vuestra Alteza?

EL PRÍNCIPE.

¡Atrevido! ¿No temes mi venganza?

EL DUQUE.

Carlos quinto...

EL PRÍNCIPE.

¡Silencio!

EL DUQUE.

(Como hiriéndole con este nombre.) ¡Carlos quinto!...

EL PRÍNCIPE.

¿Me insultas?

EL DUQUE.

No, que me sujeto y callo;
Mas sabed que el exceso del monarca
Hace rebelde á su mejor vasallo. *(Vase.)*

ESCENA XVIII.

EL PRÍNCIPE y DON RODRIGO.

EL PRÍNCIPE.

¡Me insulta el viejo atrevido!
¡Me insulta! Pues yo le juro...
¿Rodrigo?

DON RODRIGO.

¿Y bien? De seguro
El Duque se ha convenido.

EL PRÍNCIPE.

No: mas mi justa venganza... *(Escribe.)*

DON RODRIGO.

¿Qué intentáis?

EL PRÍNCIPE.

Al punto quiero
Dar el golpe postrimero
Á su insegura privanza.

DON RODRIGO.

Mas vuestro padre...

EL PRÍNCIPE.

Yo sé
Que es ésta su voluntad,
Y así lo digo. Entregad
Al de Lerma...

DON RODRIGO.

Así lo haré.

ESCENA XIX.

DON ROGRIGO y después EL DUQUE.

DON RODRIGO.

(Respirando: después cambia su fisonomía y dice con disgusto:)
Cayó el Duque. Su entereza
Mucho, por Dios, le ennoblece.
Tengo envidia.

EL DUQUE.

(Saliéndole al encuentro.) ¿Qué se ofrece?

DON RODRIGO.

(Después de una pausa.)
Esa carta de Su Alteza.

EL DUQUE.

Perdonad si no la leo,
Por estar ya contestada.

DON RODRIGO.

¿Cómo, pues?

EL DUQUE.

Tengo firmada
La renuncia de mi empleo.

DON RODRIGO.

Señor Duque...

EL DUQUE.

Mi nombre ya no es ese.

DON RODRIGO.

Pues ¿cuál es vuestro nombre?

EL DUQUE.

Otro distinto.
Me llamo el Cardenal Duque de Lerma.

DON RODRIGO.

¿Cardenal?

EL DUQUE.

Ved la firma.

DON RODRIGO.

(Leyendo maquinalmente.) Paulo quinto...
(Pausa.)

EL DUQUE.

¿Permitiréisme recordar que un día
Fuimos amigos?

DON RODRIGO.

Con placer lo escucho.

EL DUQUE.

Hoy que con nadie lucho,
Hoy que á nadie aborrezco, bien podría
Este solo recuerdo estimularme
Á suplicaros, por la vez postrera,
Que olvidéis el rencor y la amargura
Que os pude yo causar en mi carrera,
Para marchar con la conciencia pura
Á la mansión que á mi vejez espera.
Mas no es ésta la causa solamente
Que á hablaros de esta suerte me decide.

Yo le sirvo de padre á mi sobrina.

DON RODRIGO.

(¡Oh! ¡Si querrá mandarme que la olvide!)

EL DUQUE.

Esquivad la sospecha repentina
De que indicios me da vuestro despecho.

DON RODRIGO.

¿Y bien?

EL DUQUE.

No, no es mi idea
Sofocar despiadado en vuestro pecho
El solo afecto que salvaros puede
En medio del abismo que os rodea.
Hoy que el cielo piadoso me concede
La paz del corazón, que le he pedido,
En mí no cabe tan tirano intento;
Que aunque tarde, Rodrigo, he conocido
Todo el valor de un puro sentimiento.

DON RODRIGO.

¿Será posible? ¿Vos...?

EL DUQUE.

Sí; no conspiro
Contra ese afecto que salvaros debe.
Si vos podéis amar, y no me admiro,
¿Por qué os admira á vos que yo lo apruebe?

DON RODRIGO.

¡Oh! Perdonadme si dudé un momento:
Es este amor tan noble, tan profundo,
Que por lo mismo con razón sospecho
Que mi destino, mi ambición y el mundo
Han de querer borrarlo de mi pecho.

EL DUQUE.

Á disfrutarlo, si podéis, os llamo.

DON RODRIGO.

¡Oh! Gracias, Duque.

EL DUQUE.

Porque á vos, Rodrigo,
Jamás os detesté, y á ella la amo.
Escuchadme.

DON RODRIGO.

Decid.

EL DUQUE.

Hay una vida,
La sola vida que en el mundo existe;
La amistad, el amor, la paz del alma.
El corazón ardiente la resiste,
Porque juzga engañado que esa calma
Es la muerte, el olvido;
Y anhela otros placeres, y se lanza
Á vanos sueños que jamás alcanza;
Á la ambición que á tantos ha perdido.
Los instantes dichosos
Que el alma vive en paz, son los que vive.
No es el centro del hombre, no es su esfera
Ese eterno anhelar, jamás cumplido;
Que en medio de él acaba su carrera,
Y muchos mueren sin haber vivido.
¡Dichoso vos, si vuestro pecho olvida
La ambición que lo inflama!
¡Dichoso vos, pues tan felice vida
Amorosa os convida
Y con la voz de una mujer os llama! *(Pausa.)*
¿Comprendéis?

DON RODRIGO.

Os comprendo.

EL DUQUE.

Aqueste espacio,
No consiente tan plácida existencia.

DON RODRIGO.

¡He padecido mucho en el palacio!

EL DUQUE.

Sí; por lo mismo con menor violencia
Podréis abandonarlo.

DON RODRIGO.

Por lo mismo
Estoy al trono y al palacio atado.
Porque tanto sufrí, por eso anhelo
Que la vida azarosa que he pasado,
Esa vida de angustias y desvelo,
Tenga, adverso ó feliz, un resultado.
Cuando se acerca el fin de mis afanes,
El fin de mi esperanza seductora,
Dejar la corte, abandonar mis planes,
Será perder cuanto viví hasta ahora.

EL DUQUE.

¿Y vuestro ciego corazón no advierte
Que anuncios son vuestras pasadas penas
De otra futura borrascosa suerte,
Si arrestado una vez con mano fuerte
No sabéis desatar vuestras cadenas?

DON RODRIGO.

¡Oh! ¡Renunciar á la esperanza mía!
Perdonadme: jamás. ¿Y quién ahora
Tal sacrificio comprender podría?
Una fortuna conocida y cierta

Se renuncia más bien, y un alto nombre:
Todo el mundo lo aplaude, y se despierta
La vanidad del corazón del hombre.
Mas este sacrificio silencioso
Que nadie lo comprende, es muy distinto.
Nunca el dueño del mundo, Carlos quinto,
Hubiera reducido su persona
De una celda al mezquino alojamiento,
Si no hubiese tenido una corona
Que arrojar á las puertas del convento.

EL DUQUE.

¡Ay! Ese orgullo labra vuestra ruina.
¿Y queréis ser dichoso, acariciando
Esa pasión bastarda que os domina?
El orgullo más bien fundarse debe
En no dejar que la ambición nos mande.
Ambicionar es propio de la plebe:
El saber despreciar es de hombre grande.
Dentro del corazón está la dicha;
Buscarla en otra parte es desvarío.
¿Por qué razón orgullo tan profundo
Os pone frente á frente con el mundo,
Si el mundo os deja el corazón vacío?
¿No comprendéis quizá que rodeado
De ese poder que seduciros quiere,
Puede llegar un día en que, cansado,
El corazón gastado
En honda soledad se desespere?
Y este suplicio horrendo,
Aquesta situación desoladora,
¿Podéisla acaso comprender, viviendo
Al lado de la virgen que os adora?

DON RODRIGO.

Impósible, callad... Vuestras palabras
No pueden arrancarme las pasiones,
Ni inspirarme la calma de esa vida
Reservada á tranquilos corazones;
Pero me arrancan la esperanza hermosa
De todo el bien á que en la córte aspiro,
Y, aunque vos me decís que es engañosa,
Es al fin esperanza.

EL DUQUE.

(Con desconsuelo.) ¡Ay! Cuando os miro
Con tan gran corazón, tan clara mente,
Labrar vos mismo vuestra propia ruiña,
Hondo pesar el corazón me hiela;
Porque ese error no es vuestro solamente:
Ese fatal error que os alucina,
El destino del hombre me revela.
Adiós. Si el desengaño provechoso
Que daros quise á conocer en vano,
Á vos no llega, por desgracia, tarde,
Buscadme, y siempre os tenderé mi mano.

(Danse las manos.)

ESCENA XX.

DON RODRIGO, y después UN GENTILHOMBRE.

(Pausa.) Yo juzgué que era capricho
Una voz que interna oía;
Mas sin duda me decía
Lo que ese viejo me ha dicho.
Pero es en vano intentar

Hacerme retroceder,
Que es preciso poseer
Para saber despreciar.

EL GENTILHOMBRE.

¿Don Rodrigo?

DON RODRIGO.

¿Qué hay?

EL GENTILHOMBRE.

(Le da un pliego.) Tened.

DON RODRIGO.

¿De quién?

EL GENTILHOMBRE.

De Su Majestad,
Que ahora llega. Meditad
Un instante y responded. *(Vase.)*

DON RODRIGO.

¿Qué será...? Confuso estoy.
Siento un presagio funesto...
¿Será tal vez...? Mas ¿tan presto?

(Abre el pliego y lee.)

¡Oh! Sí, sí, ministro soy. *(Sereno.)*
¡Soy feliz! Ni la opulencia
Ni el poder feliz me han hecho:
Lo soy, porque he satisfecho
El sueño de mi existencia. *(Pausa.)*
¡Oh! Ya mi enigma profundo
Resuelto queda. El talento
Puede, sin más elemento,
Dar condiciones al mundo.
Nací plebeyo y sin nombre,
Y un alcázar me rodea;
Respire el hombre, y hoy vea

Lo mucho que puede un hombre.
La audacia salva el abismo;
El talento vence al cabo;
El hombre que viva esclavo
Quéjese, pues, de sí mismo. *(Pausa.)*
¿Soy feliz? ¡Oh! yo lo fuera
Si mis émulos de ayer
Hoy me permitieran ser
Justiciero en mi carrera.
Sí, justicia. El universo
Pronto mi nombre sabrá.
¡Oh! Para ser grande, ya
No tengo que ser perverso.
Alma, con eterno ardor
Grande ambicionaste ser,
Pues la virtud y el poder
Son la grandeza mayor.
¡Poder! ¡Virtud! ¡Grande idea!
¡Oh! me parece mentira,
Cuando todo el mundo mira
Á un hombre, que héroe no sea.
Un instinto generoso
Se apodera de mi seno:
Para hacer al hombre bueno,
No hay como hacerle dichoso.
Con todos partir quisiera
La dicha que hoy me engrandece.
Mas ¿con quién? ¡Fortuna fiera!
Soy grande, pequeño era:
Todo el mundo me aborrece.
Y esta dicha que embrïaga,
¿Acaso feliz me ha hecho?

¿De qué sirve ¡oh suerte aciaga!
Si al encerrarla en mi pecho
Me angustia más que me halaga?

ESCENA XXI.

DON RODRIGO y DOÑA MATILDE.

DOÑA MATILDE.
¿Calderón?

DON RODRIGO.
¡Ah! ¡Dios te envía!
¡Tú me amas!

DOÑA MATILDE.
¡Qué ansiedad!

DON RODRIGO.
¡Oh! Soy feliz este día,
Y grande angustia sería
Sin tí mi felicidad.

DOÑA MATILDE.
Y bien, ¿qué pasa?

DON RODRIGO.
Hoy que asciendo
Al puesto que he conquistado,
Y ser dichoso pretendo,
La necesidad comprendo
De amarte y de ser amado.

DOÑA MATILDE.
Mas...

DON RODRIGO.
Otra vez te diré
Cuánto he sufrido hasta aquí;

Cuánto luchando pené:
Sabe sólo que luché,
Y sabe que ya vencí.

DOÑA MATILDE.

¿Venciste ya el desvarío
De la ambición, y quizás
Sales de aquí con mi tío?

DON RODRIGO.

No: ¡soy ministro!

DOÑA MATILDE.

(¡Esto más!)

DON RODRIGO.

Sí; no es un sueño.

DOÑA MATILDE.

(¡Dios mío!)

DON RODRIGO.

Mi amoroso frenesí
También con mi dicha crece,
Porque agora me parece
Que me hace digno de tí
El triunfo que me engrandece.
Cuando es uno vencedor,
Y por su mente lo ha sido,
Es su cariño mayor,
Pues no duda que su amor
Ha de ser correspondido.
¿Comprendes tú cuánto siento
De orgullo, amor y dulzura
En tan dichoso momento?

DOÑA MATILDE.

Por mi grande sentimiento
Comprendo tanta ventura.

Si el placer te angustiaría
Estando en tu pecho oculto,
¿Cuánto será más impía
La pena que en mí sepulto
Delante de tu alegría?

DON RODRIGO.

Cuando yo dichoso soy,
¿Tú, que me amas, padeces?...

DOÑA MATILDE.

Á Valladolid me voy.

DON RODRIGO.

¡Oh! Jamás.

DOÑA MATILDE.

Resuelta estoy.

DON RODRIGO.

¡Dejarme aquí! Me estremeces.
Mas no; tú lloras.

DOÑA MATILDE.

Quisiera
Ocultarlo, y no es en mí;
Que en la mansión que me espera
Será mi pena más fiera,
Si ahora la oculto de tí.

DON RODRIGO.

No te irás.

DOÑA MATILDE.

Al Duque sigo.

DON RODRIGO.

Mi ventura, mi reposo...
Es fuerza que estés conmigo.

DOÑA MATILDE.

Abandonar al dichoso

No envilece, don Rodrigo;
Mas tratar con aspereza
Al noble anciano, mi tío;
Abandonar la tristeza,
Es, Rodrigo, una vileza
Indigna del pecho mío.
Si tu amor es leve encanto,
Pronto olvidarásme aquí;
Si es cierto que me amas tanto,
Si me amaras... ¡Ay de mí!
Bastante dice mi llanto.

DON RODRIGO.

Matilde, ten compasión...
Reducirme á que prefiera
El amor ó la ambición,
Es darme lucha tan fiera
Que me parte el corazón.
¿Renunciar? Jamás. Así
Tu amor perdiera y el mío.
Vos misma, lejos de aquí,
Siempre mirarais en mí
El paje de vuestro tío.
No, no; para merecer
Ese amor que yo bendigo,
Quiero honor, fama, poder.

DOÑA MATILDE.

¡Qué mal comprendes, Rodrigo,
El alma de una mujer!
El amor que ardiente anima,
Á renunciar fausto y nombre,
Es, Rodrigo, y no te asombre,
La prenda que más sublima,

Á nuestros ojos, á un hombre.
Mas quédate: no he querido
Que bajes de tu alta esfera:
Tu pecho me aborreciera
Luégo, al verse detenido
Por mi amor en su carrera.
Ni tú pudieras creer
Que una amorosa pasión
Compensase al corazón
Lo que perdiera en perder
Los sueños de su ambición.
¡Adiós, por siempre quizás!
Hoy de la córte me alejo,
Y, para sentirlo más,
Dichoso en ella te dejo.
¡Ay! Pronto me olvidarás.

DON RODRIGO.

¿Tú abandonarme, tú?

DOÑA MATILDE.

Sí.
Sólo te exijo ¡ay de mí!
Un favor.

DON RODRIGO.

¡Oh! ¿Cuál me pides?

DOÑA MATILDE.

No pienses, aunque me olvides,
Que yo me olvido de tí.
Recuérdame en tu opulencia,
Si tanto mi amor alcanza,
Llorando siempre tu ausencia;
Sola y última exigencia
De un amor sin esperanza.

DON RODRIGO.

¡Ay! Ten de mí compasión.
¿Me entregas á la fiereza
De mi violenta ambición?
¿Perderé tu corazón
Al comprender su grandeza?
No; pese al afán tirano
Con que ahora luchando estoy,
Y aunque ya ministro soy,
Comprendo que nada gano
Si tú me abandonas hoy.
En mi ardiente frenesí
Oigo un acento divino
Que grita dentro de mí:
«Tu ventura no está aquí,
Retrocede en tu camino.»
Ese, Matilde, es tu acento.

DOÑA MATILDE.

¡Rodrigo! *(Con abandono.)*

DON RODRIGO.

¡Sí: bendición!
Y al escucharlo me siento
Capaz...

DOÑA MATILDE.

(Con la mayor ansiedad.)
¿De qué?

ESCENA ÚLTIMA.

DON RODRIGO, DOÑA MATILDE y el GENTILHOMBRE.

EL GENTILHOMBRE.

¿Calderón? *(Entrando.)*

DON RODRIGO.

¡Ah! *(Volviendo en sí.)*

EL GENTILHOMBRE.

¿Qué respondo?

DON RODRIGO.

Un momento.

EL GENTILHOMBRE.

Su Majestad os aguarda.

DOÑA MATILDE.

Adiós.

DON RODRIGO.

¡Ah! No, no salgáis.

EL GENTILHOMBRE.

Juzgará que renunciáis,
Si la respuesta se tarda.

DON RODRIGO.

(Profundamente ensimismado. Da mucha expresion á cada una de las palabras, porque cada una de ellas representa en su mente un cuadro entero.)

¡Ambición! ¡Amor profundo!
¿De quién seguiré la huella?
No hay medio: vivir con ella
Ó con España y el mundo.
¡Matilde! ¡Tan pura...! ¡Ah! Sí;
Vale para mí un Edén.

¡El real palacio! También
Vale mucho para mí.
Ninguna pasión maneja
Por entero el pecho mío:
Amor, me deja un vacío:
La ambición, otro me deja.
¡Palacio! ¡Rey que no mande...!
¡Mujer! ¡Afecto divino...!
Es placer, pero mezquino:
Es tormento, pero grande.
Halague el tranquilo amor
Á tranquilos corazones:
Quiero grandes sensaciones
Aunque me causen dolor.
(Comprimiendo el corazón.)
¿Aun lates? Vano es tu intento,
Amoroso frenesí:
Para ser grande nací;
Nací para el sufrimiento.
Sal, amor: tu voz que gime
No calma ya mi violencia,
Que me aguarda una existencia
Horrible, pero sublime.

DOÑA MATILDE.

¿Y bien?

DON RODRIGO.

Adiós. *(Dominándose.)* ¡Desgraciado!
No... *(Queriendo detenerla.)*

EL GENTILHOMBRE.

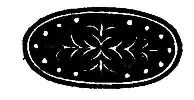
¿Qué respondo?

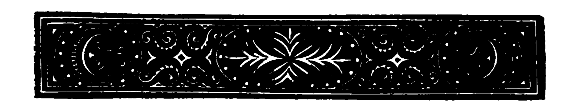
DON RODRIGO.

¡Oh tormento!

Decid... *(Lucha.)* que voy al momento. *(Sereno.)*
(Parten por distintos lados doña Matilde y el Gentilhombre. Don Rodrigo queda un instante inmóvil en medio de la escena, y aparentando una calma y una complacencia que está muy lejos de sentir, dice:)
Ya soy un hombre de Estado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO TERCERO.

Magnífica quinta de don Rodrigo Calderón, en las inmediaciones de Madrid. Tres balcones en el fondo, desde los cuales se ven los últimos árboles de un jardín, y más allá, en lontananza, los muros de Madrid. Dos puertas laterales. Mesa con recado de escribir. La tarde va declinando.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE y BELTRÁN.

BELTRÁN.

Bien venido, don Enrique.

ENRIQUE.

¿Ha llegado Su Excelencia?

BELTRÁN.

Ha dos horas.

ENRIQUE.

¿Dónde está?

BELTRÁN.

En el jardín se pasea.

ENRIQUE.

¿Solo?

BELTRÁN.

Como siempre.

ENRIQUE.

¿Triste?

BELTRÁN.

Como siempre.

ENRIQUE.

Y en mi ausencia,
¿Quién ha venido?

BELTRÁN.

Dos coches,
Que, á juzgar por sus libreas,
Son de casas principales.

ENRIQUE.

¿No supiste quienes eran
Sus dueños?

BELTRÁN.

Sin dar sus nombres
Pidieron ambos licencia
Para hablar con don Rodrigo.

ENRIQUE.

¿Y él?

BELTRÁN.

Como siempre. Se niega
Á recibir... ¿Por qué causa
Habrá dado en esa tema?

ENRIQUE.

Claro está: porque no quiere
Quebraderos de cabeza.
Déjame solo.

BELTRÁN.

(También
De filósofo se precia...)

ESCENA II.

ENRIQUE.

Es ministro universal...
Tiene poder y grandeza,
Y... vamos, lo que él creía
La felicidad suprema.
Y sin embargo, está triste;
Se agita, se desespera...
Más sabe el loco en su casa,
Dicen, que el cuerdo en la ajena;
Pero al mirar de Rodrigo
La desgraciada experiencia,
Es preciso confesar,
Aunque el refrán lo desmienta,
Que uno acerca de sí mismo
No sabe lo que se pesca.
Me alegro de haber tenido
Una fortuna tan negra.
(Mira por los balcones.)
Allí está. ¡Qué noble aspecto!
¡Qué altivez! ¡Qué bien le sienta
El título de ministro,
De Marqués de Siete Iglesias!
Ahora inclina sobre el pecho
Su altiva frente soberbia.
Jamás así se la he visto
Delante de la nobleza,
Ni jamás le ví tampoco

Padecer de esa manera
Cuando era paje conmigo.
Si á mí, por una rareza,
Me hubieran hecho ministro,
Comprendo bien que estuviera
Como el pez fuera del agua;
Mas él que en estancias regias,
Entre príncipes y reyes
En su elemento se encuentra...
No acierto ¡viven los cielos!
La ocasión de sus tristezas.

ESCENA III.

ENRIQUE, DON RODRIGO y despues BELTRÁN.

DON RODRIGO.
Ilusiones, ilusiones
Que en desengaños se truecan,
Y éstos en hondos pesares,
Que poco á poco me hielan
El corazón. Ya me canso
De engañarme.

ENRIQUE.
¿Qué os altera,
Señor ministro?

DON RODRIGO.
Hola, Enrique.

ENRIQUE.
Si os disgusta mi presencia,
Me quedo de todos modos.

DON RODRIGO.

Haces muy bien. ¿Ahora llegas
De Madrid?

ENRIQUE.

Sí.

DON RODRIGO.

¿Y el correo?

ENRIQUE.

Gómez en tu casa queda
Con encargo de traerle
Á esta quinta cuando venga;
Y aunque estamos de la villa
Lo más un cuarto de legua,
Él es torpe y tardará.
Si quieres...

DON RODRIGO.

No corre priesa. *(Pausa.)*

ENRIQUE.

¿Vuelves á Madrid?

DON RODRIGO.

De noche.

ENRIQUE.

Si en estar solo te empeñas...

DON RODRIGO.

¿Solo? No tal: á tu lado
Paso las horas enteras.

ENRIQUE.

Sí, porque estando conmigo
Juzgas que solo te encuentras.
(D. Rodrigo se sonríe con amargura.)
Rodrigo, me pones miedo
Y compasión. *(Acercándose á él con afecto.)*

DON RODRIGO.

¡Qué simpleza!

ENRIQUE.

Sí, porque en un pobre diablo
El dolor no hace gran mella,
Pues poco pierde en perder
Hasta la misma existencia;
Pero tú, que tienes siempre
Un mundo en esa cabeza,
Cuando triste y despechado
Al sentimiento te entregas,
No sé por qué, pero juzgo
Que son horribles tus penas.

DON RODRIGO.

Y bien, ¿qué nueva calumnia
De mí por Madrid se cuenta?

ENRIQUE.

He dado tres estocadas
En tres distintas refriegas.

DON RODRIGO.

La causa no la pregunto:
Me habrán hecho tres ofensas.

ENRIQUE.

Diz que eres brujo... *(Queriendo entretenerle.)*

DON RODRIGO.

Murió
Mi partido con las viejas.
(Aparentando desprecio, pero sufriendo.)

ENRIQUE.

Orgulloso y arrogante...

DON RODRIGO.

El pueblo ya me detesta.

ENRIQUE.

Y amigo de mandar solo.

DON RODRIGO.

Pues cuando el clero lo sepa,
De seguro me aborrece.
¿Y qué más?

ENRIQUE.

Y otras frioleras.

DON RODRIGO.

Es verdad: otras infames
Calumnias, que tú reservas.

ENRIQUE.

Mas...

DON RODRIGO.

Es verdad...

ENRIQUE.

¿De ese modo
Te irrita que el pueblo crea...?

DON RODRIGO.

No, no es eso: cuando el pueblo
Está sufriendo, cualquiera
Le dice: «Pueblo, aquél es
La causa de tus miserias.»
Y sin hacer otro exámen,
Él grita: «¡Maldito sea!»
No; lo que enciende mi sangre
Es ver que de esa manera
La nobleza de Castilla
Haciéndome está la guerra.

ENRIQUE.

Si tú también te complaces
En irritarla. Le niegas

Las audiencias...

DON RODRIGO.

¡Vive Cristo!
¿Quieres tú que las conceda,
Cuando sé que me las piden
Por ver en mi faz las muestras
De mis penas y placeres,
Para conocer por ellas
Á qué altura mi privanza
Con los príncipes se encuentra?
Si apacible los recibo,
Exclaman: «¡Es que nos tiembla!»
Si los trato cual merecen,
Alzan la frente soberbia,
Y gritan: «¡El pajecillo
Nos insulta, nos desprecia!»
Déjalos: ya que murmuran,
Que murmuren á mis puertas.

ENRIQUE.

Si miro que esos desprecios
Después á tí te atormentan
Como á ellos mismos...

DON RODRIGO.

Es cierto.
Dentro del alma se vengan
Horriblemente, pues miro
Que esta lucha será eterna,
Y en ella se gastarán
Mi corazón y mis fuerzas,
Sin dar otro resultado
Que vivir de esta manera.
¡Oh, cuán triste es convencerse

De una verdad tan acerba!
Fuí ambicioso, es verdad;
Mas comprendo que lo era,
Porque yo no me sentía
Con suficiente grandeza
Para vivir sosegado
En esa virtud modesta
Que nace en oscuro albergue,
Vive y muere en las tinieblas.
Quise brillantes virtudes,
Y antes quise de tenerlas
Hacerles un pedestal
Para que el mundo las viera.
Llegué al palacio; soñé
Con glorias y honor... ¡Quimeras!
Absorbe toda mi vida
Esta miserable guerra.
¡Oh! Y al perder para siempre
Mis ilusiones primeras,
¡Pobres de ellos y de mí
Si se pierde mi conciencia!

ENRIQUE.

¡Rodrigo!

DON RODRIGO.

Tanto me brindan
Con el crímen...

ENRIQUE.

¡Oh! Desecha
Tal pensamiento. Rodrigo,
Me haces temblar.

DON RODRIGO.

¡Bah! No creas...

ENRIQUE.

El Rey, como bien te portes,
Te ayudará.

DON RODRIGO.

¡Qué quimera!

ENRIQUE.

Contendrá á tus enemigos,
Y... vamos...

DON RODRIGO.

¿El Rey gobierna?
Su Majestad es tan bueno,
Que peor no cabe. ¡Oh mengua!
Siempre indeciso entre todos,
Es del último que llega.
Esto en otros es bondad;
En un monarca bajeza.
Cada rey está obligado
Á ser un héroe. Quisiera
Convertirle muchas veces,
Tal me enciende su flaqueza,
En un don Pedro, un Fernando,
Un Carlos, un alma regia,
Aunque me mandara ahorcar
Al cuarto de hora.

BELTRÁN.

(Entrando.) Licencia
Pide, señor, para hablaros...

DON RODRIGO.

¿Quién?

BELTRÁN.

No me ha dicho quién sea.

DON RODRIGO.

Recíbele, y si es preciso, *(Á Enrique.)*
Yo saldré. *(Vase.)*

ENRIQUE.

Dile que venga. *(Á Beltrán.)*
¡Voto á cribas! Hoy que puede
Ser feliz... Y yo lo fuera,
Porque soy casi ministro;
Más nací con mala estrella,
Y al verle tan no sé cómo...

BELTRÁN.

Entrad. *(Fuera.)*

ENRIQUE.

Padezco, y de veras.

ESCENA IV.

ENRIQUE y DON JUAN,
mayordomo de doña Inés en los primeros actos.

DON JUAN.

¿Don Rodrigo?

ENRIQUE.

No es Rodrigo.

DON JUAN.

¡Enrique!

ENRIQUE.

¿Quién lo dijera?
¡Juan!

DON JUAN.

Ese mismo.

ENRIQUE.

¿Tú aquí?

DON JUAN.

¿Tú aquí?

ENRIQUE.

La misma sorpresa...
¡Calla! ¡Sargento mayor!

DON JUAN.

Ya ves.

ENRIQUE.

Dejaste la guerra
De soldado.

DON JUAN.

Como tú.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo diablos?...

DON JUAN.

Rarezas.

ENRIQUE.

Dime.

DON JUAN.

He ascendido en la córte,
No sirviendo á mi bandera,
Sino á doña Inés de Vargas.

ENRIQUE.

¿Cómo?

DON JUAN.

En las lides flamencas
Serví; llevé mucho palo,
Sin ninguna recompensa.

ENRIQUE.

¿Y bien?

DON JUAN.

Pensaba volver
Á probar fortuna nueva;
Pero el señor don Rodrigo,
Que me conoce y aprecia
Más de lo que yo merezco,
Opúsome resistencia,
Y sin salir de la córte
Me vistió de esta manera.

ENRIQUE.

¿Y cómo, habiendo ascendido,
No dás de tu arrojo muestra
Lidiando?

DON JUAN.

Porque servir,
Sin ser capitán siquiera,
Es servir al rey, y quiero
Servirme á mí.

ENRIQUE.

¿En qué te empleas?

DON JUAN.

Mi oficio no tiene nombre,
Pero tiene recompensa.
Tú supongo que serás
Portero de Su Excelencia.

ENRIQUE.

¡Vive Cristo! Soy su amigo.

DON JUAN.

¿Quién? ¿Tú su amigo?

ENRIQUE.

Y me aprecia...

DON JUAN.

¿No habéis sido pajes juntos?

ENRIQUE.

Por esa razón.

DON JUAN.

¿Por esa
Hoy te consiente á su lado?

ENRIQUE.

Sí.

DON JUAN.

Vamos...

ENRIQUE.

Tal extrañeza
Es un ultraje á Rodrigo,
Que no consiento.

DON JUAN.

¿Te alteras?
¡Siempre el mismo!

ENRIQUE.

(Con intención.) ¿Y tú serás
Hoy, el mismo que antes eras?

DON JUAN.

¡Enrique!

DON RODRIGO.

(Entrando.) ¿Qué es ello?

DON JUAN.

Nada.

DON RODRIGO.

Enrique, salte allá afuera.

ENRIQUE.

Mas...

DON RODRIGO.

Aguarda en esa sala.

ENRIQUE.

(Éste es pájaro de cuenta.)

ESCENA V.

DON RODRIGO y DON JUAN.

DON RODRIGO.

¿Y bien?

DON JUAN.

(Con tono de mutua inteligencia.)

Hecho está.

DON RODRIGO.

Propicio
Estoy á satisfaceros.

DON JUAN.

El honor de complaceros
Recompensa mi servicio.

DON RODRIGO.

¿Le habéis hallado?

DON JUAN.

Después
De buscarle á troche y moche.

DON RODRIGO.

¿Es el alguacil que anoche
Rondó en Madrid?

DON JUAN.

Ese es.

DON RODRIGO.

Ávila diz que se llama.

DON JUAN.

El que pudo conocer
Á Su Alteza, al descender
Del balcón de aquella dama.

DON RODRIGO.

Por lo mismo os he mandado
Prenderlo con gran presteza,
Que el decoro de Su Alteza
Vale más que ese menguado.

DON JUAN.

Es cierto; y de no lograr
Prenderlo tan al momento,
Sin duda va con el cuento....

DON RODRIGO.

¿Á quién?

DON JUAN.

Á don Baltasar
De Zúñiga, de quien es
Gran camarada y espía,
Y don Baltasar podría
Decírselo al Rey después;
Y el Rey...

DON RODRIGO.

Ya basta...

DON JUAN.

Esto os digo,
Para daros á entender
Cuánto importaba perder
Á tan molesto enemigo.

DON RODRIGO.

¿Está preso?

DON JUAN.

Y bien seguro.

DON RODRIGO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Bien fácil me ha sido.
Al alcalde consabido
Le dije todo el apuro.
Mandó sin más dilación
Á su casa dos alanos;
Prendiólo, y puso en mis manos
Las llaves de su prisión.

DON RODRIGO.

Yo haré por apaciguarlo
Después de cualquier manera,
Y porque calle.

DON JUAN.

Aunque quiera,
Ya no puede publicarlo.

DON RODRIGO.

¿Qué decís? *(Alarmado.)*

DON JUAN.

Que fuera mengua
Si lo que vió publicara,
Y era fácil que lo hablara
Teniendo libre la lengua.
Tal pensamiento me avino;
Á su prisión me allegué,
Y astuto... ¿Entendéis?

DON RODRIGO.

¿Y qué?

DON JUAN.

Rezadle un credo.

DON RODRIGO.

¡Asesino!
¡Has matado á un hombre!

DON JUAN.

No,
Que era un alguacil; y atento
Al decoro y lucimiento
De Su Alteza...

DON RODRIGO.

¿Y crees que yo
Proteja?...

DON JUAN.

Lo solicito
Con razón.

DON RODRIGO.

Comprendo, sí;
Quieres enlazarte á mí
Por medio de ese delito;
Pero yo sabré...

DON JUAN.

No hay tal.

DON RODRIGO.

Romper lazo tan nefando...

DON JUAN.

Pero atended...

DON RODRIGO.

Entregando
Tu cabeza á un tribunal.

DON JUAN.

Si pagáis con tal acción

Servicio tan señalado,
Diré que me lo ha mandado
Don Rodrigo Calderón.

DON RODRIGO.

¡Miserable!

DON JUAN.

Es mi cabeza
Primero.

DON RODRIGO.

¿Quién te ha de dar
Crédito?

DON JUAN.

Don Baltasar
De Zúñiga y la nobleza.

DON RODRIGO.

Antes... *(Echando mano á la daga.)*

DON JUAN.

(Con humildad, pero empuñando la espada y retirándose.)

Señor...

DON RODRIGO.

Aun más vil
Es quien de tí se ha valido. *(Pausa.)*

DON JUAN.

(En tono de reconciliación.)

¿Cuándo tanto ha merecido
La vida de un alguacil?
Cada galán rico y diestro
Uno mata cada mes,
Y nadie piensa después
Ni en rezarle un Padre Nuestro.
Y éste, segun la memoria
Que de sí nos ha dejado,

Con sólo haberle matado
Yo pienso ganar la gloria.
Nadie conocerme pudo,
Pues con sigilo salí
De la prisión: si hasta aquí
Me han seguido, que lo dudo,
Conocerme no podrán,
Si me vieron de sargento
Vestido, y vos al momento
Me vestís de capitán.
Esto será cosa llana,
En queriendo Su Excelencia.

DON RODRIGO.

Líbrame de tu presencia.

DON JUAN.

Es verdad; hasta mañana. *(Vase.)*

ESCENA VI.

DON RODRIGO y ENRIQUE.

DON RODRIGO.

¿Oíste?

ENRIQUE.

(En ademán de salir.) Sí, y determino
Vengarte.

DON RODRIGO.

No puede ser:
Ya tengo que defender
La vida de ese asesino.

ENRIQUE.

Pero yo...

DON RODRIGO.

No se derrame
Más sangre.

ENRIQUE.

¿Y tan vil acción?...

DON RODRIGO.

Enrique, ten compasión
Del ministro que es infame.
Ya lo ves: mal que me pese
Do quier me busca el delito.

ENRIQUE.

¿Y ese sargento maldito
Irá salvo?

DON RODRIGO.

No, no es ese
El que sólo me obligara
Á tolerar tanta mengua,
Sin arrancarle la lengua
Y arrojársela á la cara.
Es que á esa turba altanera
Que me odia, no quiero dar
El contento de manchar
Con un crimen mi carrera.
Y si á ese infame delato,
Su amenaza cumplirá
Y España me creerá
Autor del asesinato;
Que deshonrar á un sargento
No es tanta satisfacción
Como manchar la opinión
De un hombre de valimiento.
¡Cuánto oprobio me han costado

Grandezas, que ya maldigo!
¡Cuánta humillación!

ENRIQUE.

Rodrigo...

DON RODRIGO.

Apártate de mi lado.

ENRIQUE.

(Exaltado, de pronto.)

¡Vive Dios! ¡Malditos sean
Tu ambición y ardiente anhelo!
Deja una vez, ¡vive el cielo!
Los viles que te rodean.
Vuelve á ser paje, soldado,
Que Dios á todos ampara,
Y arrójales á la cara
Los títulos que te han dado.

DON RODRIGO.

¡Ay! ¡Es muy hondo este abismo!

(Rumor lejano de espadas.)

Mas ¿qué rumor importuno?...

(Se asoman al balcón.)

ENRIQUE.

De espadas. ¡Tres contra uno!

DON RODRIGO.

¿No es él el sargento?

ENRIQUE.

El mismo.

DON RODRIGO.

¿Será la justicia acaso?

ENRIQUE.

No; con antifaces vienen.

DON RODRIGO.

Ya desarmado le tienen.

ENRIQUE.

Cierto; y dirigen el paso...

DON RODRIGO.

¿Á dónde?

ENRIQUE.

Á la quinta aquella.

DON RODRIGO.

Esa quinta...

ENRIQUE.

¿De quién es?

DON RODRIGO.

¡Ay, cielos! De doña Inés
De Vargas.

ENRIQUE.

Entran en ella.

(Se apartan del balcón.)

¿Tú sabes...?

DON RODRIGO.

(Receloso.) ¿Por qué razón
Doña Inés?...

ENRIQUE.

¡Bah! Lo habrá hecho...
Como es tu amiga...

DON RODRIGO.

Sospecho
Alguna mala intención.

ENRIQUE.

¿No es tu amiga?

DON RODRIGO.

Fuélo un día;

Hoy maldito si la creo:
De continuo hacer la veo
Aprestos en contra mía,
Y temo la hora en que intente
Aprovecharlos: quizás
Hoy mismo...

ENRIQUE.

Pronto sabrás
La causa de este accidente.

DON RODRIGO.

¿Vas?...

ENRIQUE.

Por estas cercanías
Á ver si logro con arte
Saber...

DON RODRIGO.

Me asusta mirarte
Complicado en cosas mías.
Enrique...

ENRIQUE.

¿Qué te importuna?

DON RODRIGO.

Tú debes salir de aquí;
Tú debes lejos de mí
Asegurar tu fortuna.
Donde quieras te daré
Un cargo de agencia llana:
Hoy soy ministro, mañana
Sabe Dios lo que seré.

ENRIQUE.

No; si á un destino me fuera
Y tus penas olvidara,

Mal ganado lo juzgara
Y gozarlo no pudiera.
No te prives de un amigo
Que en mí te brinda la suerte:
Si no acierto á comprenderte,
Acierto á llorar contigo.

DON RODRIGO.

Pues bien, unidos los dos...
Tu cariño me consuela.

ENRIQUE.

Voy á saber...

DON RODRIGO.

Ten cautela.

ENRIQUE.

Está bien.

DON RODRIGO.

Prudencia.

ENRIQUE.

Adiós.

ESCENA VII.

DON RODRIGO y después BELTRÁN.

Ya mi corazón penetra
De doña Inés la intención.

BELTRÁN.

Señor...

(Le entrega tres cartas. Entran varios criados con luces.)

DON RODRIGO.

Cartas... ¿Cúyas son?

¡Matilde! *(Mira los sobres.)* No, no es su letra.
(Vanse Beltrán y los criados.)
Me olvidó; quedando voy
En horrible soledad. *(Abre una.)*
De Su Alteza. *(Leyendo como para sí.)* «La beldad...
Que tú... si me aguardas... hoy.»
¡Qué horror! Le encadeno así
Con un crimen cada día;
Mas si duerme todavía,
En despertando ¡ay de mí! *(Abre otra.)*
«En habiendo anochecido
Seré con vos.—*Doña Inés.*»
Bien; la aguardo. Y ésta es...
¡Oh! De mi padre querido.
(Lee y luégo repite.)
«Conoce tu desvarío.»
Ya es tarde. «Baste de dolo.
Ven, vive para tí solo,
Para tu padre, hijo mío.» *(Conmovido. Pausa.)*
Ya soy un hombre de Estado;
Ya mi sueño he conseguido;
Ya estoy libre del olvido
Que tanto me ha horrorizado.
Si pregunto al corazón
Qué bienes voy obteniendo,
Él me responde, gimiendo
En honda desolación.
¿En dónde está la ventura
Que el palacio me ofrecía?
Cambióse el brillante día
En horrenda noche oscura.
Bello es luchar, si después

Placer y gloria se alcanza;
Mas luchar sin esperanza,
Horrible tormento es.
Y esta lucha sostenida
Á costa de la conciencia,
¿Qué me ofrece? Una existencia
De mil odios combatida.
Mas si á renunciarla acierto,
¿Será mi vida mejor,
Sin amistad, sin amor,
En ese mundo desierto?
Desierto, que no hay placer
Para el pecho dolorido
Que ha gozado y ha perdido
El amor de una mujer.
¡Matilde! ¡Ausencia funesta!
Ya se ha olvidado de mí;
Ya dos cartas le escribí,
Y á ninguna me contesta.
¡Cielos! Cuanto yo deseo,
¿Es mentira? ¿Es ilusión?
¿Y aun esta santa pasión...?
Imposible, no lo creo.
Ese amor que paz inspira,
Ese deleite sin nombre,
¿Será verdad? ¡Triste el hombre,
Si fuera también mentira!
No; mi ambición altanera
Á mi mente fascinaba,
Y amando el pecho buscaba
Su dicha de otra manera.
¡Matilde! ¿Por qué no oía

Aquel acento divino?
Si fueras cual te imagino...
Si me amaras todavía...
Grande, esperanza querida,
Es tu placer: ¡ay! mayor
Será después el dolor
De verte desvanecida.
Aunque discurran mis años
Cual triste noche pesada,
No quiero esperar en nada,
Por no sufrir desengaños.
Pero esa vida es impía...
¿Y el corazón la resiste?
¿En qué he de esperar? ¡Ay, triste!
¡Si me amara todavía!...

BELTRÁN.

¿Señor? *(Entrando.)*

DON RODRIGO.

¿Quién?

BELTRÁN.

¿Pasa adelante?

DON RODRIGO.

Nadie.

BELTRÁN.

Ved que es una dama.

DON RODRIGO.

(¡Cielos!) ¿Y cómo se llama?

BELTRÁN.

No lo ha dicho.

DON RODRIGO.

¿Su semblante...?

BELTRÁN.

Lo cubre un velo.

DON RODRIGO.

(¿Quién es?)
Decidla que entre. ¡Oh! ¿Será...?
¡Qué necio! Olvidaba ya
La cita de doña Inés.

ESCENA VIII.

DON RODRIGO y DOÑA MATILDE, cubierta con un velo y acompañada de un escudero, el cual se retira.

DON RODRIGO.

Señora, ¿quién sois vos? *(Anhelante.)*

DOÑA MATILDE.

(Le da una carta.) Mirad primero.

DON RODRIGO.

¡Ay! Esa voz... La carta suplicante
En que á Matilde compasión pedía.

DOÑA MATILDE.

Decidme si es delirio de un instante,
Ó efecto de un amor puro y sincero.

DON RODRIGO.

¡Oh! De un amor que compensar podría
El odio que me tiene el mundo entero.

DOÑA MATILDE.

¿Me conocéis? *(Se descubre.)*

DON RODRIGO.

¡Gran Dios! ¡Matilde mía!

DOÑA MATILDE.

Sí; yo, Rodrigo...

DON RODRIGO.

¡Celestial criatura!
¿Y eres tú? ¿Y es verdad? ¡Siempre la misma;
Siempre sublime, generosa y pura!

DOÑA MATILDE.

Siempre mujer amante.

DON RODRIGO.

¡Y yo dudaba!

DOÑA MATILDE.

¡Dudar, ingrato, de mi amor profundo!

DON RODRIGO.

Perdona, sí, perdona: el hado impío,
Mil desengaños, mi ambición, el mundo
La causa fueron del ultraje mío;
Pero el alma... ¡Oh placer! ¡Y todavía
Me amas!

DOÑA MATILDE.

Siempre, sí.

DON RODRIGO.

¿Fueron mentidos
Mis temores de eterna desventura?

DOÑA MATILDE.

Rodrigo, si tu amor...

DON RODRIGO.

¡Oh prenda mía!

DOÑA MATILDE.

Á tus penas les debo tu ternura.

DON RODRIGO.

Habla, Matilde, de tu amor sincero,
De los tormentos por mi error sufridos:
Ansia tengo de amar, de que resuene
Un acento de amor en mis oídos.

DOÑA MATILDE.

¡Ah! Sí, ya es tiempo. Por piedad advierte
Que Dios te llama por mi voz: despierta.
Conoce al fin, si tu pasión es cierta,
En dónde está tu verdadera suerte.
Ese palacio que tu encanto ha sido,
Á triste y honda soledad te lanza,
Lleno de angustia, el corazón herido,
Y marchita la flor de tu esperanza;
Y la mujer que distes al olvido,
Cuando el mundo te deja en abandono,
Á tí sus pasos con amor dirige.
Consulta, pues, tu corazón, y elige
Segunda vez entre el amor y el trono.

DON RODRIGO.

¿Tú lo dudas, Matilde? Tú no sabes
Cuánto he sufrido yo.

DOÑA MATILDE.

Por mis tormentos
Comprenderlo pudiera.

DON RODRIGO.

No es posible.
Tus horas siempre correrán serenas,
Que si lloras de amor, ¡ay! esas penas
Halagos son del corazón sensible.
Tú no comprendes mi tormento horrible
Al verme solo en medio de las gentes;
Al pensar que tu amor había perdido
Por vanos sueños de poder y gloria,
Que en crímenes tal vez se convirtieron;
Al contemplar hundirse en el olvido
Las horas que un Edén me prometieron,

Que las horas presentes no han cumplido;
Al verme solitario, aborrecido,
Y el alma, como siempre apasionada,
Ardiente aún, capaz de la ventura
Por mi error y mi suerte abandonada.
Joven, y la esperanza ya perdida,
¡Ay! delante mis ojos contemplaban
Los años más hermosos de la vida
Que mudos y desiertos me aguardaban.
¡Oh Matilde! Tu mente no penetra
Tan negra situación. Á Dios pedía
Tu amor entonces, y tu amor me ofrece.
¡Gracias! Si ahora mi ambición impía
De tu amor me privara, me parece
Que la mano de Dios me asolaría.

DOÑA MATILDE.

¡Ay, Rodrigo! Los grandes corazones
Sufren no más las penas que has sufrido.
El orgullo por eso las desea,
Y en España tu orgullo es conocido.
Eres joven; Dios quiera no te vea
Alguna vez de amarme arrepentido.

DON RODRIGO.

Calla, por Dios, que tiemblo de escucharte.

DOÑA MATILDE.

Y yo también...

DON RODRIGO.

¿Me juzgas tan impío?

DOÑA MATILDE.

Esta duda...

DON RODRIGO.

En el fondo de tu pecho

La pone Dios para castigo mío.
Deséchala.

DOÑA MATILDE.

No puedo.

DON RODRIGO.

¡Ay, infelice!

DOÑA MATILDE.

La inspira mi constante desventura.

DON RODRIGO.

¡Matilde!

DOÑA MATILDE.

¿Qué te espanta?

DON RODRIGO.

¿Qué predice
Mi corazón, gimiendo de amargura?

DOÑA MATILDE.

¡Rodrigo!

DON RODRIGO.

Sí: tú dudas; lo comprendo:
Jamás de mí te juzgarás amada.

DOÑA MATILDE.

Mas siempre te amaré.

DON RODRIGO.

No, que algun día
Quizás el alma de sufrir cansada,
Me olvide.

DOÑA MATILDE.

¡Nunca!

DON RODRIGO.

Me aborrezca.

DOÑA MATILDE.

¡Cielos!

DON RODRIGO.

Es mi castigo.

DOÑA MATILDE.

Por piedad: desecha...

DON RODRIGO.

Y Dios entonces con mi horrible suerte
Dejará su justicia satisfecha.
Sí: lo comprendo; el corazón lo anuncia.

DOÑA MATILDE.

Calla, por Dios, que el alma me devora
Esa duda cruel.

DON RODRIGO.

Tú me la inspiras. *(Con aspereza.)*

DOÑA MATILDE.

¿Un castigo del cielo sólo miras
En esta triste que sin fin te adora?
(Prorumpiendo en llanto.)
¿Tal me juzgas, ingrato? Yo creía
Que en mí siempre mirases un consuelo
Que Dios en medio de tu mal te envía.
Necia fuí; me engañé.

DON RODRIGO.

(Asustado.) No me aborrezcas:
Por piedad.

DOÑA MATILDE.

¡Tú deliras!

DON RODRIGO.

¡Ah, Matilde!
Tan hondamente persuadido estaba
De que ya mi ventura había pasado,
Que morir detestando y detestado
Era el solo destino que aguardaba.

Y aun temo sin querer. Mas no: seguro
Está tu amor, y me amarás, ¡me amas!
¿Es verdad, es verdad?

DOÑA MATILDE.

Sí, te lo juro.

DON RODRIGO.

Mira, por Dios, que el universo entero
Me ultraja sin cesar y me detesta;
Mira, Matilde, que en tu amor sincero,
Sólo en tu amor mi corazón confía.
Es la sola esperanza que me resta:
Ámame por piedad, Matilde mía. *(Se arrodilla.)*

DOÑA MATILDE.

Sí, Rodrigo: si puede un alma pura
Amándote vencer tu suerte impía,
Alza la frente, al mundo desafía:
Serás feliz, mi corazón lo jura.

DON RODRIGO.

¡Oh! ¡Gracias!

DOÑA MATILDE.

¡En mis manos tu ventura!
Esta idea es un mundo de placeres
Que todos mis tormentos recompensa.

DON RODRIGO.

Piensa en la dicha y en la paz.

DOÑA MATILDE.

(Con ternura y desconsuelo.) Rodrigo,
¿Será verdad ventura tan inmensa?

DON RODRIGO.

¿Aun dudas?

DOÑA MATILDE.

Cuando sola me encontraba

Y pensando en tu amor me embebecía,
Si una dulce esperanza me halagaba,
Llorando de placer me estremecía.
Y ahora que cerca la ventura veo,
Me abruma el corazón y me intimida;
No me atrevo á gozarla, y no me creo
Para esta dicha celestial nacida.

DON RODRIGO.

¡Vana ilusión!

DOÑA MATILDE.

Haberte persuadido
Sin otros medios que mi amor ardiente;
Librarte de esa fúnebre existencia,
Donde hubieras perdido tristemente
Tu corazón, y acaso tu conciencia;
Tantas delicias á mi amor le ofrece,
Es triunfo tan sublime y deseado,
Que mentira, Rodrigo, me parece
Que una pobre mujer lo haya alcanzado.

DON RODRIGO.

¡Una pobre mujer! Tú eres la vida;
Esa vida de paz y de pureza,
Esa vida que encierra más grandeza
Que esta existencia ilustre y maldecida.
Grande me quise hacer, y me hice esclavo:
Ser feliz, siendo grande, había creído,
Y desde el punto de tu triste ausencia,
En medio de esta mísera opulencia
Opreso el corazón siempre he tenido.
Hoy respiro, Matilde, en tu presencia.

DOÑA MATILDE.

Pues si es verdad tu amor y mi alegría,

Mañana parto de Madrid.

DON RODRIGO.

¿Tan presto?

DOÑA MATILDE.

He podido venir con el pretexto
De acompañar á mi benigna tía
La condesa de Lemos, que mañana
Marcha también á unirse con mi tío.

DON RODRIGO.

Juntos iremos.

DOÑA MATILDE.

¡Oh placer! *(Suena un reloj.)*

DON RODRIGO.

¡Dios mío!

DOÑA MATILDE.

¿Qué pasa?

DON RODRIGO.

Huye de aquí, Matilde mía.

DOÑA MATILDE.

¿Pues qué...?

DON RODRIGO.

Su Alteza llegará al momento.

DOÑA MATILDE.

(Se cubre con el velo.)

¡Cielos! ¿Irás á verme?

DON RODRIGO.

Pasos siento.

DOÑA MATILDE.

Ten de mí compasión.

DON RODRIGO.

En mí confía.

ESCENA IX.

DON RODRIGO.

(Se acerca á la puerta secreta y escucha un instante.)

¿Por qué calmar no consigo
Este torcedor amargo...?
¡Matilde! Sí; ya te sigo.
Voy á renunciar mi cargo.
(Se dirige á la mesa.)

DOÑA INÉS.

(Saliendo por la puerta secreta.)
Un momento, don Rodrigo.

ESCENA X.

DOÑA INÉS y DON RODRIGO.

DON RODRIGO.

¡Señora!

DOÑA INÉS.

¿Qué os sorprende? ¿Por ventura...?

DON RODRIGO.

Me sorprende que entréis por esa puerta.

DOÑA INÉS.

Verdad que sólo la tenéis abierta
En altas horas de la noche oscura;
Y esto no más que para dar entrada
Á ciertas ninfas de sin par belleza,
Que vienen á la quinta del ministro

Á entretener los ocios de Su Alteza;
Pero yo que también la llave tengo...

DON RODRIGO.

¿Vos?

DOÑA INÉS.

Lo siento, si acaso os desagrada.
Como por ella acorto mi jornada,
Nada más natural, por ella vengo.

DON RODRIGO.

¿Ya que de todo estáis bien informada,
Sabréis que yo esta noche...?

DOÑA INÉS.

Lo he sabido:
Aguardáis á Su Alteza, mas no viene.

DON RODRIGO.

¿No viene...?

DOÑA INÉS.

No; su padre le detiene.

DON RODRIGO.

¿Su padre?

DOÑA INÉS.

Sí; trataros le ha prohibido.

DON RODRIGO.

(¡Cielos...! Y bién, ¿qué importa?)

DOÑA INÉS.

¿Veis? Ya tarda:
Y á pesar del mandato, si él no viene,
Poco en verdad le importará la cita.

DON RODRIGO.

¿Eso prueba...?

DOÑA INÉS.

Que el Rey de vos se guarda,

Y el Príncipe de vos no necesita.
Aun hay más. El Monarca ya ha sabido
La reciente aventura escandalosa
En que ha sido Su Alteza sorprendido,
Bajando del balcon de cierta dama.
Dicen que vos la culpa habéis tenido,
Y ya lo aumenta por Madrid la fama.

DON RODRIGO.

¿Y saben...?

DOÑA INÉS.

No tembléis, que todavía
(Rodrigo hace un gesto de cólera.)
Se ignora en todas partes el suceso
Del mísero alguacil asesinado.

DON RODRIGO.

Si asesinado fué, no es culpa mía.

DOÑA INÉS.

Si el ministro á Su Alteza no guiara,
Ninguno allí le hubiera descubierto,
Y á ninguno el sargento asesinara.

DON RODRIGO.

¿Vos también mi enemiga?

DOÑA INÉS.

No por cierto.

DON RODRIGO.

La causa de la Reina...

DOÑA INÉS.

Está en mi mano.

DON RODRIGO.

El sargento...

DOÑA INÉS.

También tengo al sargento.

Si yo por asesino lo delato,
Él, por librarse, fingirá al momento
Que el ministro mandó el asesinato.
Y también el alcalde, vuestro amigo,
Que prendió al infeliz asesinado,
Si en la demanda á declarar le obligo,
Dirá, y es cierto, se lo habéis mandado.
Si el testimonio de los dos se aduna,
Es de temer...

DON RODRIGO.

Que sufriré inocente.

DOÑA INÉS.

Así murió don Álvaro de Luna.

DON RODRIGO.

Os dió esas prendas mi fatal destino.

DOÑA INÉS.

Que he de obtener por ellas imagino
Una que vos tenéis.

DON RODRIGO.

¿Cuál?

DOÑA INÉS.

(Pausa.) ¿Nada dice
Á vuestro pecho el tiempo que ha pasado?
¿Ó la mujer es ya tan infelice,
Llegó tal vez á tan mezquino estado,
Que perderá su honor, su amor, su vida,
Sin que el perverso que causó su afrenta
Le consagre siquiera un pensamiento;
Sin que luégo el menor remordimiento
Dentro del pecho por castigo sienta?

DON RODRIGO.

Delitos del amor...

DOÑA INÉS.

Mentís, os digo:
Delitos del amor yo perdonara,
Pero jamás de la ambición, Rodrigo.
Yo... No me interrumpáis. Yo necia y loca.
Amé, sí: la mujer jamás se encuentra
De todo sentimiento abandonada,
Y aun en medio, Rodrigo, de un palacio
Ama la imbécil y se juzga amada.
Pero vi la verdad: nació mi orgullo,
Y murió la esperanza, que ilusoria
Una dicha lejana me ofrecía,
Y en su lugar, desde el infausto día,
Siempre quedó grabada en la memoria
La negra imagen de la afrenta mía.
¡Afrenta sin igual! ¿Quién me diría
Que cuando yo gozosa imaginaba
Que estaba con mi amor engrandeciendo
Á un pajecillo pobre y sin linaje,
Que entonces ¡oh baldón! estaba siendo
Juguete vil de la ambición del paje?
Pero aquel pajecillo se creía
De grande corazón, de mente osada;
Y esos hombres soberbios, persuadidos
De su mucha grandeza, nunca tienen
La noble cualidad de agradecidos.
Basta de humillación. Llegó el momento
Del justo desagravio, ó la venganza:
Hoy puedo yo con el poder que cuento
Hundir ó sostener vuestra privanza.
Elegid.

DON RODRIGO.

No hay venganza que me asombre,
Si al decidiros vos, yo me decido.

DOÑA INÉS.

Os perderéis, y perderéis la vida
Con el honor.

DON RODRIGO.

Y me pedís...

DOÑA INÉS.

Os pido...
Escuchadlo, Rodrigo: vuestro nombre,
Reparo solo de mi honor perdido.
No exijo amor, ni fe: necia sería.
Mas el nombre de esposa necesito,
Para quedar ante la España entera
Tan honrada, Rodrigo, como el día
En que me visteis por la vez primera.

DON RODRIGO.

(¡Cielos! ¡Esta mujer es mi destino!)

DOÑA INÉS.

¿Qué decís?

DON RODRIGO.

Que me alejo del palacio;
No me atajéis, señora, en mi camino:
Y pues es lo pasado tan odioso,
Debemos olvidarlo.

DOÑA INÉS.

Y aunque ceda,
Que os juro por mi honor que es imposible,
Plasencia, Galcerán, Zúñiga, Uceda,
La turba que de odiaros hace alarde,
¿Pensáis quizás que satisfecha queda

Con esa fuga rápida y cobarde?
Con el mismo poder que hoy abandona
Con tanta humillación vuestra flaqueza,
Mañana el bando que os detesta puede
Levantar un cadalso donde ruede
Delante de Madrid vuestra cabeza.

DON RODRIGO.

¿Y qué medios...? Decid.

DOÑA INÉS.

¿Eso os detiene?
¿Medios pedís al bando cortesano?
Los medios nunca faltan á quien tiene
Odio, poder y corazón villano.

DON RODRIGO.

¡Oh!

DOÑA INÉS.

Vuestra fuga todo lo acredita.

DON RODRIGO.

Mas nunca esa calumnia miserable
Que su rencor infame les inspira.
Sabré humillarla con decir al mundo:
«He nacido español, eso es mentira.»

DOÑA INÉS.

Otras después inventarán, Rodrigo;
Inventarán las pruebas; y las gentes...

DON RODRIGO.

Sí; las creerán, porque nací plebeyo
Y hoy ministro me ven. Ese es mi crimen.
Esa injusticia atroz me desespera.
¡Viles! Vencer á mi contraria suerte
Es crimen que no queda satisfecho
Con menos ¡vive Dios! que con mi muerte.

¡Inicuos! Y es verdad... Bien lo temía...
¡Oh! Luchar, no me queda otra esperanza.
Hoy que la córte á renunciar acierto,
Á nueva lucha su rencor me lanza.
Esto es horrible.

DOÑA INÉS.

Horrible, pero cierto.

DON RODRIGO.

Venganza, doña Inés.

DOÑA INÉS.

Sí, sí, venganza.
Mal que les pese... Pero ved primero.
(Abre la puerta secreta.)

DON RODRIGO.

¿Qué es esto?

DOÑA INÉS.

Á vos he de quedar unida;
Y todo aquí se encuentra prevenido.

DON RODRIGO.

(¡Oh! ¡Cortesana al fin!)

DOÑA INÉS.

¿Lo habéis oído?
Quien lucha por su honor no se descuida.
Pensadlo y elegid.

DON RODRIGO.

(¡Oh trance fiero!
¡Matilde! ¡Maldición! Quisiera ahora
Que ella me odiara, como el mundo entero,
Porque el recuerdo de su amor sincero
Es tormento que el alma me devora.
Huya lejos de mí: sí, fuera un crimen
Unir su suerte con mi suerte impía...

¡Oh...! Mañana la mano del verdugo
De sus brazos tal vez me arrancaría...
¡Seguir solo! ¡Seguir! ¡Fatal estrella!
Entrar en esta senda fué mi crimen,
Y es mi castigo proseguir en ella.
¡Oh! ¡Qué necio! Soñaba todavía
Dichas y paz... ¡Já... já! ¡Gozar de calma
Un favorito torpe y altanero...!)

DOÑA INÉS.

¿Qué decís?

DON RODRIGO.

Que os detesto con el alma.
¿Queréis mi mano?

DOÑA INÉS.

Vuestro nombre quiero.

(Don Rodrigo se va por la puerta secreta.)

ESCENA XI.

DOÑA INÉS y BELTRÁN.

DOÑA INÉS.

Bien; he triunfado.

BELTRÁN.

Señora...
Venid, venid al instante.

DOÑA INÉS.

¿Qué pasa?

BELTRÁN.

Que vuestra quinta
Está ardiendo.

DOÑA INÉS.

Que la apaguen.

(Vase por la puerta secreta.)

(Los últimos árboles del jardín se ven iluminados por las llamas del incendio.)

BELTRÁN.

¡Pues me ha gustado la calma,
Cuando las llamas deshacen
Mil riquezas que son suyas!
¡Qué lástima! ¡Y cómo arden
Ventanas y colgaduras!
Mas ¿qué rumor...? Al escape
Un coche aquí se dirige...
Sin duda son importantes
Las noticias que conduce.
Ya se ha parado. Ya salen
Las personas... No distingo...
Ya suben... Voy á anunciarle
Á mi señor... ¡Hola! Esta... *(Mirando por la puerta.)*
Sin duda: la misma de antes.

ESCENA XII.

BELTRÁN y DOÑA MATILDE,
acompañada de un escudero.

DOÑA MATILDE.

¿Y vuestro amo?

BELTRÁN.

Señora,
Aquí estaba hace un instante.

DOÑA MATILDE.

¿Sabéis dónde fué?

BELTRÁN.

Lo ignoro.
Si queréis, iré á buscarle.

DOÑA MATILDE.

Decidle que yo le aguardo,
Y vos abajo esperadme. *(Al escudero.)*

ESCENA XIII.

DOÑA MATILDE después DON RODRIGO, y luégo DOÑA INÉS.

DOÑA MATILDE.

Sepa que ya la condesa
De Lemos, mi noble tía,
Acoge con alegría
Y protege nuestra empresa.
¡Si Dios quisiera, ay de mí!
Aun sigue la quinta ardiendo,
Y en Madrid confuso estruendo
De gritos y armas sentí
Al pasar... ¡Oh! Mil recelos
Me acongojan de contino:
Presagios son...

DON RODRIGO.

Mi destino
Cumplióse.

DOÑA MATILDE.

¿Rodrigo? *(Corriendo á él.)*

DON RODRIGO.

¡Cielos!

¡Matilde!

(Retrocede con horror como si viera una sombra.)

DOÑA MATILDE.

¿Tal extrañeza?...

DON RODRIGO.

¡Infeliz! ¿Á qué has venido?

DOÑA MATILDE.

No temas, que ya he sabido
Que aquí no viene Su Alteza.

DON RODRIGO.

¡Oh! ¿Dónde huiré?

DOÑA MATILDE.

Ya, Rodrigo,
Nuestro amor dichoso es.

DON RODRIGO.

Calla, calla; no me des
Tan horroroso castigo.

DOÑA MATILDE.

¿Qué dices? Si ya la suerte...

DON RODRIGO.

¡Calla!

DOÑA MATILDE.

¡Gran Dios! ¿Qué demencia?...

DON RODRIGO.

Sí; vete de mi presencia.

DOÑA MATILDE.

¡Rodrigo!

DON RODRIGO.

No quiero verte.

DOÑA MATILDE.

¿Qué es esto? ¡Qué desvarío!...

DON RODRIGO.

Déjame.

DOÑA MATILDE.

¡Rodrigo amado!

DON RODRIGO.

¡Imbécil! Estoy casado. *(Frenético.)*

DOÑA MATILDE.

¡Casado!

DON RODRIGO.

Sí, sí.

DOÑA MATILDE.

¡Dios mio!

(Retrocede vacilante, se apoya un instante en un sillón, y al fin cae sin sentido.)

¡Qué burla tan horrorosa!

DON RODRIGO.

¡Oh! La que solo me ama. *(Inmóvil.)*

DOÑA INÉS.

¿Don Rodrigo? *(Dentro.)*

DON RODRIGO.

¡Quién me llama!

(Con sarcasmo horrible. Lucha un instante con la daga en la mano, y la arroja de pronto.)

Es doña Inés; es mi esposa...
¡Oh! que esa inicua mujer
Con su mirada traidora
No ultraje á la triste.

(Poniéndose delante de Matilde.)

DOÑA INÉS.

Ahora
Vamos á mi quinta á ver...

DON RODRIGO.

Sí, vamos...

(Llevándosela por delante de Matilde.)

ESCENA XIV.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE.

Sin dilación...
Huye.

DON RODRIGO.

¿Qué pasa?

ENRIQUE.

Al momento.

DON RODRIGO.

Acaba.

ENRIQUE.

Que el vil sargento
Ha sido tu perdición.

DOÑA INÉS.

¿Huyó? *(Asustada.)*

ENRIQUE.

Con mano sañuda
Incendió la quinta ciego,
Para morir en el fuego
Ó salvarse con su ayuda.

DOÑA INÉS.

¿Y bien?

ENRIQUE.

De rabia rugiendo,
Con los escombros luchó,

Y de ellos por fin salió
Furioso, herido y ardiendo.
Creyó que aquella asechanza
Era tuya, y, arrestado,
En Madrid te ha delatado
Para cumplir su venganza.

DON RODRIGO.

¿Dijo?...

ENRIQUE.

Que tú le mandaste
El infame asesinato,
Y que, cumplido el mandato,
También matarlo intentaste.
Mostró al muerto: una asonada
Ha estallado contra tí,
Y ya se dirige aquí
Zúñiga con gente armada.

DON RODRIGO.

¡Señora! *(Reconvención terrible.)*

ENRIQUE.

No hay que perder...

DON RODRIGO.

Estos son los resultados
De esos medios reprobados,
Indignos de una mujer.
(Enrique cierra la puerta por donde entró.)

ENRIQUE.

Huye de aquí sin demora.

DOÑA INÉS.

Podéis salvaros. *(Abre la puerta secreta.)*

DON RODRIGO.

¡Salvarme!

ENRIQUE.

Cuando menos en matarme
(Sacando la espada y poniéndose delante de la puerta.)
Tardarán un cuarto de hora.
Huye. *(Suenan golpes en la puerta.)*

DOÑA INÉS.

Sí, ¡venid, por Dios!
(Llevándoselo de la mano.)

DON RODRIGO.

Vamos. *(Maquinalmente.)* ¡Huir! ¿Para qué?
¿En dónde me libraré *(Rechazándola.)*
Del lazo que me une á vos?

DOÑA INÉS.

¡Vil!

DON RODRIGO.

Mi prisión repentina
Al unirme á vos, señora,
¿No os hace pensar ahora
En la justicia divina?

DOÑA INÉS.

Yo, con ánimo arrestado,
Por mi honor he combatido.

DON RODRIGO.

(Con estúpida ferocidad.)
Si no lo hubierais perdido,
La lucha hubierais ahorrado.

DOÑA INÉS.

(Trémula.)
¡Traidor! ¡Y me echáis en cara
Culpa de que sois autor!
¿Luchara yo por mi honor,
Y, aunque luchase, triunfara,

Sin darme vuestra vileza
Armas después bien seguras
En las torpes aventuras
Que inspirásteis á Su Alteza?

DON RODRIGO.

Culpables somos los dos.

DOÑA INÉS.

Pues huyamos juntamente.

DON RODRIGO.

No: demos ambos la frente
Á la justicia de Dios.

ENRIQUE.

Ya cede: los goznes gimen...
Sálvate...

DOÑA INÉS.

Venid conmigo...

DON RODRIGO.

Nunca: evitar el castigo
Es cometer otro crimen.
Yo quedaré castigado
Afrenta y muerte sufriendo,
Y vos...

DOÑA INÉS.

¡Piedad! *(Se arrodilla.)*

DON RODRIGO.

Y vos siendo
Mujer de un ajusticiado.

DOÑA INÉS.

¡Oh! *(Retrocediendo.)*

DON RODRIGO.

(Con calma horrible.)

Quiero ya reposar.

DOÑA INÉS.

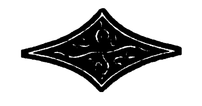
Aun es tiempo.
(Don Rodrigo cruza los brazos.)
¡Dios piadoso!
¿Y quién os dará el reposo?...

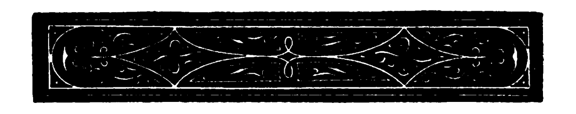
DON RODRIGO.

(Cede la puerta.)
¿Quién? Vedle: don Baltasar.

(Don Baltasar entra seguido de varios soldados, que rodean inmediatamente á don Rodrigo. Don Baltasar y don Rodrigo se contemplan un instante; el primero, con la satisfacción de la venganza, y el segundo, con la calma que produce el desprecio de la muerte.)

FIN DEL ACTO TERCERO.





ACTO CUARTO.

Cárcel de Don Rodrigo, en su misma casa.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL y DON BALTASAR.

DON BALTASAR.
Esto, don Manuel, os pido.
DON MANUEL.
¿Y el infeliz morirá?
DON BALTASAR.
Aun no lo sé; pero está
Un cadalso prevenido.
¿Sabe ya su desventura
Don Rodrigo?
DON MANUEL.
Sí, señor;
Y, á juzgar por su valor,
Es su inocencia segura.
Pero, en fin, ¿el nuevo Rey
No ha de salvar á Rodrigo?
¿Él, que antes fué tan su amigo,
Cómo?...

DON BALTASAR.

Lo manda la ley;
Y al recibir la corona
No es bueno al pueblo mostrar...

DON MANUEL.

El pueblo, don Baltasar,
Siempre aplaude al que perdona.

DON BALTASAR.

Aunque su enemigo fuí
Y murmuran que aun lo soy,
Tambien le salvara hoy,
Si dependiera de mí.

DON MANUEL.

Pero, en fin, vuestra misión
¿Es de pena ó de placer?

DON BALTASAR.

Sólo la puede saber
Don Rodrigo Calderón.
Mas yo, que tanto blasono
De que noble sangre tengo,
Es claro que aquí no vengo
Para insultar su abandono.
Jamás acción tan odiosa
Un Zúñiga ejecutara.

DON MANUEL.

Ni jamás la sospechara
Don Manuel de la Hinojosa.
Mi pregunta fué nacida
Del afán, de la ternura
Que inspira la desventura
Con alma grande sufrida.
Carcelero de Rodrigo

Nombróme el Rey, que Dios guarde,
Y ya más bien hago alarde
De ser su mejor amigo.
Si fué ministro, y sin tasa
Do quier ajarle escuché,
Yo entonces no le traté;
Que sólo he entrado en su casa
Hoy, que es su misma prisión,
Y sólo en él he tratado
Al hombre que es desgraciado
Con noble resignación.

DON BALTASAR.

Pues en nombre, don Manuel,
De ese amigo tan querido,
Que me concedáis os pido
Hablar á solas con él.

DON MANUEL.

Y al punto yo satisfecho
Á complaceros acudo,
Pues de hablarle vos, no dudo
Que ha de ser en su provecho.

ESCENA II.

DON BALTASAR, y después DON MANUEL.

DON BALTASAR.

Mucho halaga la victoria,
Si el que vencido se mira
Maldice más que suspira:
Mas ni es aplauso ni es gloria,

Cuando el vencido infelice
Hace alarde de su estado,
Y lo sufre resignado
Y al vencedor no maldice.
Perderle fué mi esperanza;
Y hoy que lo tengo seguro,
Ya no me halaga, lo juro,
El placer de la venganza.
Placer que dura un momento
Y que se llora sin tasa,
Que luégo el enojo pasa
Y queda el remordimiento.
Nunca maldije su estrella
Al verle amado del trono,
Que más excitó mi encono
El ver que lo amaba ella.
Pero ¿hoy su muerte me hará
Más dichoso? ¡Oh! Ni ofendido
Dejar de amarla he podido...
¡Ah, Matilde!...

DON MANUEL.

Orando está,
Y no quise interrumpir
Su piadosa ocupación,
Que es sagrada la oración
Del hombre que va á morir.

DON BALTASAR.

Bien hicisteis. Volveré.

DON MANUEL.

Haced que el Monarca ceda...
¡Oh! Salvadle.

DON BALTASAR.

Como pueda,
Os juro que así lo haré.

ESCENA III.

DON MANUEL y después ENRIQUE.

Zúñiga quizás podrá...
Nada. ¡Infeliz! Esto es hecho:
Una voz dentro del pecho
Me dice que morirá.
¡Oh! Si aplacara el rigor
Su destino, si él viviera,
¡Con cuánto placer yo fuera
Después su amigo mejor!

ENRIQUE.

¿Señor?

DON MANUEL.

¿Sois vos?

ENRIQUE.

¿No hay clemencia?
¿Es verdad lo que ahora escucho?

DON MANUEL.

Delante de mí no ha mucho
Le leyeron la sentencia.

ENRIQUE.

¡Ah!

DON MANUEL.

Y él, después de escucharla,
Volvió sereno á sus preces.

ENRIQUE.

Más sereno que sus jueces
Debieron ir á firmarla.
¡Le matan por asesino!
¡Mentira! ¡Crimen horrendo!

DON MANUEL.

Yo á su tribunal no ofendo,
Aunque lloro su destino.

ENRIQUE.

Mas decidme, don Manuel,
Si es verdad que amáis al preso,
¿Qué cargos en su proceso
Se han probado contra él?

DON MANUEL.

El alguacil...

ENRIQUE.

Lo ha matado
Ese sargento maldito.

DON MANUEL.

Dió Rodrigo en un escrito
La orden.

ENRIQUE.

¿Quién la ha mostrado?

DON MANUEL.

Dijo el sargento mayor
Que se la habían recogido.

ENRIQUE.

Y el tribunal le ha creído
Bajo palabra de honor.
Sí; la inocente criatura
Culpada de asesinato,
Después entrega el mandato

Que su cabeza asegura.

DON MANUEL.

Rodrigo lo ha confesado.

ENRIQUE.

Pero ¿cuándo, vive Cristo!
Cuando el infeliz se ha visto
Á muerte vil condenado.
¿Y vos no sabéis, de fijo,
Por qué culpable se ha hecho?

DON MANUEL.

No lo sé.

ENRIQUE.

Pues yo sospecho,
Y otros muchos, que eso dijo
Por evitarle la afrenta
De injusto á su tribunal,
Y porque ese criminal
Viva y tal vez se arrepienta.
¡Oh! Su grandeza excesiva
Por premio alcanza la muerte. *(Llorando.)*

DON MANUEL.

¿Y bién? Quizás de esa suerte
El premio mayor reciba.

ENRIQUE.

¡Ah! Por supuesto, que yo
He querido hablar al Rey,
Pero esa maldita grey
Me lo ha estorbado: si no,
Yo le hablara, y si crüel
No le perdona, yo juro...
No lo sé; mas de seguro
Me manda morir con él.

DON MANUEL.

Pasos siento en esa estancia...

ENRIQUE.

Del oratorio saldrá.

DON MANUEL.

Y hablar á solas querrá
Con su amigo de la infancia.

ENRIQUE.

Vos también...

DON MANUEL.

Soy carcelero.

ENRIQUE.

Amigo, decid mejor.

DON MANUEL.

Yo después tendré el dolor
De darle el adiós postrero.

ESCENA IV.

ENRIQUE, DON RODRIGO, y después DON MANUEL.

ENRIQUE.

(Observando á don Rodrigo.)
¡Oh! Me parte el corazon.

DON RODRIGO.

¿Eres tú, mi buen amigo?

ENRIQUE.

Hoy, desgraciado Rodrigo,
Todos tus amigos son.

DON RODRIGO.

Ya sé mi muerte; mi bien.
No llores; yo estoy contento.

ENRIQUE.

No siento que mueras, siento
Que no me maten también.
Si muriéramos los dos,
Comprendo que aquí estuviera
Alegre, y de esta manera
Sólo acierto ¡vive Dios!
Á llorar. Toda la villa
Como yo te compadece.

DON RODRIGO.

¡Ya Madrid no me aborrece!...
¡Oh! ¡Gracias!

ENRIQUE.

No, y amancilla
Á jueces que sin recelo
Te dan tan injusta muerte.

DON RODRIGO.

Si lo juzgas de esa suerte,
Ruega por ellos al cielo.

ENRIQUE.

¿No he de juzgar, si es patente
Que nunca crimen tan grave?...

DON RODRIGO.

Enrique, Dios sólo sabe
El hombre que está inocente.

ENRIQUE.

¡Morir tan joven!

DON MANUEL.

Licencia *(Entrando)*
Pide, señor, para entrar
Un hombre que quiere hablar
En secreto con Vuecencia.

DON RODRIGO.

Si vos permitís...

ENRIQUE.

¿Quién es?

DON RODRIGO.

Lo ignoro.

ENRIQUE.

¡Cielos! ¡Qué olvido!

(Saca una carta.)

Toma; un paje...

DON RODRIGO.

(Después de leer.) ¡Ah! *(Con alegría.)*

ENRIQUE.

(Con afán.) ¿Qué has leido?

DON RODRIGO.

El perdón de doña Inés.

ENRIQUE.

(¡Linda cosa!)

DON RODRIGO.

Entra, y por mí,
Enrique, ruega entre tanto.

ENRIQUE.

¡Cielos! ¿Quién será?

(Entran don Manuel y el Duque.)

DON RODRIGO.

¡Dios santo!
¡El Cardenal!

DON MANUEL.

Vedle allí.

(Señalando á don Rodrigo.)

ESCENA V.

DON RODRIGO y EL CARDENAL DUQUE.

EL DUQUE.

¿Me conoces, Rodrigo?

DON RODRIGO.

¡Ah, noble anciano!
Acción tan bella vuestro nombre dice.

EL DUQUE.

Vengo á tenderte mi piadosa mano;
Vengo á cumplir la oferta que te hice.

DON RODRIGO.

Más de una vez vuestro solemne acento
Ha resonado en mí. ¡Vana experiencia!

EL DUQUE.

No; que aun te resta el último momento,
Y ese no más es toda la existencia.

DON RODRIGO.

Por compasión habladme de los hombres.
Temo, padre, que el mundo todavía
Recuerda mi ambicion y es mi enemigo,
Y para hacer tranquila mi agonía
Anhelo muestras de su unión conmigo.
Por Dios, decidme...

EL DUQUE.

Cálmate, Rodrigo,
Que yo en su nombre su perdón te ofrezco.

(Pausa.)

DON RODRIGO.

¿Luego es verdad que compasión merezco?

Yo nunca fuí perverso, padre mío;
Jamás, y agora á comprender no alcanzo
La causa de mi ciego desvarío.
Padre, explicadme la existencia mía.
Yo—¿lo creeréis?—cual nadie conocía
El miserable error que iba siguiendo:
Decidme, ¿por qué entónces lo seguía?
¿Por qué?... ¡Triste de mí! No lo comprendo.

(El Duque lo sostiene.)

EL DUQUE.

Hijo, llora en mis brazos: yo contigo
Debo llorar el mismo desacierto.

DON RODRIGO.

Vos aun vivís.

EL DUQUE.

Mi corazón, Rodrigo,
Antes que el tuyo para el mundo ha muerto.
Ninguno vive en el presente día:
Del porvenir la imagen solamente
Alegra ó hiere la existencia humana;
Y ya en el mundo para el alma mía
Ha perdido su luz ese mañana.
Fantasma encantador de mil colores
Que bello nace en nuestra edad florida,
Y luégo, cada vez menos galano,
En pos de sí nos lleva por la vida,
Siempre delante y nunca en nuestra mano.
Y mañana es la muerte; y ese anhelo
Que en nuestro pecho sin cesar se advierte
Y un mañana mejor ansiar nos hace,
Es amor al descanso de la muerte,
Que, sin saberlo, con nosotros nace.

DON RODRIGO.

¡Ay! Ese anhelo y ansiedad tirana
La causa fueron de mi adversa suerte:
Mas si es la vida ambicionar la muerte,
¿Cuál es entonces la existencia humana?

EL DUQUE.

Es la existencia detenerse un día
En este valle de amargura y duelo:
Eso y no más. Recuerda la agonía
Del Rey cuyo poder administramos,
Y que hoy nos llama al tribunal del cielo.

DON RODRIGO.

¡Ay! Es verdad. Hoy firma mi sentencia
Quien tantas veces se mostró mi amigo.

EL DUQUE.

El Príncipe es monarca y no suspende
La cruda ejecución de tu castigo.

DON RODRIGO.

Su ingratitud me aflige, no me ofende.

EL DUQUE.

¡Su ingratitud dijiste, don Rodrigo!
Es justicia de Dios. Dime: ¿Qué hiciste
De su inocente juventud?

DON RODRIGO.

¡Dios mío!

EL DUQUE.

Dime...

DON RODRIGO.

¡Piedad!

EL DUQUE.

Pretende en tu cabeza
Castigar su baldón y tu mancilla:

Los vicios que inspirastes á Su Alteza
Te entregan del verdugo á la cuchilla.

DON RODRIGO.

¡Ay de mí! Dios es justo.

EL DUQUE.

Y es clemente.

DON RODRIGO.

Él reciba en descargo de mis culpas
Mi triste fin y mi dolor interno.
¡Piedad, padre, piedad!

EL DUQUE.

Alza, Rodrigo.
Cuando Dios te anticipa su castigo,
En él te anuncia su perdón eterno. *(Pausa.)*

DON RODRIGO.

¡Ah! Me avergüenza verme tan mezquino
En presencia de Dios. Mi acerba vida
Corrió violenta por fatal camino
¡Ay! para el mundo y para mí perdida.

EL DUQUE.

No; no es perdida. Singular castigo
Estaban ya pidiendo los errores
Que todos cometimos juntamente:
Dios te elige por víctima, Rodrigo:
Sublime es tu misión; alza la frente.

DON RODRIGO.

¡Oh! Si mi ejemplo, si mi adversa suerte
Fuera, cual es, del mundo conocida,
Entonces...

EL DUQUE.

Sí; comprenderán tu vida,
Cuando le dé su claridad tu muerte.

DON RODRIGO.

Padre, ¿es verdad que entonces mis tormentos
Inútiles no fueran?

EL DUQUE.

No, Rodrigo;
Ni lo serán.

(Pausa. El Duque quiere despedirse: está un instante indeciso, y al fin le tiende los brazos llorando.)

DON RODRIGO.

¡Eterna despedida!

EL DUQUE.

Si tu muerte contemplas y tu vida,
Serán dignos de Dios tus pensamientos.

DON RODRIGO.

Padre, por mi rogad. ¡Ay! Este abrazo
Es un inmenso bien que Dios me envía.

EL DUQUE.

Sí, Rodrigo: en la córte hemos vivido
Luchando sin cesar, y todavía
Lágrimas de ternura nos consuelan.
Al Señor bendigamos.

DON RODRIGO.

Sólo siento
No haber sido durante mi existencia
Vuestro mejor, vuestro constante amigo.

EL DUQUE.

Adiós: muy poco durará esta ausencia.
Pronto la muerte me unirá contigo.

DON RODRIGO.

¡Ay! Para siempre adiós.

EL DUQUE.

Adiós, Rodrigo.

ESCENA VI.

DON RODRIGO.

(Pausa.)

Dichoso muriendo fuera,
Si la imagen de mi vida
Alguna acción me ofreciera
Que digna mi muerte hiciera
De ser de todos sentida. *(Pausa.)*
¡Matilde! ¡Matilde mía!
¿Me perdonas? ¡Oh tormento!
Dios te ha vengado este día
Haciendo que en mi agonía
No pueda escuchar tu acento.

ESCENA VII.

DON RODRIGO, DOÑA MATILDE y DON MANUEL.

DON MANUEL.

Vedle.

DOÑA MATILDE.

¡Ay! ¡Él es! ¡Desventurado!

DON MANUEL.

El mundo
Envidió su ventura, y vedle ahora.
Llegad...

DOÑA MATILDE.

¡Oh, Dios!

DON MANUEL.

Que alivia al moribundo
La tierna voz de la mujer que llora.

DOÑA MATILDE.

Yo me siento morir.

DON MANUEL.

Valor, señora.

(Don Manuel se retira después de un momento en que Matilde hace visibles esfuerzos para serenarse.)

DON RODRIGO.

¡Cielos, perdón!

DOÑA MATILDE.

¿Rodrigo?

DON RODRIGO.

¿Qué he escuchado?
¡Matilde!

DOÑA MATILDE.

Sí.

DON RODRIGO.

¡Gran Dios, yo te bendigo!
Voy á morir.

DOÑA MATILDE.

Lo sé.

DON RODRIGO.

¿Me has perdonado?

DOÑA MATILDE.

Dios te perdone como yo, Rodrigo.

(Momento de silencio, en que lloran ambos.)

DON RODRIGO.

¿Por qué no te creí, Matilde mía?

DOÑA MATILDE.

Olvida ya...

DON RODRIGO.

Si nunca te ofendiera,
Nunca tampoco á Dios ofendería.

DOÑA MATILDE.

Olvida lo pasado, y corra entera
La vida de los dos en este día.

(Rodrigo la contempla un momento.)

DON RODRIGO.

¡Oh! ¡Cuán grande á mis ojos te presentas,
Amado anuncio del perdón celeste!
Hoy que la luz que alumbra mis sentidos,
La luz de la verdad sublime y santa,
Su resplandor esparce sobre el mundo,
En medio de sus ídolos caídos
Consoladora y grande se levanta
La imagen sola de tu amor profundo.

DOÑA MATILDE.

¡Ah!

DON RODRIGO.

Ten valor.

DOÑA MATILDE.

¡Rodrigo!

DON RODRIGO.

Sí, la muerte.

DOÑA MATILDE.

Olvidémoslo todo; al mundo olvida,
Y recuerda no más que ni un momento
Mi amor sincero te faltó en la vida.
Si alguna vez el hado turbulento
De mi pasión profunda te apartaba,
Mi alma, que en la tuya penetraba,
Á tí más infeliz en ofenderme,

Que á mí en ser ofendida, te juzgaba.

DON RODRIGO.

Sí; tú que viste el fondo de mi alma
Me amaste sin cesar. ¡Gracias! Ya el mundo
Que sofocó mi instinto generoso,
La muerte ante mis ojos lo ha deshecho,
Y mis nobles pasiones comprimidas
Triunfantes llenan mi agitado pecho. *(Exaltándose.)*

DOÑA MATILDE.

¡Dios me escuchó!

DON RODRIGO.

Caí, mas no vencido.
Que á pesar de mi vida detestable,
La grandeza del hombre he comprendido;
Del hombre, que inspirado, conociendo
Que cuanto no es eterno es miserable,
Los ojos fija en la mansión divina,
Y en paz en medio del mundano estruendo
Hacia su fin sin inquietud camina;
Y ve á los hombres en mayor altura,
Sin envidiar su mísera riqueza,
Que en su calma consiste su ventura,
Y en ser hombre consiste su grandeza.
Sí; lo comprendo ya, Matilde mía,
Y Dios por tí su bendicion me envía,
Y mi eterna inquietud ya no me aflige,
Y el alma crece de su dicha ufana.
Voy á morir. ¿Qué importa? ¿Quién exige
Mayor ventura de la vida humana?

DOÑA MATILDE.

¡Bien hayan nuestras penas que un momento
Nuestras almas al fin han confundido!

DON RODRIGO.

¿Tú sientes la ventura que yo siento?

DOÑA MATILDE.

Y el que antes no la hubieras comprendido
La causa fué de mi mayor tormento.

DON RODRIGO.

¡Mas, ay, eres tan joven todavía!...
El mundo, que fué siempre mi enemigo,
Borrará de tu mente mi agonía,
Y al fin me olvidarás.

DOÑA MATILDE.

Por Dios, Rodrigo,
No me ofendas siquiera en este día.

DON RODRIGO.

¿No me olvidarás nunca?

DOÑA MATILDE.

Yo lo fío;
Y antes que dejes para siempre el mundo
Comprende, por piedad, el amor mío.
Yo te amé: mas no pienses que te amaba
Horas futuras de placer fingiendo;
Que cuando amor eterno te juraba
Y más segura de tu amor me viste,
El corazón fatídico latiendo,
Su fin cercano me anunciaba y triste.
Mi amor nació de conocer tu vida.
Miraba con profundo desconsuelo
Tu grande alma por su error perdida
Á la ventura y al amor y al cielo,
Y de sublime compasión movida,
Quise pararte al borde del abismo;
Y aunque la voz de la ambición impía

Me arrastraba á sufrir contigo mismo,
Sólo en pensar que mi perenne llanto
Quizá lograse que tuviera un día
Tu grande corazón dicha y reposo,
Gozaba el alma de mayor encanto
Que hallar pudiera en el amor dichoso.
Ya que verte sereno y penetrado
De la santa verdad he conseguido,
Sin otro afán en reclusión sombría
Tranquila y sin dolor veré cumplido
El noble fin de la existencia mía.

DON RODRIGO.

¡Matilde! ¡Bendición!... Sí, tú has nacido
Para mostrarme la piedad divina.
De mi vida el misterio se esclarece;
Mi puro amor en tu presencia crece
Y allá en el seno del Creador termina.
Ante mi Dios la mente se ilumina;
Y aunque abatido y en prisión me veo,
Jamás, ministro, me sentí tan grande,
Como ahora, pobre y miserable reo.
El alma, ya del polvo desprendida,
En sentirse á sí misma se recrea.

DOÑA MATILDE.

¡Rodrigo!

DON RODRIGO.

Sí; y en venturosa calma
La eternidad se extiende ante mi vista,
Y su presencia me engrandece el alma.

DOÑA MATILDE.

¡Gracias, Señor!

DON RODRIGO.

Ya anhelo que ese mundo
Que ahora me juzga desgraciado y triste,
De mi paz y contento sea testigo,
Y aprenda de una vez en qué consiste
La dicha verdadera.

DON MANUEL.

(Entrando.) ¿Don Rodrigo?

DOÑA MATILDE.

¡Ah! *(Estremecida.)*

DON RODRIGO.

Ten valor.

DOÑA MATILDE.

¡Tan pronto!

DON MANUEL.

Un caballero
Pretende hablaros.

DON RODRIGO.

Si le dais licencia...

DOÑA MATILDE.

¡Ah! ¿Quién será?

DON RODRIGO.

No tiembles: su presencia
Sin esperanza y sin temor espero.
Entra y ora por mí.

DOÑA MATILDE.

Por Dios, Rodrigo,
No te vayas sin verme.

DON RODRIGO.

(Ocultando su emoción.) Pasos siento.

DOÑA MATILDE.

¡Oh! Por Dios, que es mi súplica postrera. *(Vase.)*

DON RODRIGO.

¡Ay de mí! Sólo siento que su mano
No ha de cerrar mis ojos cuando muera.

ESCENA VIII.

DON RODRIGO y DON BALTASAR.

DON RODRIGO.

¡Zúñiga!

DON BALTASAR.

Sí; don Rodrigo:
Contened el pensamiento.
Sólo me mueve el intento
De mostrarme vuestro amigo.

DON RODRIGO.

¡Ah! *(Tendiéndole los brazos.)*

DON BALTASAR.

Vuestro fin se acelera.
¿Queréis la vida salvar?

DON RODRIGO.

¿Qué decís, don Baltasar?
Yo querré lo que Dios quiera.

DON BALTASAR.

Hoy que Madrid os alaba
Y pide á Dios que os perdone,
También sus iras depone
El bando que os detestaba.

DON RODRIGO.

¿De eso me habláis?

DON BALTASAR.

Perdonad

Que os hable ya de esta suerte,
Que delante de la muerte
Es fuerza decir verdad.
Me mandan, pues, avisaros,
Que intentan llegar al Rey,
Porque revoque la ley
Y, si es posible, salvaros.
Mas antes que al Rey acudan
Á persuadirle el perdón,
Como en diversa ocasión
Los pensamientos se mudan,
Exigen con gran secreto,
Y lo siento ¡juro á Dios!
Prendas seguras de vos
Para teneros sujeto.

DON RODRIGO.

Morir, Zúñiga, es rigor,
Y yo en morir no vacilo,
Que el instante más tranquilo
Es el instante mejor.
En vano el hombre se afana
La existencia en dilatar:
Pues su fin ha de llegar,
Lo mismo es hoy que mañana.
La muerte me halla propicio,
Y aun tengo á felicidad
Entrar en la eternidad
Por la puerta del suplicio.
Y porque se satisfagan
Los que os han mandado ahora
De cuánto yerra é ignora
Ese mundo á quien halagan;

Decidles, Zúñiga, que hoy
Que en la prisión me han juzgado
Abatido y desgraciado,
Grande y venturoso soy.
Si alguna ofensa me han hecho,
Mi muerte no han de impedir,
Pues con dejarme morir
Me dejarán satisfecho.
Y á vos que estáis en la vida,
Sujeto á su desventura,
Hoy, como prenda segura
De mi eterna despedida,
Daros un consejo quiero,
Que yo, Zúñiga, aprendí,
Viviendo como viví,
Y muriendo como muero.
Sabed que dentro del alma
La mayor grandeza existe,
Y la ventura consiste
En saber gozar de calma.
Viviendo en paz, sin violencia
Nuestro fin llegar se advierte,
Y ver en calma la muerte
Hace feliz la existencia.

DON BALTASAR.

Vivid, y amigos los dos
Seremos en adelante.

DON RODRIGO.

Bástenos serlo un instante
En la presencia de Dios.

DON BALTASAR.

¡Oh! Dilatad la existencia:

Vivid al menos y orad.

DON RODRIGO.

Suple la eterna piedad
Mi falta de penitencia.

DON BALTASAR.

Mandadme, pues, que anhelante
Mi afecto os quiero mostrar.

DON RODRIGO.

Con ver á todos llorar
Tengo, Zúñiga, bastante.
Vuestro perdón sólo ansío.

DON BALTASAR.

Con el alma y corazón.

DON RODRIGO.

Y en cambio de este perdón,
Tomad el ejemplo mío.

ESCENA IX.

Dichos, el **CONFESOR** de don Rodrigo y acompañamiento.

CONFESOR.

Hijo, ya es hora.

DON RODRIGO.

(Mirando á la capilla) ¡Ah! Los dos
Que me han amado... ¡Oh! quería...

(Lucha y se detiene.)

¡Enrique! ¡Matilde mía!
¡Ay! ¡Adiós! ¡Zúñiga, adiós!

ESCENA ÚLTIMA.

DON BALTASAR, después ENRIQUE y DOÑA MATILDE.

DON BALTASAR.
(Pausa.)
Ha dejado en este espacio
Grandes pensamientos... sí...
Y mirado desde aquí
Me infunde miedo el palacio.

DOÑA MATILDE.
¡Ah! Quizás... ¡Zúñiga!

DON BALTASAR.
¡Cielo!
¡Matilde!

DOÑA MATILDE.
¡Cómo! ¡Aquí vos!

DON BALTASAR.
(Con ansiedad.)
Tened presente, por Dios,
Que salvarle fué mi anhelo.

DOÑA MATILDE.
¡Se fué!

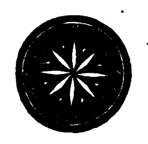
DON BALTASAR.
Señora...

DOÑA MATILDE.
¡Ay de mí!
Enrique, llora su muerte.
(Se desmaya; Enrique la sostiene.)

DON BALTASAR.

Morir del hombre es la suerte:
¡Dichoso el que muere así!

FIN DEL DRAMA.



LOS DOS GUZMANES.

AL SEÑOR

D. EUGENIO DE VERA Y ARBOLEYA.

Tú sabes, querido Eugenio, que aun no tenía yo diez y siete años cuando, entusiasmado con nuestro teatro antiguo, que acababa de conocer, escribí este mi primer ensayo. Esta circunstancia te hará olvidar sus defectos, si no bastara la sincera amistad que te une á tu mejor amigo

ADELARDO.



LOS DOS GUZMANES.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAJES.

Doña Blanca de Castro, *dama.*
Doña Flora de Castro, *id.*
Inés, *criada.*
Don Félix Sotomayor, *galán.*
Don Diego de Guzmán, *id.*
Pasquín, *gracioso.*
Don Juan de Castro, *viejo.*

Una Ronda y músicos.

Sevilla. Siglo xvii.

Esta comedia se estrenó en el Teatro del Drama de Madrid á 20 de Marzo de 1851.

Representáronla en su estreno las señoras doña Concepcion Ruiz, doña Josefa García y doña Laura García, y los señores D. Facundo Aíta, D. Rafael Muñoz, D. Vicente Caltañazor y D. Joaquín Barja.





ACTO PRIMERO.

Calle. Al frente una ancha esquina de la casa de D. Juan, con una ventana en el medio sin reja. Á derecha é izquierda se extienden, hasta perderse en el fondo, las paredes de la misma casa, formando dos calles. En cada una de estas dos paredes una ventana. En la calle de la derecha, un farolillo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON FÉLIX y PASQUÍN.

(Salen conversando por la calle de la izquierda.)

DON FÉLIX.

Si, segun costumbre, dejas
Tu puesto por el azumbre,
Yo también, segun costumbre,
Te alargaré las orejas.

PASQUÍN.

¿Y es justicia ¡vive Dios!
Que goces tú su presencia,
Y que luégo la pendencia
Se reparta entre los dos?

DON FÉLIX.

¿Qué parte, bribon, te toca

En mis riñas?

PASQUÍN.

Nada: un miedo
Tan sutil, que con el credo
Me tiene siempre en la boca.

DON FÉLIX.

Justas razones ensartas,
Y yo á mi cargo las tomo.

PASQUÍN.

Luego ¿voime?

DON FÉLIX.

Te deslomo
Si un paso de aquí te apartas.

PASQUÍN.

No habiendo anoche salido,
Tu vuelta me maravilla;
Que por causa más sencilla
De muchas te has despedido.

DON FÉLIX.

También es cierto.

PASQUÍN.

¿A qué esperas?...
¡Por vida de Belcebú,
Que de damas mudas tú
Como yo de taberneras!
Y no habremos de parar,
Se me figura, un instante,
Si buscas dama constante
Y vino yo sin aguar.

DON FÉLIX.

No es su inconstancia quien dió
Á tantos amores fin;

Que las más veces, Pasquín,
El inconstante fuí yo.

PASQUÍN.

Por eso de ver me espanto
Que tú, gentil mariposa,
Hables un mes á la hermosa
Que tarda esta noche tanto.

DON FÉLIX.

La razón es bien sencilla:
Es doña Blanca de Castro
El más luminoso astro
Que resplandece en Sevilla.
Prendado de su candor,
De su gracia y gallardía,
Tengo un rival cada día
Que me dispute su amor:
Riño y venzo: ¡voto á tal!
Esto á cualquiera le agrada.
¿Dónde hay cosa más cansada
Que una dama sin rival?
Cuando á otras sin competencia
Galanteaba cortés,
Apenas de mes en mes
Se encontraba una pendencia.
Esta, ya ves, es un sol;
Hay rivales pendencieros
Y relucen los aceros
Á la luz de aquel farol.
Sin una dama á quien mienta
Y un rival á quien vencer,
¿Qué mil diablos he de hacer
De mi juventud y renta?

PASQUÍN.

¡Lindo amor á doña Blanca!
¡Vive Dios, linda prudencia!
¿Y fuimos por esa ciencia
Seis años á Salamanca?
Deja el amor de esa niña,
Si has de dar, al conseguirlo,
Por cada requiebro un chirlo,
Por cada flor una riña.

DON FÉLIX.

Me asombra que así te venza
El empeño en que te ves,
Cuando te quedan tus pies
Y tu falta de vergüenza.

PASQUÍN.

Ninguno habrá que me coja
Si escapo; mas, señor mío,
El que está cerca del río
Tarde ó temprano se moja.
Si al fin de tantos rodeos,
Tanto reñir y vencer,
Caemos en el poder
De escribas y fariseos,
Á pesar de su malicia
Tú saldrás muy placentero,
Que se inclina ante el dinero
La vara de la justicia;
Mas yo pagaré, amo mío,
El delito sin segundo
De caminar por el mundo
Con el bolsillo vacío.
Me harán amargas cosquillas

Con el látigo de cuero;
Que á quien Dios no da dinero
El diablo le da costillas.

DON FÉLIX.

Mucho tarda.

PASQUÍN.

Sal de aquí;
Mírala ya con desprecio;
No la sirvas.

DON FÉLIX.

¡Calla, necio!

PASQUÍN.

Mas, señor...

DON FÉLIX.

¿Te callas?

PASQUÍN.

Sí. *(Pausa.)*
¡Ay amo del alma mía!
Dos bultos diviso allí.

DON FÉLIX.

Serán los músicos, sí.

PASQUÍN.

¡Ah, respiro! Ya temía...

ESCENA II.

DICHOS, MÚSICOS y luégo INÉS.

DON FÉLIX.

Ya sabéis: la casa es ésta;
Blanca es su nombre; en el canto

Decid que me da quebranto
Con su tardanza molesta.

(Los músicos cantan, acompañados de algunos instrumentos.)

«Tranquilamente reposa
En dulce sueño Sevilla,
Y clara la luna brilla
En el firmamento azul.
Todos descansan, bien mío,
En tan venturoso instante:
Sólo tu infeliz amante
Gime en amarga inquietud.
Blanca hermosa,
Sal ligera
Y modera
Mi dolor.
Oye plácida
En tus rejas
Dulces quejas
De mi amor.»

DON FÉLIX.

Poco alcanza vuestro arte:
No sale. No; no más gritos.

(Á los músicos que quieren continuar. Luégo les da dinero.)

Ahí tenéis. Idos, malditos,
Con la música á otra parte.

(Vanse los músicos.)

PASQUÍN.

(¡Es mucha la cortesía
De este señor!)

DON FÉLIX.

Me parece
Que en el jardín resplandece

Una luz.

(Se dirige á la ventana.)

PASQUÍN.

¡Por vida mia!
¿Vas á llamar?

DON FÉLIX.

(Dando golpes en la ventana.) Voy á ver...

PASQUÍN.

¿Y si en lugar de tu bella?...

(Don Félix llama otra vez.)

DON FÉLIX.

Un bulto... Sin duda es ella.

INÉS.

Ya van. *(Dentro.)*

PASQUÍN.

Pues disponte á hacer
Una arenga gongorina. *(Abren la ventana.)*

DON FÉLIX.

¿Te agrada el canto de amor?

INÉS.

¡Bah! No ha sonado mejor
Jamás la jacarandina.

DON FÉLIX.

¡Vive Dios! Es la criada.

INÉS.

Pues ¿quién pensabais?

PASQUÍN.

¡Muy bien!

DON FÉLIX.

¡Voto á San!...

INÉS.

¡Ja, ja! También

Á nosotras nos agrada
Escuchar las dulces quejas
Que ausente el amor entona.

PASQUÍN.

Y dice bien: ¿qué fregona
No tiene su par de orejas?

(Desviando á su amo.)

Á mí me toca la acción.

DON FÉLIX.

¿Cómo?...

PASQUÍN.

(Remedándole.) ¿Te callas?

DON FÉLIX.

¡Truhán!

PASQUÍN.

Guarde esta vez el galán
Las costillas del bufón.
Sin tí no tengo reposo.

INÉS.

Ni yo contenta me miro
En tanto que no respiro
Tu aliento espirituoso.

(Pasquín la mira fijamente.)

¿Qué miras?

PASQUÍN.

Bien se repara
Que es ciego el amor aquí,
Porque si él viera, de tí
Yo jamás me enamorara.

INÉS.

¡Bergante!

DON FÉLIX.

(Á Inés.) Dí...

PASQUÍN.

La doncella
Me toca...

DON FÉLIX.

(Le desvia.) Quita, molesto.

PASQUÍN.

¡Oh baldón! ¡Que sufra esto
Á los ojos de mi bella!

DON FÉLIX.

Dime, pues, sin más demora
La causa de no salir...

INÉS.

Mucho os tengo que decir
De parte de mi señora.
Mas siento ruido...

DON FÉLIX.

Sal fuera.

INÉS.

Bien; esperad.

DON FÉLIX.

Aquí estoy.

PASQUÍN.

Pues yo de rabia... me voy
Á hablar con la tabernera. *(Vase.)*

ESCENA III.

DON FÉLIX y luégo INÉS.

DON FÉLIX.

Mucho confía mi amante
En mi paciencia, y me pesa,
Pues juro á Dios que no es esa
Mi virtud más relevante.
Pero que algo ocurra temo,
Y mal en culparla haría,
Que ella ha dado en la manía
De quererme con extremo.

INÉS.

¿Don Félix?

DON FÉLIX.

¿Y doña Blanca?

INÉS.

Después saldrá.

DON FÉLIX.

¡Vive el cielo!
Mucho tarda.

INÉS.

Por su gusto
No aguardarais ni un momento,
Que la infeliz os estima.

DON FÉLIX.

En fin...

INÉS.

En fin, mucho temo
El disgustaros...

DON FÉLIX.

Acaba,
Y evita tanto rodeo.

INÉS.

¿Os enojaréis?

DON FÉLIX.

No. Di.

INÉS.

Pues sabed que quiere el viejo
Casarla.

DON FÉLIX.

¡Viejo maldito!

INÉS.

¿Y Pasquín?

DON FÉLIX.

En el infierno.

INÉS.

¡Jesús!

DON FÉLIX.

Pero ¿ella?...

INÉS.

¡Bribón!

DON FÉLIX.

¿Ella admite?...

INÉS.

Ni por pienso.
Si la tenéis embaída
Con tanto embuste.

DON FÉLIX.

Lo creo.
¿Quién es el galán?

INÉS.

Ninguno
Le conoce.

DON FÉLIX.

¿Cómo es eso?

INÉS.

Hará muy cerca de un mes
Que vino... allá... de Toledo
Un don Pedro de Guzmán,
Amigo muy verdadero
De mi señor, á tratar
Ciertos asuntos de pleitos...
¿Volverá pronto Pasquín?

DON FÉLIX.

En cuanto venga le cuelgo.

INÉS.

¡Pobrecito!

DON FÉLIX.

¡Vive Dios!
Prosigue.

INÉS.

Tiene don Pedro,
Entre otras cosas, un hijo,
Que diz se llama don Diego.
Al ver aquí á doña Blanca
De él se acordó, y conociendo
Que una dama y un galán
Componen un casamiento,
Pidiósela á mi señor,
Quien se la otorgó en secreto;
Con lo que uno quedó alegre,
Y el otro marchó contento.

Anoche, pues, mi señora,
Que ignoraba todo esto,
Á veros se disponía,
Cuando vino á su aposento
Mi señor, que de repente
Le dijo todo el suceso.
Sorprendió tanto á la pobre
El nuevo acontecimiento,
Que ni pudo convenir
Ni oponerse.

DON FÉLIX.

Pues mal hecho.

INÉS.

El novio dentro de poco
Debe llegar.

DON FÉLIX.

No le temo.
¿Y tu señora?

INÉS.

Aguardando
Á que esté dormido el viejo
Para hablaros.

DON FÉLIX.

Dile al punto
Que en la ventana la espero.

INÉS.

Pero... ¿y si viene?...

DON FÉLIX.

¿Te vas?

INÉS.

Pero...

DON FÉLIX.

¿Te vas?

INÉS.

(Hace que se va.)

Voy corriendo.

(Volviendo.)

Si vuelve Pasquín...

DON FÉLIX.

¿Te vas,

Maldita?

INÉS.

Jesús, ¡qué genio!

ESCENA IV.

DON FÉLIX y después PASQUÍN.

DON FÉLIX.

Me luzco, si hoy que se hizo
Público mi galanteo,
Viene á burlar mi deseo
Un amante advenedizo.

(Medita.)

PASQUÍN.

No empujéis. ¡Que atrocidad! *(Dentro.)*

VOZ.

(Dentro.)

¡Salga el borracho de aquí!

VOZ.

(Dentro.)

¡Afuera!

PASQUÍN.

(Dentro.) ¡Triste de mí!

VOCES.

¡Afuera!

PASQUÍN.

¡Por caridad!

(Sale borracho y á impulsos de un empellón.)

DON FÉLIX.

¡Oh! ¡Cuál viene!

PASQUÍN.

Un caballero...
¿Rondará á Inés aquel hombre?
Yo...

DON FÉLIX.

¿Pasquín?

PASQUÍN.

Ese es mi nombre.

DON FÉLIX.

¡Borracho!

PASQUÍN.

Por mi dinero.
Seor galán, os podéis ir
Ó reñiremos.

DON FÉLIX.

Sí á fe.

PASQUÍN.

No, no, que ahora no se ve,
Y nos podemos herir.

DON FÉLIX.

(Cogiéndole de una oreja.)

¡Truhán!

PASQUÍN.
(Sin mirarle.)
Este es mi señor.
DON FÉLIX.
¿Cómo á mi vista te ofreces?
PASQUÍN.
Tú te emborrachas mil veces...
DON FÉLIX.
¿Yo emborracharme?
PASQUÍN.
De amor.
DON FÉLIX.
¿Tan pronto de esa manera?...
PASQUÍN.
Como hace un sol que sofoca,
Fuíme á remojar la boca
En cas de la tabernera.
Comienzo á tomar sudores:
De Inés quejoso y de tí,
Pagaron mi rabia allí
Vino, aguardiente y licores.
Mi bolsa pagar intenta,
La bruja entre sí medita,
Y puso al fin la maldita
Diez y ocho azumbres en cuenta.
Estrecho yo de conciencia,
Tal usura reprendí;
Dimos voces, y de aquí
Sobrevino una pendencia.
Allí se metió un gabacho
Á echarla de juez severo,
Y dió por fallo primero

Que yo me hallaba borracho.
Yo, que tan pronto me enciendo,
Conducido de mi furia
Quise, al oir tal injuria,
Salirme de allí corriendo;
Mas no valieron los piés...
Se cobraron á su gusto...
Y después, ¡oh trance injusto!
Después... atiende... después,
Asiéndome por el talle
El hijo de Barrabás,
Me plantó sin más ni más
De patitas en la calle.

DON FÉLIX.

Atiende, bribón.

PASQUÍN.

¿Qué mandas?

DON FÉLIX.

Mi dama viene á la reja:
Juro arrancarte una oreja
Si en saliendo, te desmandas.

PASQUÍN.

¿Y qué más?

DON FÉLIX.

Tú con cautela,
Mientras esté en la ventana,
En esa esquina cercana
Te pones de centinela.

PASQUÍN.

¿Y qué más?

DON FÉLIX.

Si algun canalla

Mal intencionado viene
Á escuchar, se le detiene
Con la espada.

PASQUÍN.

¿Y qué más?

DON FÉLIX.

Calla.

PASQUÍN.

Una duda se me ocurre
Acerca del detener;
Y digo...

DON FÉLIX.

¡Por Lucifer,
Borracho, que ya me aburre
Tu plática sempiterna!

PASQUÍN.

Pero...

DON FÉLIX.

Vete.

PASQUÍN.

Sin rodeo.
(¡Jesús! Se pone más feo
Que el hombre de la taberna.)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA BLANCA é INÉS.

Don Félix y Pasquín en la calle: Blanca é Inés en la ventana: la última habrá sacado una luz.

DOÑA BLANCA.

Inés, alerta.

INÉS.

Consiento.

DOÑA BLANCA.

¿Don Félix?

DON FÉLIX.

El cielo os guarde.
Despues de largo tormento
Logro por fin un contento
Concedido mal y tarde.

DOÑA BLANCA.

No es esta ocasión de enojos:
Si te he causado despecho,
Á dejarte satisfecho
Baste el llanto de mis ojos,
Baste el dolor de mi pecho.
¿Sabes?...

DON FÉLIX.

Sí, todo lo sé,
Que Inés me trajo la nueva.

DOÑA BLANCA.

En esta ocasión podré
Tener, Félix, una prueba
De tu constancia y tu fe.
Si al fin mi padre me humilla
Dándome al hombre á quien llama
De tu opinión en mancilla,
Mañana dirá Sevilla
Que te han quitado la dama.
¿Podrás tú ver satisfecho?...

DON FÉLIX.

Sosiégate, Blanca amada;
Para calmar tu despecho

Tengo valor en el pecho
Y traigo en el cinto espada.

DOÑA BLANCA.

¡Eso no! *(Asustada.)*

DON FÉLIX.

¿Me amas?

DOÑA BLANCA.

¡Impío!
¿No has conocido bastante
Este ciego desvarío
Que, llenando el pecho mío,
Se retrata en el semblante?

DON FÉLIX.

¡Blanca hermosa! (Me decido.)
¿Ese don Diego Guzmán?...

DOÑA BLANCA.

No es de nadie conocido.

DON FÉLIX.

Pues en eso, bien querido,
Estriba todo mi plan.

DOÑA BLANCA.

Explícate.

DON FÉLIX.

No te asombre.
Por no ceder á ese hombre
El bien que adoro sin tasa,
Apropiándome su nombre
Pienso venir á tu casa.
Tú me informas: el anciano
Me tomará por don Diego;
Embrollo; me da tu mano;
Nos casamos... y que luego

Venga el mozo toledano.

DOÑA BLANCA.

¿Qué intentas?

DON FÉLIX.

En mí confía:
Triunfaré sin duda alguna,
Que siempre fué, Blanca mía,
Del amor y la osadía
Protectora la fortuna.

DOÑA BLANCA.

Quizá logremos vencer
Á mi padre.

DON FÉLIX.

Considero
Que si es noble y caballero,
Habrá de satisfacer
El compromiso primero.

DOÑA BLANCA.

Pero ¿no adviertes?...

DON FÉLIX.

Advierto
Que si me abandona Dios
Y soy al fin descubierto,
Quedará en el campo muerto
Un amante de los dos.

DOÑA BLANCA.

¡Ay Félix!

DON FÉLIX.

Cese tu afán,
Que si es hombre de valor
El toledano galán,
No se cambia por Guzmán

Don Félix Sotomayor.
Venga: ¿y bien? Una estocada
Pondrá fin á la cuestión.
Ya veremos cuál espada
Está mejor enseñada
Á buscar el corazón.

DOÑA BLANCA.

Ignoras ¡ay! la violencia
De mi angustioso quebranto
Cuando expones la existencia.

DON FÉLIX.

(Me remuerde la conciencia
Al ver que me quiere tanto.)
Mi riesgo agradarte debe,
Pues tu amor me lo ocasiona.

DOÑA BLANCA.

¿No miras?...

DON FÉLIX.

Miro que en breve
Podrá tal vez ser aleve
La que tanto reflexiona.

DOÑA BLANCA.

Calla, por Dios: hazlo así;
Yo mi permiso te doy;
Que en mi ardiente frenesí
Dichosa seré, si soy
Desventurada por tí.

(Óyese ruido de espadas.)

PASQUÍN.

¡Ay Vírgen santa! ¡Qué estruendo!
Estar aquí no conviene.
¿Señor?

DON FÉLIX.

¡Borracho!

PASQUÍN.

Acá viene
Un ejército riñendo.

DON FÉLIX.

Aparta.

PASQUÍN.

Sí, viene gente.
¡Hoy dan de mi vida fin!

DON FÉLIX.

Válgame el cielo, Pasquín;
Ni borracho eres valiente.

DOÑA BLANCA.

Pues tiene razón. ¿Rumores
No escuchas, Félix?

DON FÉLIX.

Advierto
De espadas el choque incierto.

PASQUÍN.

¡Ay! Yo tirito.

ESCENA VI.

DICHOS, DON DIEGO y tres LADRONES.

Don Diego entra luchando con los tres ladrones, que le acuchillan.

DON DIEGO.

¡Traidores!
¡Tres contra uno!

DON FÉLIX.

Sin duda...

DOÑA BLANCA.

¡Detente!

DON FÉLIX.

Corro ligero.
¡Valor, valor, caballero,
Que ya un hidalgo os ayuda!

PASQUÍN.

Corramos.

DOÑA BLANCA.

¡Qué desventura!

PASQUÍN.

¡Aquí esconderme no puedo!...
(Quiere huir, tropieza y cae.)
¡Ay! Con el vino y el miedo
Me está dando calentura.

DON FÉLIX y DON DIEGO.

¡Cobardes, atrás!

INÉS.

(Llegando precipitadamente.) De aquí
Debes marcharte ligera:
Si al ruido de la quimera
Tu padre baja...

DOÑA BLANCA.

¡Ay de mí!
Cierra, Inés.

INÉS.

Ya cierro. Vete.

PASQUÍN.

¿Cuántos habrán muerto?

LOS LADRONES.

¡Huyamos! *(Huyen.)*

PASQUÍN.

Ya me parece que estamos
En las uñas de un corchete.

(Don Félix y Don Diego se adelantan envainando.)

DON DIEGO.

Huyó, por fin, la canalla.
Mil gracias.

DON FÉLIX.

¿Sois forastero?

DON DIEGO.

Habéis mostrado un acero
Digno de mejor batalla.

DON FÉLIX.

¿Salisteis solo?

DON DIEGO.

Salí
Del mesón con mi criado.
(Mirando á todos lados.)
El truhán me ha abandonado...
No me sorprende.

PASQUÍN.

Ni á mí.

DON DIEGO.

Muy corteses, ¡voto á Sanes!
Me acogen en vuestra tierra:
Hoy llego y hoy me hace guerra
Una turba de rufianes.

DON FÉLIX.

Si hay rufianes que os ofendan,
Para borrar su mancilla
Halláis también en Sevilla
Caballeros que os defiendan.

DON DIEGO.

Tenéis razón, á fe mía:
Perdonad mi indiscreción.

DON FÉLIX.

Ensanchad el corazón,
Que estáis en Andalucía.

DON DIEGO.

¡Oh! Mucho sin duda gano
Mi tierra en abandonar,
Si por vos he de juzgar
Todo el pueblo sevillano.

DON FÉLIX.

Hallaréis en este espejo
Beldades para el amor,
Mil lances para el valor,
Y amigos para el consejo.

DON DIEGO.

Juro que ya me aficiona,
Por muestra de Andalucía,
Vuestra arrogante hidalguía
Y esa espada que la abona.
Hidalgo, desde hoy contad
En cualquier lance ó contienda
Con mi espada, con mi hacienda,
Y con mi franca amistad.

DON FÉLIX.

Tengo espada de Toledo,
Y hacienda no me hace falta:
Sólo, por prenda más alta,
Con vuestra amistad me quedo.

DON DIEGO.

Y que me daréis no dudo

La vuestra, que me complace;
Que el firme cariño nace
Con el acero desnudo.

DON FÉLIX.

La tendréis ¡voto á la Cruz!
Hidalgo, mientras yo viva.

DON DIEGO.

(El corazón me cautiva
Este gallardo andaluz.)
Si dais licencia...

DON FÉLIX.

Decid.

DON DIEGO.

Me retiro.

DON FÉLIX.

Nada de eso;
Mi amistad os tiene preso.

DON DIEGO.

Lo agradezco, pero...

DON FÉLIX.

Oíd.
Cuando un andaluz galante
Os quiera un obsequio hacer,
El modo de agradecer
Es admitirlo al instante.

(Don Diego quiere replicar.)

Silencio ya, ¡vive Dios!
Seguidme, que mi posada
Se dará por muy honrada
Con un huésped como vos.
Vuestros mañana serán
Los amigos que poseo,

Y oprimiréis en paseo
Mi más valiente alazán.
Os presentaré á mi dama
Para que á Dios alabéis,
Y un consejo me daréis
Acerca de cierta trama.

DON DIEGO.

Y yo también de una bella
Quiero que me habléis.

DON FÉLIX.

Sin tasa
Hablaremos en mi casa
Delante de una botella.

DON DIEGO.

Acepto vuestro convite
Esta noche. Mi criado...

DON FÉLIX.

Que le busque ese menguado,
Si el vino se lo permite.

PASQUÍN.

¿Por qué señas su presencia
Podré yo reconocer?
¿Uno que sabe correr
En habiendo una pendencia?

DON DIEGO.

Sí.

PASQUÍN.

¿Feo?

DON DIEGO.

Sí.

PASQUÍN.

¿Borracho?

DON DIEGO.

Sí.

PASQUÍN.

¿Ladronzuelo?

DON DIEGO.

Á no dudarlo.

PASQUÍN.

Entonces, no hay que buscarlo:
Aquí me tenéis á mí.

DON DIEGO.

¿Vamos?

DON FÉLIX.

Seguidme.

(Hacen que se van.)

DON DIEGO.

Tened.
Sepamos antes los dos
Quién es vuestro huésped, vos,
Y yo, quién me hace merced.

DON FÉLIX.

Advertencia muy honrada.
Don Félix Sotomayor
Es el que tiene el honor
De ofreceros su posada.

DON DIEGO.

Y por trato tan galán,
Que con mi silencio alabo,
Desde hoy tenéis un esclavo
En don Diego de Guzmán.

DON FÉLIX.

¡Vos! ¿Sois vos?...

DON DIEGO.

¿Qué os maravilla?

DON FÉLIX.

¡Ah! De mi suerte reniego.
Con mala estrella, don Diego,
Habéis entrado en Sevilla.

DON DIEGO.

¿Qué decís?

DON FÉLIX.

Lo cierto digo.

DON DIEGO.

En mi daño, ¿qué teméis?

DON FÉLIX.

Delante, Guzmán, tenéis
Vuestro mayor enemigo.

DON DIEGO.

¿Vos mi enemigo?

DON FÉLIX.

De muerte.

DON DIEGO.

No alcanzo por qué razón.

DON FÉLIX.

Aunque pesa al corazón,
Así lo manda la suerte.
Si vuestra vida estimáis,
Sin hablar á la de Castro,
Á la luz del mismo astro
Aconsejo que os volváis
Á Toledo.

DON DIEGO.

¡Vive Dios,
Que el lance va siendo serio!

Pronto explicad el misterio
Que haya entre nosotros dos.

DON FÉLIX.

¿No llegáis á comprender?...

DON DIEGO.

Aunque no todo el asunto,
Por lo que alcanzo, barrunto
Que es mengua el obedecer.

DON FÉLIX.

No fuera mucha nobleza
Volverse; bien sospecháis.

PASQUÍN.

(Yo sospecho que acabáis
Por romperos la cabeza.)

DON DIEGO.

Hablad, y cese mi afán.

DON FÉLIX.

Sabed que Sotomayor
También pretende el amor
De Blanca.

DON DIEGO.

¿Y creéis que Guzmán
Tan poco estima su fama,
Que se volverá soltero
Porque un cualquier caballero
Esté queriendo á su dama?

DON FÉLIX.

Y siendo tan pura y bella,
¿Pensáis que dejarla puedo
Porque un galán de Toledo
Venga á enamorarse de ella?

DON DIEGO.

Siento que seais mi rival,
Que está obligado mi pecho.

DON FÉLIX.

Mi deber he satisfecho;
No hay obligación.

DON DIEGO.

Sí tal.

DON FÉLIX.

Yo defendí con afán,
Como noble y bien nacido,
Á un hombre desconocido,
No á don Diego de Guzmán.
Conociéndoos, de igual suerte
Batiera á la vil canalla,
Porque en más noble batalla
Mis celos os dieran muerte.
Pues mi conducta leal
Tan rara os parece, vos
Lo contrario ¡vive Dios!
Hicierais en caso igual.

DON DIEGO.

¡Que yo lo contrario haría!
¡Vive Cristo, que á esa mengua
De acero con muda lengua
Contestará mi hidalguía!

DON FÉLIX.

La espada al punto sacad.

DON DIEGO.

Y pues lo manda la suerte...

DON FÉLIX.

En los brazos de la muerte

PASQUÍN.

¡Valedme, San Bruno!

(Salen á la ventana Blanca é Inés con luces.)

INÉS.

Él es.

DOÑA BLANCA.

¿Don Félix?

INÉS.

El mismo, sí.

PASQUÍN.

¡Maldito el vino, que así
Me ha entorpecido los pies!

(Flora sale con luz á la ventana que cae á la calle de la izquierda.)

VOZ.

(Dentro.)

Haced completo registro.

PASQUÍN.

¡Huyamos! ¡Oh Dios! ¿Qué veo?
(Retrocediendo.)
Aquel hombre, por lo feo,
Tiene que ser un ministro.

(Varios balcones se iluminan.)

DOÑA BLANCA.

¡Cielos!

PASQUÍN.

Tenemos mal rato.

VOZ.

(Dentro.)

Allí suena la refriega.

DON FÉLIX.

¡Voto á los diablos, que llega

La justicia... y no le mato!

(Pelea con más esfuerzo y da una cuchillada en la cabeza á don Diego, que cae debajo de la ventana en que está Flora.)

DON DIEGO.

¡Ay de mí!

DOÑA FLORA.

¡Jesús mil veces!

DOÑA BLANCA.

Saltad, saltad al jardín.

PASQUÍN.

Señora, ¿y también Pasquín?

DOÑA BLANCA.

Aparta.

PASQUÍN.

(Haciendo por subir á la ventana.)

Escuchad mis preces.

(Doña Blanca lo empuja y cae.)

¡Ay! ¡Ay!

DON FÉLIX.

La justicia acude.

DOÑA BLANCA.

¡Ah! subid...

DON FÉLIX.

Blanca, tu mano.

(Blanca le da la mano y él sube á la ventana, sirviéndole de escalón el cuerpo de Pasquín.)

PASQUÍN.

¡Mi espalda!

DON FÉLIX.

¡Calla, villano!

DOÑA BLANCA.

Cierra pronto. *(Á Inés.)*

PASQUÍN.

¡Dios me ayude!

ESCENA VII.

PASQUÍN, un ALCALDE, un ESCRIBANO
y dos CORCHETES.

El alcalde y el escribano, por la calle de la izquierda:
los corchetes, por la de la derecha.

ALCALDE.

Venid corriendo.

ESCRIBANO.

Allá voy.

ALCALDE.

Aquí hay un muerto.

ESCRIBANO.

¡Favor!

CORCHETE.

Este será el matador.
(Cogiendo á Pasquin por el pescuezo.)

PASQUÍN.

¡Yo matador! ¡Si yo soy
El muerto!

ALCALDE.

Sin más rodeos
Llevadle.

PASQUÍN.

¡Oh Dios!

ALCALDE.

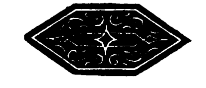
Ruegos vanos;
Llevadle.

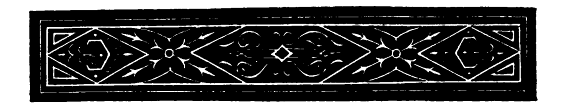
PASQUÍN.

Ya dí en las manos
De escribas y fariseos.

(Llévanselo á empellones.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

Jardín iluminado por la luna. En el fondo dos puertas que conducen á lo interior de la casa: encima, un balcón. Á la derecha una ventana y una puertecilla que conduce á la calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA é INÉS.

DOÑA BLANCA.

No seques, por compasión,
El llanto que me acompaña,
Que ocultas lágrimas son
Veneno en que el corazón
Continuamente se baña.
Siento gozo en padecer,
Porque mientras más padezco,
Menos pienso que merezco
Su liviano proceder.
¡Cuánto su olvido me cuesta!

INÉS.

Tú has causado tu dolor
Con tu sumisión funesta.

DOÑA BLANCA.

Quien su amor no manifiesta,
No goza, Inés, en su amor.

INÉS.

Ocultárselo imagino
Que imposible te sería;
Pero conviene, á fe mía,
Mostrar el amor con tino.

DOÑA BLANCA.

¡Ay! Un engaño tan negro
¿Quién á sospecharlo llega?
Le adoro: si anduve ciega,
De mi ceguedad me alegro;
Que así feliz he gozado
En su fingida ternura,
Y al menos tendré ventura
En recordar lo pasado.

(Pausa.)

Habla; dime algo que dé
Alimento á mi esperanza.
¿Ningún remedio se alcanza
Á mi dolor?

INÉS.

Yo ¿qué sé?

DOÑA BLANCA.

Tú á don Félix, ¿qué le oíste
Después del combate—dí—
Cuando se apartó de mí
En aquella noche triste?

INÉS.

Temo que crezca tu pena
Si te digo...

DOÑA BLANCA.

Yo te ruego...

INÉS.

¿Para que tengamos luégo
Nuevos llantos?

DOÑA BLANCA.

No: serena
Me verás. No hay amarguras
Que más tormento me den:
Este es el único bien
Que tienen mis desventuras.

INÉS.

Don Félix la noche aquella
En esta cuadra cercana,
Estuvo viendo á tu hermana,
Y se ha enamorado de ella.
Ya le escribió su pasión
Y...

DOÑA BLANCA.

Ten piedad de mi mal.
¿No ves que estás un puñal
Clavando en mi corazón?
¿Qué causa amándole dí
Á tan bárbaro desvío?
Es un traidor, un impío...
¿Es verdad, Inés?

INÉS.

Sí, sí.

DOÑA BLANCA.

Pero mi hermana, mi Flora,
¿Así mi desdicha labra?
Díme, Inés...

INÉS.

Ni una palabra

El que él difunto creía.

DOÑA BLANCA.

¿Y persiste el fementido
En su odioso proceder?

INÉS.

Esta noche viene á ver
El éxito que ha tenido
Una carta que envió
Á tu hermana por mi mano.

DOÑA BLANCA.

¡Y proceder tan villano
Queda sin venganza!

INÉS.

Yo,
Si me hallara en tu lugar,
Al ver tal alevosía,
Otro galán tomaría,
Y pelillos á la mar.

DOÑA BLANCA.

¡Y en vez de irritarme, lloro!
¡Oh baldón! Diera mi nombre
Por aborrecer á ese hombre
Tanto, Inés, como le adoro.

INÉS.

Quizá consigas su amor...

DOÑA BLANCA.

Acaba. ¿Cómo?

INÉS.

¡Qué afán!
Fingiendo un nuevo galán
Y ocultando tu dolor.

DOÑA BLANCA.

Entonces...

INÉS.

¡Qué disparates!
Don Félix te enamoraba,
Porque en tus rejas hallaba
Todas las noches combates.
Nadie te pretende ahora,
Y harto ya de tus dulzuras,
En pos de más aventuras
Está enamorando á Flora.

DOÑA BLANCA.

¡Ay de mí! Tienes razón;
Me enamoró por capricho:
Más de una vez me lo ha dicho
Mi angustiado corazón.
¡Infeliz! *(Llora.)*

INÉS.

Señora, calla:
Á tu padre estoy oyendo.

DOÑA BLANCA.

Es verdad, sí: voy corriendo,
Que en su aposento se halla
Esperándome hace un rato.

INÉS.

No te debes detener.

DOÑA BLANCA.

¡Ay! Loca me ha de volver
Este cariño insensato. *(Vase.)*

INÉS.

Quisiera yo querer tanto
Á Pasquín; pero no puedo.

ESCENA II.

INÉS y PASQUÍN.

Éste entra precipitadamente por la puertecilla.

PASQUÍN.

¡Uf, vade retro, fantasma!

INÉS.

¡Jesús! *(Asustada.)*

PASQUÍN.

¡Dios Santo!

(Asustado del movimiento de Inés.)

INÉS.

¿Qué veo?

¡Es Pasquín!

PASQUÍN.

El mismo soy,

Si no me engaño.

INÉS.

Por feo

No te equivocas con nadie.

Y ¿quién te persigue?

PASQUÍN.

Un miedo

Que se palpa.

INÉS.

¿Miedo?

PASQUÍN.

Inés,

No puedo hablar. ¡Ay! el muerto

Me acosa por todas partes;

Siempre conmigo le llevo,
Amarillo, ensangrentado,
Y acercándose derecho
Sin dar pasos. En la calle
Le he visto en este momento.
¡Pasquín! retumbó en mi oído;
¡Pasquín! el espacio hueco
Repite; y Pasquín el pobre
Tiembla, tirita, y su cuerpo
Se afloja todo, y parece
Un azogado y un lelo.

INÉS.

Y díme, ¿has hecho el encargo
De las llaves? Dí, jumento.

PASQUÍN.

¡Ay, mi bien, qué enfermedad
Tan pegajosa es el miedo!
Atiende; anoche... ¡Qué lance!
¡Qué temblor!

INÉS.

Eso no es nuevo.

PASQUÍN.

Solo en la calle me hallaba;
Sevilla estaba en silencio,
Cuando oigo cerca de mí
Ronco y prolongado estruendo:
Yo, cual figurarte puedes,
Salí corriendo ligero;
Mas me paro en la otra calle,
Y vuelvo á escuchar lo mesmo.
Corro y corro; llego á casa
Y me encierro en mi aposento:

El ruido volvió á sonar,
Pero advertí más sereno
Que eran mis tripas hambrientas
Revolviéndose en el cuerpo.

INÉS.

Y dí, ¿cómo te han soltado
Los alguaciles?

PASQUÍN.

Yo creo
Que el muerto les hablaría,
Y...

INÉS.

Pero, borracho...

PASQUÍN.

Pero,
Habladora, ¿cómo, pues,
Lo explicas tú?

INÉS.

¡Bah! Si olieron
Que tú careces de doblas
Para pagar el proceso,
Al muerto harían decir
Que no eres tú quien lo ha muerto,
Por buscar un matador
Á quien sacar más dinero.

PASQUÍN.

Me has convencido.

INÉS.

¿Y las llaves?

PASQUÍN.

¿Las llaves? ¡Ah! Ya las tengo.

(Se las va dando.)

Una, dos, tres, cuatro, cinco,
Seis.

INÉS.

Cabales.

PASQUÍN.

Y ¿á qué efecto?...

INÉS.

¿Le vendrán bien á esta puerta?

PASQUÍN.

Sí: por la suya se han hecho.

(Inés cierra la puerta.)

INÉS.

Cada una ha de valerme
Una bolsa cuando menos...

PASQUÍN.

¿Cómo?

INÉS.

El amor de mis amas
Es una mina.

PASQUÍN.

Ya entiendo.

INÉS.

Hay generosos galanes...

PASQUÍN.

Vamos, el jardín es templo
Del amor... y al que te paga...

INÉS.

La contraseña, y adentro.

(Mostrando una llave.)

PASQUÍN.

¿Luego hay seis?...

INÉS.

No, pero siempre
Es bueno tener repuesto.
¡Bribón! Así nuestras bodas
Se harán. ¿No adviertes?...

PASQUÍN.

Sí; advierto
Que si tu amo don Juan
Llega á saber el enredo,
Con cualquiera de esas llaves
Te puede abrir el infierno.
Mucho sintiera habitarlo,
Que allí sin duda está el muerto.

INÉS.

¡Qué tonto! Si aquel hidalgo...

(Llaman á la ventana.)

¿No llamaron?

PASQUÍN.

¡Santo cielo!
Huyamos de aquí.

INÉS.

Yo voy...

(Pasquín la detiene.)

PASQUÍN.

¿Y tienes atrevimiento?...

INÉS.

Calla.

PASQUÍN.

Escóndeme.

INÉS.

Pues véte

Á la cocina.

PASQUÍN.

Corriendo.
¡Qué olor á azufre! *(Vase.)*

ESCENA III.

INÉS y DON FÉLIX.

Éste á la ventana.

INÉS.

¿Don Félix?

DON FÉLIX.

El mismo soy. Dime presto:
¿Qué te ha dicho doña Flora?

INÉS.

(Aun no la he visto: un enredo
Le diré...)

DON FÉLIX.

¿No me respondes?

INÉS.

Le encarecí vuestro afecto.

DON FÉLIX.

¿Pero ella...?

INÉS.

Le ponderé
Vuestra gentileza.

DON FÉLIX.

Bueno.
¿Pero ella?...

INÉS.

¿Ella?... Sin duda—
Se lo conocí en el gesto—

DON FÉLIX.

¿Qué?

INÉS.

Sin duda iba á decirme
Que os amaba con extremo,
Cuando la llamó su padre,
Y se calló.

DON FÉLIX.

¡Vive el cielo!
¿Y no saldrá á la ventana
Esta noche?

INÉS.

No, que el viejo
Os vió; sospecha y está
Continuamente en acecho;
Pero entraréis.

DON FÉLIX.

Y ¿por dónde?

INÉS.

Quien vela en servicio vuestro
Hizo esta llave al jardín.
Tomadla.

DON FÉLIX.

Gracias.

INÉS.

Por cierto,
Que aprovechando la urgencia,
Me ha robado el cerrajero.

DON FÉLIX.

Eso comience á mostrarte
Mi mucho agradecimiento.

(Dándole una bolsa.)

INÉS.

Gracias.

DON FÉLIX.

Haz tú por que baje.

INÉS.

Descuidad.

DON FÉLIX.

Pues hasta luégo.

ESCENA IV.

INÉS y después DOÑA FLORA.

INÉS.

¡Buen principio! No es escaso
El tráfico que ahora emprendo.
Si de este modo las vendo,
Á la tercera, me caso.

DOÑA FLORA.

¡Jesús, qué aburrida!

INÉS.

¡Hola!

DOÑA FLORA.

¿Aquí estabas?

INÉS.

¿Qué traías?

DOÑA FLORA.

Hace, Inés, algunos días

Que gusto de hallarme sola.

INÉS.

Y ¿por qué?

DOÑA FLORA.

No sé por qué,
En todas partes me apuro.

INÉS.

¿No lo sabes?

DOÑA FLORA.

Te aseguro
De verdad que no lo sé.

INÉS.

Amor...

DOÑA FLORA.

¿Amor?

INÉS.

Sí, señora:
Comienza en tí de ese modo.

DOÑA FLORA.

¿Habrá sanado del todo?
¿No le has visto, Inés?

INÉS.

Ahora
Acábase de marchar.

DOÑA FLORA.

¿El galán que yo he curado?

INÉS.

Al contrario: el que has llagado
Y á quien no quieres curar.

DOÑA FLORA.

Del otro te hablo.

INÉS.

Sospecho
Que le curaste la llaga,
Y que ese bribón, en paga,
Hirió tu cándido pecho.

DOÑA FLORA.

Nunca dejo de pensar
En tan gentil caballero,
Y he llegado á recelar...

INÉS.

¿Qué recelas?

DOÑA FLORA.

Que le quiero
Sin poderlo remediar.

INÉS.

¡Me gusta!

DOÑA FLORA.

Después ¡ay triste!
Se marchó con la justicia;
Y aunque en hablarme persiste,
Ninguna ocasión propicia
Ha logrado.

INÉS.

¿Y no le viste?

DOÑA FLORA.

Todas las noches ufana
Admiro su lindo talle
Al verle rondar la calle
Delante de esa ventana.
Y anoche...

INÉS.

Dí: ¿qué pasó?

DOÑA FLORA.

No; tengo mucho reparo...

INÉS.

Bien puedes hablarme claro,
Que á nadie lo diré yo.

DOÑA FLORA.

Si no lo sabes callar
No habrá cosa que te fíe,
Que luégo Blanca se ríe,
Haciéndome á mí llorar.
Encendida anoche dejo
La luz que á bajar me ayuda;
Pasa mi...

INÉS.

Amante.

DOÑA FLORA.

Y sin duda
Me reconoce al reflejo;
Se acerca; á llamar comienza
Á la ventana...

INÉS.

¿Sí?

DOÑA FLORA.

Sí.

INÉS.

Entonces tú...

DOÑA FLORA.

Me escondí,
Porque me daba vergüenza.

INÉS.

¡Vergüenza!

DOÑA FLORA.

Sí: de repente
Él gracias me hubiera dado,
Y yo no hubiera acertado
Á contestarle.

INÉS.

¡Inocente!
Mas siento pasos...

DOÑA FLORA.

Es cierto.
Pues asómate, y después...

INÉS.

Ven tú conmigo.

(Acércanse á la ventana.)

DOÑA FLORA.

Sí, él es.

INÉS.

Pues ya nos ha descubierto,
Y se aproxima.

DOÑA FLORA.

¡Ay de mí!
Quítate de la ventana.

INÉS.

Bien puedes, sin ser liviana,
Hablarle un momento aquí.

DOÑA FLORA.

Ni un segundo.

INÉS.

¡Que te venza
Reparo tan descortés!

(Llamando.)

¿Hidalgo? ¡Chis!...

DOÑA FLORA.

Calla, Inés,
Que me muero de vergüenza.

ESCENA V.

DICHAS y DON DIEGO.

Éste á la ventana.

DON DIEGO.

¿Es engaño? ¿Es verdad? ¿Me habéis llamado?
¡Repetídmelo vos!

DOÑA FLORA.

Esta criada
Os llamó sin que yo dijese nada.

DON DIEGO.

¿Por qué impedís, espejo de mis ojos,
Que sumiso, en despojos
El alma rinda á vuestras bellas plantas,
Pagando fiel obligaciones tantas?
Reparad, dulce prenda, que es mal hecho
Sanar la frente para herir el pecho.

DOÑA FLORA.

(¿Lo ves, Inés? ¡Maldita tu llamada!
Ya no sé qué decir; ya estoy turbada.)

INÉS.

(No te apures, señora, de ese modo,
Que ese palmito se lo dice todo.)

DON DIEGO.

¿Y por qué no me deja
Vuestro rigor impío

Explicaros, bien mío,
Mi casto amor en apartada reja?

DOÑA FLORA.

Estas noches... (Inés, díme tú algo.)

INÉS.

(Dí que cenastes mucho y te has dormido.)

DOÑA FLORA.

(Cállate.) Buen hidalgo,
Si no salí, con la intencion ha sido
De que teniendo vuestro noble pecho
Más tiempo mi favor no satisfecho,
Estuviera más tiempo agradecido.

INÉS.

(¡Muy bien, muy bien!)

DON DIEGO.

No vengo, vida mía,
Á pagar tu piedad, piedad impía,
Si á costa de mi vida
Sanó tu mano mi reciente herida:
Busco ansioso tu cándida presencia,
Porque lejos de tí se me figura
Que falta alguna cosa á mi existencia.

DOÑA FLORA.

(Inés, ¡ves qué discreto!)

INÉS.

(Escuchando.) (Siento ruido.
Quizá tu padre... Ven.)

(Queriendo apartarla de la ventana.)

DOÑA FLORA.

(Todo lo olvido
Oyéndole.) *(Á Inés, rechazándola.)*

INÉS.

(Remedándola.) (¡Maldita tu llamada!
Ya no sé qué decir; ya estoy turbada.)

DOÑA FLORA.

¿Y vuestra herida?

DON DIEGO.

Sano desde ahora
Saldré con vuestra vista seductora.

INÉS.

No es lo peor, hablando con franqueza,
Que al galán le rompieran la cabeza,
Sino que mi señor, que dista un paso,
Por un fatal acaso,
Venga y descubra tu cariño ciego,
Y que á nosotras nos la rompa luégo.

DON DIEGO.

Ah! ¡Qué escucho, mi bien! ¿Amado soy?
¿Tanta dicha logré? ¡Soñando estoy!
Repetidlo.

DOÑA FLORA.

(¡Jesús! ¿Por qué le has dicho?...
Tú quieres sofocarme.)

INÉS.

(Buen capricho.
¡Si al fin lo ha de saber!)

DOÑA FLORA.

Mas...

INÉS.

Caballero,
Os ama y bien; pero también la asusta
Veros aquí más tiempo.

DON DIEGO.

¡Suerte injusta!
Me marcho, sí; mas ¿cuándo sin enojos
Podré mirar vuestros divinos ojos?

DOÑA FLORA.

¿Escuchas? *(Sintiendo ruido.)*

DON DIEGO.

Luego...

DOÑA FLORA.

En el jardín estoy. *(Vase.)*

DON DIEGO.

Loco de amor y de esperanza voy.

ESCENA VI.

INÉS y DON DIEGO.

INÉS.

¿Chis?

DON DIEGO.

¿Me llamas?

INÉS.

Sin duda, y le aconsejo
Que no venga á la reja, porque el viejo
Registrará la calle, y si lo advierte,
Encerrará á las niñas.

DON DIEGO.

¡Dura suerte!

INÉS.

(Y así me priva de mi rica hacienda.)
Sin que nadie lo entienda
Entrad en el jardín.

DON DIEGO.

¿Cómo?

INÉS.

Esa llave,
Que hecha está para vos, el medio sabe.

DON DIEGO.

¡Oh ventura! Ten. *(Le da una bolsa.)*

INÉS.

Gracias.

DON DIEGO.

Cuanto valgo
Es tuyo. Adiós te queda. *(Vase.)*

INÉS.

Él acompañe al generoso hidalgo.

ESCENA VII.

INÉS y PASQUÍN.

Este vestido de galán ridículamente y dándose importancia. Se nubla la luna y el teatro se oscurece.

INÉS.

¡Dos bolsas! ¡Dichosas llaves!

PASQUÍN.

Dios bendiga á la fregona.

INÉS.

Advertid... Pero ¿qué veo?
Es Pasquín.

PASQUÍN.

Y á mucha honra.

INÉS.

Esa ropa es de mi amo.

PASQUÍN.

¿Y á vuesarced qué le importa?

INÉS.

Mira lo que me han valido
Dos solamente.

PASQUÍN.

En buen hora.

INÉS.

¿Qué tienes? *(Acercándose á él.)*

PASQUÍN.

Quita, y excusa
Confianzas enojosas.

INÉS.

¿Estás borracho?

PASQUÍN.

¡Doncella!
Yo no he probado ni gota.

INÉS.

Pues...

PASQUÍN.

Ya conoce tu ama
El garbo de mi persona,
Y me ha cobrado afición,
Como este traje denota.
Busca otro novio.

INÉS.

¡Bergante!
No me lo digas ni en broma,
Ó juro...

PASQUÍN.

Cierre los labios
La fregatriz habladora.

INÉS.

¡Yo fregatriz!

PASQUÍN.

(¡Santo cielo,
Si ella sabe!...)

INÉS.

¿Y me abandonas?

PASQUÍN.

(¿Qué dirá cuando me vea
Con esta lacaya indómita?)

INÉS.

¿Y has pensado?...

PASQUÍN.

¡Qué bochorno!

INÉS.

¿Que será sin que te rompa
La cabeza? ¡Vil!

DOÑA BLANCA.

¿Inés? *(Entrando.)*

ESCENA VIII.

DICHOS, y DOÑA BLANCA.

INÉS.

Este borracho, señora,
Con ese traje...

DOÑA BLANCA.

Yo misma

Se lo di.

PASQUÍN.

¡Bendita boca!

INÉS.

(¡Esto más!) Y ¿no advertís?...

DOÑA BLANCA.

Advierto que soy gustosa
En ver á Pasquín galán.

INÉS.

(¡Ay!)

PASQUÍN.

¿No lo dije, bribona?

INÉS.

Pero, señora, don Félix
Puede venir.

DOÑA BLANCA.

¿Qué me importa?
Retírate.

INÉS.

(¡Cielo santo,
Se quieren quedar á solas!)

PASQUÍN.

¿No escuchas que te retires?
¿No estás viendo que incomodas?

INÉS.

¡Infame!

PASQUÍN.

Calla. Excusad *(Á Blanca)*
Confianzas enojosas
De criadas... mal criadas.

INÉS.

Yo...

DOÑA BLANCA.

Vete.

PASQUÍN.

Vete á las ollas.

INÉS.

(¡Si me valiera!... Escondida
Los oiré. ¡La virtuosa
Es ésta!... ¡Por vida mia!...)

(Se esconde detrás de un árbol.)

DOÑA BLANCA.

(Sepa que si él me abandona
Tambien le olvido... y así
Quizá los celos...)

PASQUÍN.

Hermosa,
¿Puedo saber por qué has puesto
Tan galana mi persona?
Yo no ignoro, reina mía,
Que las grandes señoronas
Tienen su alma en su almario
Como cualesquiera mozas.
Y si mis cuartos te agradan,
Y si yo... Más que una rosa
Eres de bonita.

DOÑA BLANCA.

Vuélvete.

(Lo examina por la espalda.)

(No hay duda; se le equivoca
De noche con un galán.
¡Oh, qué impaciencia!)

PASQUÍN.

(¿Qué cosa

Tendré yo atrás tan bonita
Que la enamore?)

DOÑA BLANCA.

No asoma
Ninguno.

PASQUÍN.

Prenda del alma,
¿Mis costillas te enamoran
Más que esta faz?

DOÑA BLANCA.

Cuando hable
Es fuerza que tú me oigas
Sin replicar.

PASQUÍN.

¿Cómo?

DOÑA BLANCA.

Mudo.

PASQUÍN.

¡Qué lengua tan ambiciosa!
¿Conque todo, dulce prenda,
Quieres hablártelo sola?
¡Al fin mujer!

DOÑA BLANCA.

Y si quieres
Hablar también, haz de forma
Que lo oiga yo solamente.

PASQUÍN.

Con eso me basta y sobra.

INÉS.

(¿Qué se dirán?)

DOÑA BLANCA.

(Han abierto

La puerta.)

(Ábrese la puerta de la derecha, y entra Don Félix.)

DON FÉLIX.

(Después de haber cerrado la puerta.)

(Veré si Flora
Se encuentra ya en el jardín,
Según me dijo la otra.)

DOÑA BLANCA.

(Yo tiemblo... ¡Valor! Aquí
Principio da mi tramoya.)

ESCENA IX.

DICHOS y DON FÉLIX.

DON FÉLIX.

(¿Dos hablando?...)

DOÑA BLANCA.

Lisonjero
Venís, y cumplido amante.

DON FÉLIX.

(Es Blanca, sí.)

DOÑA BLANCA.

Ser galante
Es propio de un caballero.

PASQUÍN.

Pues...

DOÑA BLANCA.

Calla.—Tanta terneza
Me aficionó.

PASQUÍN.

Yo...

(Blanca le hace callar.)

DON FÉLIX.

(¡Qué escucho!)

INÉS.

Don Félix—me alegro mucho—
Le romperá la cabeza.

PASQUÍN.

Pero, en fin...

DOÑA BLANCA.

¡Chis!—No es extraño
Que en todos tema falsía:
Aflígeme todavía
Un reciente desengaño.

DON FÉLIX.

(¡Oh!)

DOÑA BLANCA.

Pero me habéis querido
Tanto vos, que al fin pretendo...

PASQUÍN.

(¡Si la habré estado queriendo
Sin haberlo conocido!)

DOÑA BLANCA.

Sois muy galán.

PASQUÍN.

¡Ya lo creo!

DOÑA BLANCA.

Y fino.

PASQUÍN.

Más que alfiler.
(¡Vaya! ¡Y me hicieron creer

Que era muy tonto y muy feo!)
En fin... ¿Por qué me aconsejas
(En voz baja, porque Blanca quiere hacerle callar)
Que te hable sin alboroto?
¿Tienes el tímpano roto
Ó te duelen las orejas?

DON FÉLIX.

(Ya no los oigo, y por Dios
Que me van incomodando.)

DOÑA BLANCA.

Lo digo, porque escuchando
Don Félix está á los dos. *(En voz muy baja.)*

PASQUÍN.

(¡Me mata! ¡Oh cielo bendito!)
¡No, yo no soy tu galán!
(Blanca se ríe para que no se oiga lo que dice Pasquín.)

DOÑA BLANCA.

(¡Me descubre! ¡Oh Dios!) Truhán,
¡Si vuelves á dar un grito!...

PASQUÍN.

Déjame huir, vida mía;
Déjame. *(En voz muy baja.)*

DOÑA BLANCA.

No.

DON FÉLIX.

(Nada escucho.)

PASQUÍN.

Pero ¿por qué?

DOÑA BLANCA.

Porque mucho
Falta que hablar todavía.—
Calmando van mi cuidado

Vuestras palabras sencillas.

PASQUÍN.

¡Chis! Ya no tengo costillas:
Lo que tanto te ha gustado.

DOÑA BLANCA.

Y yo admitirlas pretendo...

PASQUÍN.

¡Calla!

DOÑA BLANCA.

Sin temor de dolo.

PASQUÍN.

¡Ay! ¡De esto entiendo yo sólo
Que don Félix lo está oyendo!

DOÑA BLANCA.

Sí; bien merece en castigo
Que le olvide desde ahora.

PASQUÍN.

¡Por Dios, por Cristo, señora!
Mirad que yo nada digo.

DOÑA BLANCA.

Un cariño tan ardiente
Merece premio.

PASQUÍN.

Concedo;
Pero dílo más de quedo,

(Se arrodilla.)

Ó deja que yo me ausente.
Mira que á palos espiro
Si don Félix me echa el guante.

DON FÉLIX.

(¡De rodillas el amante! *(Empuñando.)*
¡Oh, vive Cristo!)

INÉS.

¡Qué miro!

DOÑA BLANCA.

Ya que á un galán fementido
Que me ha olvidado traidor,
Con vuestro sincero amor
Pretendo echar en olvido...

PASQUÍN.

(¿Dónde irá á parar?...)

DOÑA BLANCA.

En muestra
De que admito esa pasión,
Acceder en conclusión
Quiero á la súplica vuestra.

PASQUÍN.

¿Me voy, amor?

DOÑA BLANCA.

Nada de eso.—
(Obligándole á seguir arrodillado.)
Según pretendéis ufano,
Dejo que toméis mi mano
Y en ella estampéis un beso.

DON FÉLIX.

No lo sufro. *(Cogiendo á Pasquín por un brazo.)*

INÉS.

No tolero...
(Cogiéndole por el otro.)
¡Villano!

PASQUÍN.

(¡Ay de mí!)
(Procurando que don Félix no le vea la cara.)

DON FÉLIX.

¡Insolente!

INÉS.

Y vos, señora...

DOÑA BLANCA.

Conténte.

INÉS.

Mas...

DOÑA BLANCA.

Aparta. Caballero...
¡Don Félix! *(Fingiendo sorpresa.)*

DON FÉLIX.

Sí.

DOÑA BLANCA.

Ponga tasa
Al furor, y no detenga
Al señor, que no se venga
Porque respeta mi casa.

PASQUÍN.

(Sí, la respeto.) *(Buscando la puerta.)*

DON FÉLIX.

(En verdad
Que siento ya mi imprudencia.)
Sufrir no pude en paciencia
Semejante liviandad.

DOÑA BLANCA.

¡Ja, ja, ja! Por vida mía,
¿Vos me culpáis de liviana?
Si estuviera aquí mi hermana,
La cuestión decidiría.
Abur, don Félix.

DON FÉLIX.

¿Qué veo?

INÉS.

Mas yo, señora...

DOÑA BLANCA.

Adelante. *(Vase con Inés.)*

PASQUÍN.

(¡Está cerrada!) *(Hallando la puerta.)*

DON FÉLIX.

En su amante
Vengar mi furia deseo.
Corro á la calle.

ESCENA X.

PASQUÍN y DON FÉLIX.

PASQUÍN.

(¡Ay de mí,
La salida me cortó!)

DON FÉLIX.

¿Si aun no habrá salido? No...
Un bulto distingo allí.
¿Caballero?

PASQUÍN.

¿Caballero? *(Fingiendo la voz.)*
(Libradme ¡oh Dios! de esta fiera.)

DON FÉLIX.

Empuñad, y salid fuera.

PASQUÍN.

Salid, sacando el acero.

DON FÉLIX.

Pronto; avanzad.

PASQUÍN.

No; yo soy
Caballero muy galante:
Quiero que salgáis delante.

DON FÉLIX.

Seguidme al punto. *(Vase.)*

PASQUÍN.

Allá voy.
(¡Ah! Ya respiro... ya valgo.
(Recorriendo la escena.)
El portal... cerrado; sí.
Mas ésta... ¡Triste de mí!...
(Mirando por el ojo de la llave.)
Veo á Inés llorando.)

DON FÉLIX.

¿Hidalgo? *(Entrando.)*

PASQUÍN.

Ya vuelve; me va á hacer trizas.
¿Dónde iré que no me vea?...
¡Válgame el santo que sea
Abogado de palizas!

DON FÉLIX.

¿No salís? ¡Cobarde! Á fe
Que os ha de pesar...

PASQUÍN.

(¡Qué susto!
¡Ay! Un auxilio este arbusto
Entre sus ramas me dé.)
(Gatea por un árbol.)

DON FÉLIX.

En vano, por Dios, se encubre
Á mi venganza ese aleve.

PASQUÍN.

(¡Ay! El árbol se conmueve
Y el pájaro se descubre.)

DON FÉLIX.

Mas nada distingo... ¿En dónde
Estará?

PASQUÍN.

(Sobre una tranca.)

DON FÉLIX.

¡Oh! Sin duda doña Blanca
En su aposento le esconde.

PASQUÍN.

(¡Ay, quién pudiera!...)

DON FÉLIX.

¡Oh furor!
Mas ¿qué es esto que me pasa?
Este fuego que me abrasa
¿Es celos, ira ó amor?
¡Oh! Cuando pura y discreta
Su afecto me consagraba,
Por Dios que no me inquietaba,
Y ahora liviana me inquieta.

PASQUÍN.

(Yo tirito.)

DON FÉLIX.

Haberla oído
Me produce tal despecho,
Que romper quisiera el pecho
Al rival desconocido.

PASQUÍN.

(¡Grande hazaña! Si por pies
Logro escapar del jardín,
Le prometo á San Pasquín
No emborracharme en un mes.)

DON FÉLIX.

Fuera consentirlo mengua.

(Sale Inés.)

Inés me dirá bien claro
Quién es.

PASQUÍN.

(Virgen del Amparo,
Amparadme de su lengua.)

ESCENA XI.

DICHOS é INÉS.

DON FÉLIX.

¿Inés?

INÉS.

¡Engaño más negro!
La culpa tiene mi ama.

DON FÉLIX.

¿Inés?

PASQUÍN.

(¡Ay Dios!)

INÉS.

¿Quién me llama?

DON FÉLIX.

Don Félix.

INÉS.

¡Cuánto me alegro

De veros! Á ese villano
¿Le rompisteis la mollera?

DON FÉLIX.

Pero....

INÉS.

Seréis un cualquiera
Si le queda un hueso sano.

PASQUÍN.

(¡Qué hiena!)

DON FÉLIX.

¿Quién te acalora?

INÉS.

¿Quién? El infiel galopín
Que me deja.

DON FÉLIX.

¡Lindo fin!
¿Con eso sales ahora?

INÉS.

¿Pues qué, no tengo razón?
¡Un novio, casi un marido!

DON FÉLIX.

¡Qué desgracia! ¿Lo has perdido?...

INÉS.

Sin apreciar el bribón—

(Llora.)

¡Ji, ji!—mi afecto sencillo,
Ni los tragos que le dí...

PASQUÍN.

(¡Oh, pobrecita! ¡Ji, ji!...
Tiene razón... soy un pillo.)

INÉS.

¡Ingrato!

DON FÉLIX.

¿Cómo se llama
El galán de tu señora?

INÉS.

Pues ¿vos no sabéis?...

PASQUÍN.

(Ahora
Me troncha el temblor la rama.)

DON FÉLIX.

¿Tú le conoces?

INÉS.

Sin duda,
Muy bien conozco al traidor.

DON FÉLIX.

¿Quién es?

PASQUÍN.

(¡Divino Señor,
Te pido la pongas muda!)

DON FÉLIX.

Habla.

INÉS.

No, que es un malvado,
Mas lo quiero todavía.

PASQUÍN.

(¡Ay! ¡Dios te pague, hija mía,
El consuelo que me has dado!)

INÉS.

¿Y semejante vileza
Ha de quedar sin venganza?
Os lo diré sin tardanza:
¿Le romperéis la cabeza?

DON FÉLIX.

Lo juro.

PASQUÍN.

(Y siempre cumplió
Tal juramento.)

DON FÉLIX.

Remata.

INÉS.

Es... (Si lo digo, le mata.
¿Y cuándo me caso yo?)

PASQUÍN.

(¿Qué estará pensando?)

DON FÉLIX.

¿Cómo
Se llama?

INÉS.

(Guardo secreto,
Y siempre queda sujeto,
Pues se casa ó le deslomo.)

(Entra Flora con luz.)

DON FÉLIX.

Dí.

INÉS.

No me acuerdo.

DON FÉLIX.

¡Qué miro!
¿No es aquélla doña Flora?

INÉS.

La misma. ¿Queréis ahora
Hablarla?

DON FÉLIX.

Bien.

PASQUÍN.

(Ya respiro.)

ESCENA XII.

DICHOS y DOÑA FLORA.

Inés se adelanta, y doña Flora le da la luz.

DOÑA FLORA.

Inés, ¿me aguarda?

INÉS.

Sin duda,
Un galán te está aguardando.
Acércate.

DOÑA FLORA.

Estoy temblando.

INÉS.

Amor te dará su ayuda.
(En la cocina ha de estar,
Que es su refugio.) Ya espera.

DOÑA FLORA.

Tú de ninguna manera
Te apartes de este lugar.

INÉS.

Bien.

DOÑA FLORA.

¿Caballero?

DON FÉLIX.

(Me llama.)

DOÑA FLORA.

(¡Valor!)

INÉS.

(Si encuentro al villano...)

(Vase.)

DOÑA FLORA.

¿Es tarde?

DON FÉLIX.

Nunca es temprano
Para el pecho que bien ama.

DOÑA FLORA.

Cumplí vuestra petición,
Viniendo.

DON FÉLIX.

Á Inés se lo dije,
Porque ese bálsamo exige
La herida del corazón.

DOÑA FLORA.

Os ruego que pronto os vais.

DON FÉLIX.

Y ¿por qué?

DOÑA FLORA.

Porque el sereno
Imagino que no es bueno
Para la herida.

DON FÉLIX.

Pensáis...
(¡Oh qué necia! Lo ha tomado
Al pie de la letra.)

(Ábrese la puerta de la derecha, y entra don Diego.)

ESCENA XIII.

DICHOS y DON DIEGO.

DON DIEGO.

(Ya
Aguardándome estará
Aquí mi dueño adorado.)

DON FÉLIX.

No sé cómo daros gracias.

DON DIEGO.

(Allí dos bultos advierto.
Oigamos.)

DOÑA FLORA.

Ya sin reparo...

DON DIEGO.

(¡Oh! Quizás...)

DOÑA FLORA.

Nos hablaremos
Otras noches.

DON FÉLIX.

¡Tanta dicha!

DON DIEGO.

(No hay duda: ¡es mi dama! ¡Cielos!
¡Y con un galán!)

DOÑA FLORA.

Ahora
Está mi padre durmiendo.

DON DIEGO.

¿Será verdad?... ¡Ah liviana!
¿Me citabas para esto?

DON FÉLIX.

(Más altiva la juzgué:
Muy complaciente la veo.)

DOÑA FLORA.

Que me dijeseis quisiera
Vuestro nombre verdadero.

DON FÉLIX.

Don Félix Sotomayor.

DON DIEGO.

(¡Don Félix! ¡Oh, qué recelo!
Él dijo que mi futura
Era de su amor objeto.
Esta será.)

DON FÉLIX.

¿Conque al fin
Puedo esperar?...

DOÑA FLORA.

Caballero,
Sólo os digo...—(Si estuviera
Inés aquí...)—que ahora vengo
Á escucharos, y que á nadie
Tan clara prueba de afecto
He dado nunca.

DON DIEGO.

¡Mentís,
Traidora!

DOÑA FLORA.

¡Gran Dios!

DON FÉLIX.

¿Qué es esto?

DON DIEGO.

Y vos, sabedlo, don Félix:

Cuentas del honor tenemos
Que ajustar.

PASQUÍN.

¡Dios me socorra!
Se me ha figurado el muerto.

DON FÉLIX.

(Éste será el que con Blanca
Estaba hablando.) Mi acero
Satisfacción os dará
De cuanto dije.

DON DIEGO.

Al momento.

DON FÉLIX.

Hay una dama...

DOÑA FLORA.

Señores...

DON DIEGO.

Apartad. ¿Qué miramientos
Os debo? En guardia, ó ¡por Cristo!
Que os traspaso.

DON FÉLIX.

Lo veremos. *(Riñen.)*

PASQUÍN.

(¡Riñe con mi amo: ha venido
Á vengar su muerte!)

DOÑA FLORA.

¡Cielos!
¿Qué es esto que me sucede?

ESCENA XIV.

DICHOS y DOÑA BLANCA.

DOÑA BLANCA.

¡Virgen Santa, dos riñendo!
¡Por Dios, caballeros!...

DON FÉLIX.

Blanca
Llega y lo detiene... Cierto...
Es su amante.

(Don Juan se asoma al balcón.)

DON JUAN.

¡Cuchilladas
En mi jardín! ¿Qué es aquello?
Inés, luces y mi espada.

INÉS.

Bajad, señor. *(Dentro.)*

DON JUAN.

Al momento.

DOÑA BLANCA.

¡Mi padre baja!

DOÑA FLORA.

¡Dios mío!

DOÑA BLANCA.

Huyamos. *(Vanse las dos.)*

PASQUÍN.

(¡Terrible aprieto!)

ESCENA XV.

DICHOS, DON JUAN É INÉS.

Don Juan con una espada en la mano; Inés con luces. Don Félix y don Diego se embozan.

DON JUAN.

Cese vuestro enojo fiero
Para que el mío no estalle,
Y decidme con qué fuero
Trocáis en pública calle
La casa de un caballero.
¿Quién á saciar el rencor
Os condujo á esta morada?
Hablad, antes que mi honor
Os lo pregunte mejor
Con la punta de la espada.

PASQUÍN.

(¡El viejo viene con brío!)

DON JUAN.

Decid.

DON FÉLIX.

Cese vuestro afán:
La causa diré, don Juan
De Castro, del desafío.

DON DIEGO.

(¿Hija de don Juan, y dama
De don Félix pretendida?...
Mi duda está decidida.
Ésta, á quien mi pecho ama,

Es Blanca, mi prometida.
Ya la esperanza despierta
De mi desgraciado amor.)

DON JUAN.

¿No acabáis?

DON FÉLIX.

Ahora, señor.
Pasaba por esa puerta,
Y como abierta la veo,
Me figuré que un ladrón
La tuviera en conclusión
Abierta con mal deseo.
Entré por ella, guiado
De mi recelo; llegué,
Y en el jardín me encontré
Al caballero embozado.
Sin poderlo yo impedir,
De aquí desapareció;
Mas poco después volvió,
Y empezamos á reñir.

DON DIEGO.

Capaz á nadie juzgué
De mentir con tal audacia:
Aquí estabais, por desgracia,
Cuando yo al jardín llegué.

DON FÉLIX.

No le creáis, que al jardín
Él fué quien llegó primero.

PASQUÍN.

(¡Ay! El primer caballero
Que aquí vino fué Pasquín.)

DON JUAN.

Pues ambos, por vida mia,
En entrar hicisteis mal;
Y ha de decir cada cual
El objeto que traía.

DON FÉLIX.

Don Juan, os cansáis en vano:
Yo nada que añadir tengo
Á lo dicho.

DON DIEGO.

Y yo sostengo
Que mentís como un villano.

DON FÉLIX.

Seguidme.

DON DIEGO.

Vamos.

DON JUAN.

Yo en pos
De uno y otro infame iré,
Y burlado no seré
Por ninguno de los dos.

DON FÉLIX.

Refrene la lengua osada
El buen viejo.

DON JUAN.

Soy anciano:
Mas no me tiembla la mano
Con el peso de la espada.
Yo seré vuestro testigo
Cuando riñáis allá fuera;
Y el que de los dos no muera,
Reñirá después conmigo.

DON DIEGO y DON FÉLIX.

Venid. *(Vanse, y poco después se oye ruido de espadas.)*

INÉS.

Señor...

DON JUAN.

Quita, Inés;
Y teman mi indignación
Mis hijas, si causa son
Del empeño en que me ves. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

INÉS y PASQUÍN.

INÉS.

Pasquín es la causa, sí:
Fué el primero... Ciertamente.
Voy á decirlo.

PASQUÍN.

¡Detente!
¡Por Dios, por Dios! ¡Ay de mí!

(Quiere bajar precipitadamente, cae, y se queda colgando del cinturón de la espada.)

INÉS.

¡Borracho! ¿Estabas ahí?

PASQUÍN.

El pellejo se me arranca.

INÉS.

¡Rabia!

PASQUÍN.

¡Por Dios! Esta tranca
Me parte.

INÉS.

Rabia, maldito.

PASQUÍN.

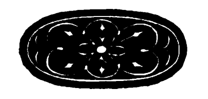
¡ Ay ! Sácame del garlito.

INÉS.

Que te saque doña Blanca.

(Vase Inés. Pasquin queda colgado y gritando.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





ACTO TERCERO.

Sala.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA, DOÑA FLORA é INÉS.

Vienen de la calle quitándose los mantos.

INÉS.

Con mucha oportunidad
La ronda ha llegado.

DOÑA BLANCA.

Cierto.

INÉS.

Á no haber sido por ella,
Sigue el comenzado duelo,
Y lloráramos ahora
Algun trágico suceso.

DOÑA BLANCA.

Os ruego que me expliquéis
La causa de todo esto,
Porque yo, á decir verdad,
Adivinarla no puedo.

INÉS.

Yo la ignoro.

DOÑA FLORA.

Hermana mía,
Tampoco yo la comprendo,
Y voy á tratar conmigo
Las confusiones que tengo. *(Vase.)*

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, INÉS, y después PASQUÍN.

DOÑA BLANCA.

Atiende, Inés, ¿y Pasquín?

PASQUÍN.

¿Aun no me sacan del cepo? *(Dentro.)*

DOÑA BLANCA.

Gritando están.

INÉS.

Sí, no hay duda;
En el jardín.

PASQUÍN.

(Dentro.) ¡Santo cielo!
¡Que mi cintura se parte!

DOÑA BLANCA.

¡Corramos! *(Asomándose al balcón.)*
Dí, ¿qué es aquello?
Uno pendiente del árbol.

INÉS.

¡Ja, ja, ja!

DOÑA BLANCA.

¿Te estás riendo?

Pues digo...

INÉS.

¡Pobre Pasquín!
Sigue colgado.

DOÑA BLANCA.

En efecto;
Es Pasquín.

INÉS.

Ha media hora
Que está así.

DOÑA BLANCA.

Pues ve corriendo:
Que los criados te ayuden,
Y bajadlo.

INÉS.

Yo...

DOÑA BLANCA.

¡Ve luégo!

(Vase Inés.)

¡Qué mal rato habrá pasado
El pobre! Le compadezco.
Así pendiente del árbol,
Se me figura el borrego
Del toisón... Mas ya lo suben.
Tratadlo bien.

PASQUÍN.

Quedo... Quedo...
¡Que me estrangulan! ¡Despacio!

INÉS.

Entra, bribón.

PASQUÍN.

Un asiento.

¡Ay! *(Sentándose.)*

DOÑA BLANCA.

¿Quién tuvo la humorada
De colgarte?

PASQUÍN.

¡Ay, ay! No puedo
Hablar siquiera. Un traguillo
Para recobrar aliento.

DOÑA BLANCA.

Corre, Inés, y tráele un vaso
De vino.

INÉS.

Me compadezco... *(Vase.)*

DOÑA BLANCA.

Pero ¿por qué te subiste?...

PASQUÍN.

Escucha.

DOÑA BLANCA.

Dí.

PASQUÍN.

Lo primero,
Que busques otro galán,
Porque yo... yo te aborrezco.

DOÑA BLANCA.

¡Qué crueldad!

PASQUÍN.

Venga el vino,
Que me duele todo el cuerpo,
Que estoy malo.

DOÑA BLANCA.

Ten paciencia.

PASQUÍN.

Calla, escorpión.

INÉS.

(Entrando con un vaso de vino.)

Bebe.

PASQUÍN.

Bebo.

¡Ah! Ya respiro mejor.

DOÑA BLANCA.

Cuéntame.

PASQUÍN.

Decirte quiero,
Sin más reparos, verdades
De una arroba cuando menos.

DOÑA BLANCA.

¿Acabas?

PASQUÍN.

No te incomodes,
Blanca negra para mí,
Pues ando siempre por tí
Entre Pilatos y Herodes.
Sólo por tu lindo talle,
En estas noches pasadas,
Entre ministros y espadas
Andaba siempre en la calle.
Después de zozobras mil
Y de continua sorpresa,
En mí, triste, hicieron presa
Las uñas de un alguacil.
Logro escaparme ligero
De las garras del león,
Y vengo, y de sopetón

Me conviertes en jilguero;
Y si mi amo...

DOÑA BLANCA.

Importuno
Hablador, vete allá fuera,
Y dile á la cocinera
Que te ponga el desayuno.

PASQUÍN.

¡Ah! *(Con gozo.)*

DOÑA BLANCA.

Tu charla me sofoca.
Vete ya.

PASQUÍN.

Me voy, mi ama,
Porque esto es lo que se llama
Taparle á un hombre la boca. *(Vase.)*

ESCENA III.

DOÑA BLANCA é INÉS.

DOÑA BLANCA.

¿Quién es aquel caballero
Que con Félix ha reñido?

INÉS.

Señora, me ha parecido
El herido forastero.
Llegó la ronda: don Juan
Dijo su nombre, y partió;
El suyo don Félix dió,
Y así habló el otro galán:
«No tengo nombre que aquí

Se pueda estimar en algo;
Mas no importa, que ese hidalgo
Dará su nombre por mí.»
Don Félix, que lo escuchaba,
Dijo al punto: «Yo le fío;»
Y acabóse el desafío
Mejor que nadie esperaba.

DOÑA BLANCA.

¿Conoció mi padre al fin?...

INÉS.

Á ninguno. Está confuso,
Y que se claven dispuso
Las ventanas del jardín.

DOÑA BLANCA.

¿Supo don Félix quién era
Mi galán?

INÉS.

Nada, tampoco.
Anda inquieto como un loco,
Y bravo como una fiera.
Mas, señora, lo peor
Es que Pasquín se figura
Que lo quieres, y procura
Abandonarme. ¡Traidor!

DOÑA BLANCA.

Ya su cariño me quita.

(Llaman.)

¿Llaman?

INÉS.

Sin duda.

DOÑA BLANCA.

Me ausento.

Mi agitado pensamiento
La soledad necesita. *(Vase.)*

ESCENA IV.

INÉS, y después DON DIEGO.

INÉS.

Llamando están... Á esta hora
¿Quién podrá ser? Allá voy.
Ya suben. ¿Quién es?

DON DIEGO.

Yo soy.

INÉS.

(El galán de doña Flora.)

DON DIEGO.

Don Juan de Castro, ¿está?

INÉS.

No.
Llegáis con dichosa estrella.
Podéis, si os place, con ella...

DON DIEGO.

No vengo á buscarla yo.

INÉS.

¿Reñidos tal vez están?

DON DIEGO.

Excusad conversación.

INÉS.

¡Oh qué quisquillosos son
Estos galanes!

DON DIEGO.

Don Juan,

¿Cuándo viene?

INÉS.

(De improviso
Se va sin ver á la niña,
Y luégo tendremos riña
Si no le llevo el aviso.)

DON DIEGO.

¿No respondes?

INÉS.

Yo no sé
Si habrá salido.

DON DIEGO.

Hace poco
Me dijiste...

INÉS.

Me equivoco
Muy fácilmente: veré
Si ha salido.

DON DIEGO.

¡Vive Dios!
Acaba sin más demora.

INÉS.

(Avisaré á doña Flora,
Y allá se avengan los dos.) *(Vase.)*

ESCENA V.

DON DIEGO.

Ésta, cuyo amor tirano
Llenó de ponzoña el pecho,
Es la que venir me ha hecho

Desde el suelo toledano.
La venganza está en mi mano,
Y á tomarla me decido;
Tratada conmigo ha sido
En casamiento primero:
Su padre, buen caballero,
Cumplirá lo prometido.
Mas este afan rencoroso
Que á tal empeño me lanza,
¿Es por saciar mi venganza,
Ó por llamarme su esposo?
No sé: mas ya sin reposo
Miro que nube sombría
Me encubre el hermoso día
Que, esparciendo su luz pura,
Llenó de encanto y ventura
El cielo de Andalucía.
Sus flores pierden sus galas,
Su esfera es manto que oprime,
Y su blanda brisa gime
Si esparce sus raudas alas:
Cada sér me lo señalas,
Dolor, con tu imagen triste;
De negro el mundo se viste,
Y esto conocer me ha hecho
Que todo existe en el pecho,
Y nada en el mundo existe.
Tu angustia ó animación
Son velos, naturaleza,
Que en su alegría ó tristeza
Te da la imaginación.
Me avergüenza, corazón,

La mezquindad de tu sér:
Una liviana mujer
Á su capricho ligero,
Bello, triste ó placentero
Un mundo nos puede hacer.

ESCENA VI.

DON DIEGO y DOÑA FLORA.

DOÑA FLORA.

¡Oh placer! Antes viniera
Á contaros mi dolor...

DON DIEGO.

¡Señora! ¿Tenéis valor
Para hablar de esa manera?

DOÑA FLORA.

¡Ah! ¿Qué decís?

DON DIEGO.

Me sorprendo
De osadía tan extraña...
No penséis que ya me engaña
Vuestro candor...

DOÑA FLORA.

No comprendo. *(Pausa.)*

DON DIEGO.

¿Vuestro padre no está aquí?

DOÑA FLORA.

No.

DON DIEGO.

¿Cuándo vendrá?

DOÑA FLORA.

Más tarde.

DON DIEGO.

El cielo, señora, os guarde.

DOÑA FLORA.

¿Os marcháis?

DON DIEGO.

Me marcho, sí.
Salid vos de vuestro error
Y tratadme con desdén:
Yo no soy—Miradme bien—
Don Félix Sotomayor. *(Vase.)*

ESCENA VII.

DOÑA FLORA y después INÉS.

DOÑA FLORA.

¿Qué es esto que me ha pasado?
En el jardín ese hombre
Me dijo que era su nombre
El mismo que ha pronunciado.
Mas ya lo entiendo; inconstante
Se olvidó de mi querer,
Y así me ha dado á entender
Que no es, cual era, mi amante.
¡Ah, nunca diera mi fe *(Llaman)*
Á tan pérfido galán!

INÉS.

Señora, llamando están...
¡Qué! ¿Se marchó?

DOÑA FLORA.

Cuando entré.
Me desprecia, me olvidó...
¿Y esto es amar?

INÉS.

¡Embustero!

DOÑA FLORA.

¡Ay, triste de la que amó!

INÉS.

Aquí sube un caballero.

DOÑA FLORA.

Á nadie recibo yo. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

INÉS y DON FÉLIX.

Éste en traje de camino.

INÉS.

¿Don Félix?

DON FÉLIX.

El mismo soy.
¿En dónde está tu señora?

INÉS.

En su cuarto.

DON FÉLIX.

Sin demora
Ve á llamarla.

INÉS.

Al punto voy.
(Volviendo.)

Decid de las dos á cuál:
¿Á doña Blanca?

DON FÉLIX.

Sí, ve.

(Vase Inés.)

ESCENA IX.

DON FÉLIX.

El que con ella encontré
Es don Diego, mi rival.
¡Oh! Con tanta ligereza
No pensaba, á fe de noble,
Que sanara del mandoble
Que recibió en la cabeza.
En la calle con certeza
Pensé que acabó su historia,
Pero es su muerte ilusoria;
Y cuando yo imaginaba
Que en los infiernos estaba,
Me viene á quitar la gloria.
¿Y si el nocturno galán
Don Diego Guzmán no es?
¿Mas por qué vino después
Riñendo con tal afán?
Si ya lo ha visto don Juan,
Renuncio á toda esperanza:
Ningun medio se me alcanza
Que hacer mía á Blanca pueda;
Pero no: siempre me queda
El placer de la venganza.

¿La venganza? ¡Necio encono!
¿Acaso es justo que exija
Que á ninguno se dirija
La mujer que yo abandono?
¿Qué es esto? ¿Por qué ambiciono
Que Blanca á Guzmán no atienda?
¿Qué causa existe que encienda
En mí tan nueva pasión?
¡Ah! ¡Maldito corazón!
¡El diablo que te comprenda!
No acierto en la voluntad
Á saber lo que me pasa;
Ni sé si vengo á esta casa
Por amor ó vanidad:
Nunca sentí, á la verdad,
Tan grande desasosiego,
Y nace en mi pecho un fuego
Que en volcán se convirtiera
Si Blanca por fin cayera
En los brazos de don Diego.

(Pausa.)

Estoy ardiendo por verla,
Y con disgusto la espero:
Paréceme que la quiero,
Y quisiera no quererla:
Hoy acaso á pretenderla
Su mismo desdén me mueve:
La voy á llamar «aleve,»
Y «hermosa» digo más presto...
Si yo comprendo qué es esto,
Que venga el diablo y me lleve.

ESCENA X.

DON FÉLIX y DOÑA BLANCA.

DON FÉLIX.

¿Si no vendrá? ¡Ah! Ya sale. Á pesar mío,
Siento la falta de mi antiguo brío.

DOÑA BLANCA.

(Con ironía.)

¿Vos aquí, caballero? Bien venido.
¿Qué tenéis que decirme? ¿Acaso impía
Admitir vuestro amor no habrá querido
Mi hermana, y, á mi ruego,
Queréis que premie vuestro puro fuego?
Decidlo, pues, que vuestra amiga soy;
Mas breve sed, si disfrutar pensáis
Este servicio que á prestaros voy;
Porque dentro de un rato—¿No escucháis?—
Tengo que ir al jardín.

DON FÉLIX.

¡Calla, perjura!

DOÑA BLANCA.

¿Qué osáis decirme?

DON FÉLIX.

Calla;
Que el desgarrado pecho
Tiene justo derecho
Sólo una gota á derramar siquiera
De la hiel y el veneno en que rebosa,
En el alma inconstante y veleidosa
Que hermoso origen de su daño fuera.

(Acertar no consigo
Si es verdad ó mentira lo que digo.)

DOÑA BLANCA.

¿Tenéis valor?...

DON FÉLIX.

Escucha, fementida:
«Si la suerte tu amor no me concede,
Encerrarme en ûn claustro no rehuso;
Que la que en tí su pensamiento puso
Á Dios tan sólo dirigirlo puede.»
¿Te acuerdas? Dí. Maldito aquel instante,
Maldita mi torpeza,
Que el vidrio sin valor de tu firmeza
Quiso poner á prueba de diamante.

DOÑA BLANCA.

¿Qué me dais á entender?

DON FÉLIX.

Fingiendo olvido,
Quise necio probarte,
Y despues victorioso, mas rendido,
Por fénix de tu sexo idolatrarte.
Mas pronto, sí, la que forjé demente
Cándida virgen, del amor bendita,
Conducida del ángel inocente,
Huyóse al cielo, donde sólo habita.
Y la mujer que real y verdadera
Mujer y nada más que mujer era,
En el jardín oscuro
Cercada de la noche,
Grato testigo del amor impuro,
Á un galán que no en vano
La fingiera ternura y rendimiento,

Llena de amor—No, miento—
Llena de liviandad, tendió su mano.

DOÑA BLANCA.

Acaba la inquietud que me tortura.
Dí que fingiste, dí...

DON FÉLIX.

¡Calla, perjura!
Adiós. De tí tu liviandad me aleja;
Mas antes he querido
Que la voz de mi queja
Y el eco de mis ayes y gemidos
Escuchases, pensando
Que, por justa venganza, en tus oídos
Eternamente quedarán vibrando.
¡Adiós, infiel!... En la flamenca guerra
Del alma acabará la pesadumbre,
Y libre de la cárcel que la encierra,
Irá á buscar en la celeste cumbre
El ángel puro que perdió en la tierra.

DOÑA BLANCA.

(¡Se marcha! Pierdo el sentido.)
De mí no te apartes, ven:
¿No has conocido, mi bien,
Que aquel galán es fingido,
Lo mismo que mi desdén?
No es creación de tu mente
Esa mujer inocente
Que cifra en amar su encanto,
Y de haber sentido tanto
No sabe ya lo que siente:
Es una mujer que adora,
Y á la tarde y la mañana,

Y con la noche y la aurora
Incesantemente llora
Tu indiferencia tirana;
Una mujer infelice
Cuyo corazón se abrasa,
Que te llama y te maldice,
Y amores y odios te dice
Sin saber lo que le pasa.
Tanto amor, tal frenesí
En mi corazón se encierra:
Ven, no te apartes de mí,
Que aun existe para tí
El ángel puro en la tierra.

DON FÉLIX.

¡Oh placer! ¡Oh Blanca hermosa!

DOÑA BLANCA.

Si esto ha sido una ficción,
Cállalo por compasión,
Y déjame ser dichosa
Mientras dura mi ilusión.

DON FÉLIX.

Te he rendido mi albedrío:
De mí no temas engaño.

DOÑA BLANCA.

En tu palabra confío.

DON FÉLIX.

Mas ese galán, bien mío,
Nos puede hacer mucho daño.

DOÑA BLANCA.

¿Ese galán? Estás loco.
(¡Pobre Pasquín!)

DON FÉLIX.

Sí por cierto.
¿Tu padre le ha descubierto?

DOÑA BLANCA.

No.

DON FÉLIX.

¿Le conoces?

DOÑA BLANCA.

Tampoco.
Mas no entiendo...

DON FÉLIX.

Sabe al fin
Que es don Diego de Guzmán
Aquel dichoso galán
Con quien te hallé en el jardín.

DOÑA BLANCA.

¿Cómo?

DON FÉLIX.

El mismo.

DOÑA BLANCA.

El hombre aquel
Del combate...

DON FÉLIX.

Sí, en efecto.
Si no ayudas mi proyecto,
Te tienes que unir á él.

DOÑA BLANCA.

Pero...

DON FÉLIX.

Fingirme pretendo
Guzmán; le busco después,
Y... Gente suena. ¿Quién es?

DOÑA BLANCA.

¡Ay, Félix! Yo estoy temiendo
Una desgracia.

INÉS.

Mi amo
Viene. *(Entrando.)*

DON FÉLIX.

¿Qué dices?

DOÑA BLANCA.

¿Yo? nada,
Sino que soy desgraciada
Y más que debiera te amo.

ESCENA XI.

DICHOS y DON JUAN.

DON FÉLIX.

(Me decido.)

DON JUAN.

¿Caballero?

DON FÉLIX.

¿Sois por ventura el de Castro?

DON JUAN.

El mismo. ¿Qué me queréis?

DON FÉLIX.

Dadme en seguida un abrazo.

DON JUAN.

¿Un abrazo? ¿Á vos?

DON FÉLIX.

Yo soy
El de Guzmán.

DON JUAN.

Sí, ya caigo...
¡Don Diego! *(Abrazándole.)* Por vida mía,
Que eres un mozo gallardo;
Dame otro abrazo.

INÉS.

(Á Blanca.) ¿Qué es esto?

DON JUAN.

¡Vaya, es el vivo retrato
De su padre!

DON FÉLIX.

Sí, señor.

DON JUAN.

Te estábamos aguardando
Con cuidado, porque ya
Hace días...

DON FÉLIX.

Un fracaso
Me detuvo en el camino
Más que yo quisiera.

DON JUAN.

¡Malo!
¿Ladrones quizá?

DON FÉLIX.

Sin duda.
La maleta me quitaron:
Con ella todas mis cartas;
Mas no hicieron ningún daño
Á mi persona.

DON JUAN.

Me alegro.
En estando libre y sano,

Todo lo demás es nada.
Este joven tan bizarro
Es don Diego de Guzmán,
Á quien yo tengo tu mano
Prometida. ¿Tú lo apruebas?

DOÑA BLANCA.

Sabéis que yo siempre hago
Vuestro gusto.

DOÑA INÉS.

(¡Qué obediente!)

DON JUAN.

Yo nunca de tu recato
Esperé menos.

DON FÉLIX.

Señor,
Me hizo mi padre el encargo
De que nuestra unión al punto
Se efectuara.

DON JUAN.

Lo aplaudo.
¿Y él viene pronto?

DON FÉLIX.

Imagina
Volver acá en arreglando...

DON JUAN.

¿Pues qué, concluyó ya el pleito
Que tiene con el vicario?

DON FÉLIX.

Y lo ha ganado.

DON JUAN.

¡Qué escucho!
Segun eso, el mayorazgo

De doña Orosia...

DON FÉLIX.

Seguro.

DON JUAN.

¿Y tu tía doña Amparo,
Salió de la cuarentena?

DON FÉLIX.

Sí; ya está libre del parto.

DON JUAN.

¿Qué, se ha casado y parido
Al cabo de ochenta años?

DON FÉLIX.

(¡Ah, bruja de Barrabás!)
Es una broma que he usado.

DON JUAN.

¿Conque tu padre?...

DOÑA BLANCA.

(No puedo
Serenarme.)

INÉS.

Están llamando.

DON JUAN.

Ve, Inés. *(Inés se va.)*

DOÑA BLANCA.

Advertid, señor,
Que habrá menester descanso
Don Fé... ¿Su nombre?

DON JUAN.

Don Diego.

INÉS.

Licencia pide de hablaros
Un caballero. *(Entrando.)*

DON JUAN.

¡Importuno!
Mas ¿qué remedio?... Entre tanto
Id enseñando la casa
Á don Diego.

DOÑA BLANCA.

Vamos.

DON FÉLIX.

Vamos.
Guzmán tal vez.

(Bajo á Blanca.)

DOÑA BLANCA.

¡Dios nos valga!
Aquí me quedo escuchando.

ESCENA XII.

DON JUAN y DON DIEGO.

DON JUAN.

Dispensad, buen caballero,
Si tanto os he molestado
Con mi tardanza.

DON DIEGO.

Excusad
Cumplimientos que son vanos
Entre parientes.

DON JUAN.

¿Eh? ¿Cómo?
¿Entre parientes?

DON DIEGO.

Tomaos

La molestia de leer
Esos renglones. *(Dándole una carta.)*

DON JUAN.

Veamos.
(Lee rápidamente.)
¡Ah! Sí; lo comprendo todo:
Mi yerno ya me ha contado
Que, al venir, unos ladrones
La maleta le robaron.

DON DIEGO.

¿Quién? ¿Vuestro yerno?

DON JUAN.

Supongo
Que vos la habréis rescatado
Y á devolverla venís.

DON DIEGO.

No os entiendo.

DON JUAN.

Pues bien claro
Hablando estoy. Esta carta
Firmada está por la mano
De don Pedro.

DON DIEGO.

Sí; mi padre.

DON JUAN.

¡Cómo vuestro padre!

DON DIEGO.

¡Y tanto!
¿Os sorprende?

DON JUAN.

Un hijo solo
Tiene Guzmán.

DON DIEGO.

Es exacto.
¿Y yo soy dos por ventura?

DON JUAN.

¡Vos su hijo!

DON DIEGO.

¡Voto al diablo!

DON JUAN.

¿Que sois don Diego? ¡Imposible!
Vos estáis equivocado.

DON DIEGO.

¡Por vida de Belcebú!
¿No sé yo cómo me llamo?

DON JUAN.

¡Impostor!

DON DIEGO.

¡Oh! ¿Qué decís?

DON JUAN.

Digo que sois un villano.

DON DIEGO.

¡Vive Dios! *(Empuña.)*

DON JUAN.

¡Bah! No tan pronto
Se sulfure el buen hidalgo.

DON DIEGO.

Vos habéis perdido el juicio,
Ó estáis sufriendo un engaño
Perjudicial.

DON JUAN.

¡Insolente!
Veré si sois tan osado
Que delante de Guzmán...

DON DIEGO.

¿Está en vuestra casa?

DON JUAN.

Ha rato.
Muy negligente habéis sido.

DON DIEGO.

Pues bien; al punto llamadlo.

DON JUAN.

¿Don Diego?

DON FÉLIX.

¿Señor?

DON DIEGO.

¡Qué miro!
(¡Sotomayor!)

ESCENA XIII.

DICHOS, y DON FÉLIX.

DON JUAN.

Muy turbado
Os ha puesto.

DON FÉLIX.

(Seguiré
Hasta que pueda el engaño.
¡Pecho al agua!) ¿Qué mandáis?

DON JUAN.

¿Y tendréis ahora descaro
Para sostener que sois
Guzmán?

DON DIEGO.

Os estoy mirando,

Y dudo que haya en el mundo
Audacia que llegue á tanto.

DON FÉLIX.

¡Qué es esto!

DON DIEGO.

Cuando por vez
Primera nos encontramos,
Quisisteis darme la muerte
Porque venía á estorbaros
En vuestro amor, y teniendo
Ó más suerte, ó mejor brazo,
Por muerto allí me dejasteis
Entre esbirros y escribanos.
Sano ya, por culpa vuestra
Traiciones y desengaños
He sufrido de la hermosa
A quien rendido idolatro.
No contento todavía
Con estos lances, villano,
Por no quedarme otra cosa
El nombre me habéis hurtado.

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA FLORA y después DOÑA BLANCA É INÉS.

DOÑA FLORA.

¿Qué gritos? ¡Ah!

(Deteniéndose al ver á don Diego.)

DON FÉLIX.

Ya lo entiendo

Todo.

DON JUAN.

Hablad. *(Á don Félix.)*

DON FÉLIX.

¡Extraño caso!
Este hombre es loco sin duda,
Y vos por darme un buen rato
Me llamasteis. *(Riéndose.)*

DON JUAN.

¿Y si tiene
Sobrado juicio?

DON DIEGO.

¡Me pasmo
De tanta audacia!

DOÑA FLORA.

(Sí, él es.
¿Á qué habrá venido?)

INÉS.

Oigamos.
(Á doña Blanca, en la puerta.)

DON DIEGO.

¡Vive Dios, que soy Guzmán,
Y vengo determinado
Á que me deis vuestra hija
En cumplimiento del trato.

DOÑA FLORA.

(Por casarse con mi hermana
Se finge Guzmán... Es claro...)

DON JUAN.

¿Vos sostenéis?... *(Á don Félix.)*

DON FÉLIX.

¡Tal pregunta!

DON JUAN.

El señor dice otro tanto.

DON DIEGO.

Sí, lo juro; Guzmán soy.

DOÑA FLORA.

¡Mentís!

DON DIEGO.

¡Qué miro!

DOÑA FLORA.

¡Falsario!

¿Pensasteis que yo sería
Cómplice de tal engaño?

DON DIEGO.

¿Tambien tú apoyas, perjura?...

DON JUAN.

¿Qué sabes?

DOÑA FLORA.

Que este malvado
No es Guzmán, sino don Félix
Sotomayor.

DON JUAN.

¿Qué oigo?

DOÑA FLORA.

Estando
Anoche yo en el jardín,
Lo supe.

DON FÉLIX.

(Le ha equivocado
Conmigo.)

DON DIEGO.

Calla, traidora,
Que ya de sufrir me canso.

Mas por vengarme tan sólo,
Ó tu padre no es hidalgo,
Ó al fin te unirás conmigo.

DON JUAN.

¡Qué enredo!

DON DIEGO.

Lo habéis pactado
Con mi padre.

DON FÉLIX.

Ved, señor,
Sus ojos, su sobresalto:
Todo indica que ese hombre
Tiene revueltos los cascos.

DON JUAN.

Ó que está con justa causa
Furioso, al verse burlado.
Señores, juro que el lance
No es propio de dos hidalgos,
Y juro tambien que estoy
Resuelto á no tolerarlo.

DON DIEGO.

Vos conoceréis, sin duda,
Á don Antonio Arellano.

DON JUAN.

Le conozco.

DON DIEGO.

Yo también.
Pues llamadlo.

DON FÉLIX.

Pues llamadlo.

DON DIEGO.

Al punto.

DON JUAN.

¿Inés?

INÉS.

¿Qué mandáis?

DON JUAN.

Corre, y que venga un criado.

DON FÉLIX.

Pero es inútil.

DON JUAN.

¿Por qué?

DON FÉLIX.

Porque hoy mismo se ha ausentado
Don Antonio de Sevilla.

DON DIEGO.

¡Miente el vil!

DON FÉLIX.

¡Sellad el lábio!

DON DIEGO.

Quereis cambiaros por mí,
Y yo por vos no me cambio.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y PASQUÍN.

PASQUÍN.

El diablo es mi amo. ¡Qué sarta
De embustes! *(Á Inés.)*

DON DIEGO.

(Acercándose á Pasquín.)

Oye.

PASQUÍN.

(De pronto, al ver cerca á don Diego.)

¡Dios santo!

DON DIEGO.

¿De qué dimana ese espanto?

PASQUÍN.

¡Huyamos!

INÉS.

¡Detente!

PASQUÍN.

¡Aparta!

¡Visión horrible!

DON DIEGO.

¿Soy yo
Quien de tal modo le asombra?

PASQUÍN.

¡Aparta, maldita sombra!
Mi amo fué quien te mató.
Aquél fué quien á tu alma
Condujo al suplicio eterno;
¡Vaya contigo al infierno,
Y deja á Pasquín en calma!

DON JUAN.

¿Qué es esto?

DON FÉLIX.

¿Pasquín?

DON DIEGO.

Callad
Todos. Mi enojo me inspira:
Quizá con esa mentira
Se descubra la verdad.

(Se emboza, y con tono solemne se dirige á Pasquín.)

¡Pasquín! ¡Pasquín!

PASQUÍN.

¡Ay de mí!
Yo estoy muerto. ¡Cielo santo!
¿Ser borracho es crimen tanto
Para perseguirme así?

(Quiere irse: don Diego hace ademán de cogerlo, y queda inmóvil.)

Déjame.

DON DIEGO.

¡Quieto! Reclamo
En nombre del Dios potente
Que digas públicamente
El nombre que usa tu amo.

PASQUÍN.

¡Su nombre!

DON DIEGO.

¡Pronto!

PASQUÍN.

¡Qué horror!...
No me acuerdo. ¡Qué suplicio!
Se llama Fauno... Fenicio...

(De pronto.)

Don Félix Sotomayor.

DON DIEGO.

Contra un engaño, un ardid.
¿Quedáis satisfecho ahora?

DON FÉLIX.

Bien: esa intriga traidora
No suspende nuestra lid.
Llevaré con más acierto
Al pecho el golpe seguro;
Y en una caja, yo os juro,

Que haréis el papel de muerto.

DON DIEGO.

Salgamos.

PASQUÍN.

¡Por vida mía!
¿Te atreves con un difunto?

DON FÉLIX.

Y tú lo serás al punto
Por tu infame cobardía.

PASQUÍN.

¡Señor!

DON FÉLIX.

¡Aparta, menguado!
(Empujándole.)

PASQUÍN.

¡Ay!

DON FÉLIX.

¡Salid!

DOÑA FLORA y DOÑA BLANCA.

¡Qué desconsuelo!

DON JUAN.

Señores, antes que el duelo
Está mi honor ultrajado.
Si no dais consentimiento
Á lo que os diga, salimos
Los tres al punto, y reñimos:
Mis hijas van á un convento.
Guzmán, no quiero que en vano
El trato me recordéis.
Cumplido al fin lo tenéis:
Tomad de Blanca la mano.

DON DIEGO.

(¡Qué miro!)

DOÑA BLANCA.

(¡Cielos!)

DON DIEGO.

(¡Error
Fatal!)

DOÑA FLORA.

(¡Ay, triste!)

DON JUAN.

Y ahora
Vos os uniréis á Flora
En servicio de mi honor.
¿Consientes?

DOÑA FLORA.

Señor, yo...

DON JUAN.

Dí.

DON DIEGO.

¿Don Juan, es ésta la dama?...

DON JUAN.

La misma que me reclama
Con tanto fuero.

DON DIEGO.

(¡Ay de mí!)

DON JUAN.

¿Por qué estáis tan afligido?

DON DIEGO.

Lo que me pasa no sé.

DOÑA BLANCA.

Yo, señor, lo contaré,
Que adivinarlo he podido.

El de Guzmán recordó
El trato que nadie ignora,
Porque pensó que era Flora
La que su padre eligió.

DON DIEGO.

Sí; mas ella no...

DOÑA BLANCA.

Bajaba
Al jardín; á un hombre halló,
Y la infelice le habló
Creyendo que á vos hablaba.

DON JUAN.

¿Conque entonces?...

DON DIEGO.

¡Ah, señor!

(Don Diego y Flora se arrodillan delante de don Juan.)

Nos amamos. Sed piadoso.

DON JUAN.

Abraza, Flora, á tu esposo.
Eso calma mi furor.

DON DIEGO y DOÑA FLORA.

¡Oh, dicha!

DON JUAN.

Vos... *(Á don Félix.)*

DOÑA BLANCA.

Perdonad
Que interrumpa vuestro acento:
Él queda en este momento
En completa libertad.
Aunque nula fué la trama,
No llore vuestra altivez,
Pues no dirán otra vez

Que os han quitado la dama.
Ya estáis libre.

DON FÉLIX.

No, acabad.
Tenéis razón, Blanca, sí;
Confieso que obré hasta aquí
Por amor y vanidad.
Mas la justa reprensión
Que escucho de vuestra boca,
Mis vanidades sofoca
Y acrecienta mi pasión.
Ya, Blanca, á tus pies estoy:
Perdóname.

DOÑA BLANCA.

¡Ah! Te perdono.

DON JUAN.

Y yo su perdón abono.

DON FÉLIX.

¡Oh, placer!

DOÑA BLANCA.

Dichosa soy.

DON FÉLIX.

(Tendiendo la mano á don Diego.)

¿La recibís?

DON DIEGO.

La recibo.
¿Seguiréis siendo tronera?

DON FÉLIX.

Con un ángel, ¿quién lo fuera?

PASQUÍN.

(Tentando, aunque con miedo, á don Diego.)

Pues dicen bien: ¡está vivo!

DON FÉLIX.

Y porque todo arreglado
Conforme al uso vigente
Quede, imagino acertado
Que Inés con este menguado
Se case.

DON JUAN.

Perfectamente.
¿Lo apruebas?

INÉS.

Con gran contento.
Y tú ¿qué dices?

PASQUÍN.

Yo digo
Que no tendrás casamiento
Si sólo cuentas conmigo.

INÉS.

¿Cómo?

PASQUÍN.

Lo dicho.

INÉS.

Jumento,
¿En las comedias no ves
Que cuando se casa el amo
Casa al criado después?
Costumbre de poetas es:
Su cumplimiento reclamo.

PASQUÍN.

Nunca: si cuando me he visto
Libre de mis males ya
El casarme no resisto,
Mi pasión acabará

Aun peor que la de Cristo.
(Inés quiere hablar.)
Aunque gruña Calderón
Y se alborote el Parnaso,
No varío de intención.

INÉS.

Pero...

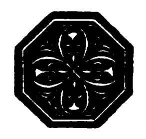
PASQUÍN.

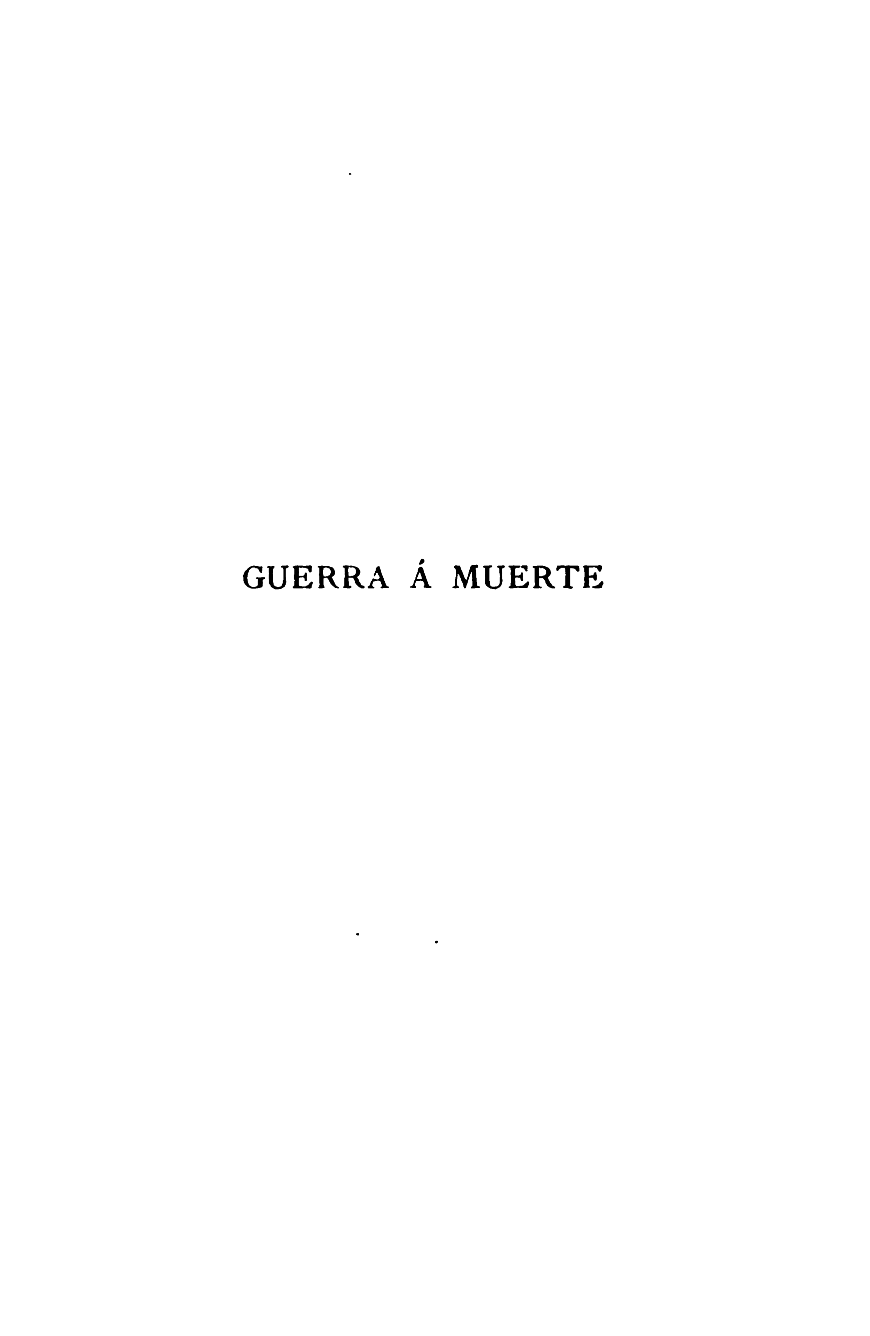
Que caiga el telón:
Está dicho; no me caso.

INÉS.

¡Oh, me abandona el traidor!
¿Dónde encontraré un marido
Que me consuele? ¡Oh furor!
Público, silba al autor
Que casarme no ha querido.

FIN DE LA COMEDIA.





GUERRA Á MUERTE

GUERRA Á MUERTE

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

PERSONAJES.

D. ALONSO DE RIVADENEIRA. } *Mayordomos de S. M.*
D. ALEJO DE GUZMÁN. }
D. CÉSAR DE RIVADENEIRA.
D. DIEGO, }
D. CÁRLOS, } *Amigos de D. César.*
D. LUIS, }
DOÑA VICTORINA DE GUZMÁN.
DOÑA LUISA, }
DOÑA ELVIRA, } *Amigas de Doña Victorina.*
DOÑA ELENA, }

Coro de damas y caballeros.

Reinado de Felipe V.

Esta zarzuela se estrenó en el teatro del Circo de Madrid á 21 de Junio de 1855.

Representáronla en su estreno las señoras doña Amalia Ramirez y doña Teresa Rivas, y los señores D. Francisco Calvet, D. Ramon Cubero, D. Francisco Salas y D. Vicente Caltañazor.



ACTO ÚNICO.

El teatro representa los jardines de la Granja. En el fondo, la fachada principal del real palacio. En medio de la escena dos sillas rústicas.

La acción empieza al declinar el sol de una hermosa tarde de otoño, y concluye de noche: la iluminación pintoresca y brillante del palacio alumbra las últimas escenas.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, DON ALEJO, DON CÉSAR, DON DIEGO, DON CARLOS, DON LUIS, DOÑA VICTORINA, DOÑA ELVIRA, DOÑA ELENA, DOÑA LUISA, DAMAS y CABALLEROS.

(Preludio en la orquesta durante el siguiente diálogo.)

DON ALONSO.

¿Piensas hoy continuar *(Á César)*
Tus locuras afrentosas?

DON CÉSAR.

¡Ah! no, señor: esas cosas
Las hago yo sin pensar.

DON ALONSO.

¡César!

DON ALEJO.

Hija, yo quisiera *(Á Victorina)*
Exigirte un sacrificio.

DOÑA VICTORINA.

¿Cuál es?

DON ALEJO.

Que tengas jüicio
Por esta tarde siquiera.

DOÑA VICTORINA.

Yo, señor...

DON ALEJO.

Dura es la ley.

DON ALONSO.

¡Aun conmigo haces alarde!...

DON ALEJO.

La Reina vino esta tarde.

DON ALONSO.

En la Granja se halla el Rey.

DON DIEGO.

Despacha al viejo. *(Á César.)*

DON CÉSAR.

Á eso voy.

DOÑA ELVIRA.

Vente, que tengo que hablarte.
(Á Victorina.)

DON ALEJO.

¿Conque harás por enmendarte?

DOÑA VICTORINA.

Obraré... como quien soy.

DON ALEJO.

Niña obediente: eso es.

DON CÉSAR.

Cumpliré vuestro deseo.

DON ALEJO.

¿Vamos á dar un paseo,
Don Alonso?

DON ALONSO.

Vamos, pues.

(Vanse del brazo.)

ESCENA II.

DICHOS menos DON ALONSO y DON ALEJO.

CANTO.

DON CÉSAR.

Ya mi padre me dejó.

DOÑA VICTORINA.

Ya respiro: ya se fué. *(De mal humor.)*

CORO DE MUJERES.

¿Estás triste? *(Á Victorina.)*

DOÑA VICTORINA.

¡Qué sé yo!

CORO DE MUJERES.

¿Qué te pasa?

DOÑA VICTORINA.

¡Yo no sé!

DON CÉSAR.

Mucho siento hallaros triste.
(Dirigiéndose á Victorina.)

DOÑA VICTORINA.

¿Triste yo? ¡Qué desvarío! *(Disimulando.)*

DON CÉSAR.

Bien se ve.

DOÑA VICTORINA.

Decid un chiste.
Y vereis como me rio.
Divertidme.

CORO DE MUJERES.

Ten cordura. *(Aparte á Victorina.)*

DON CÉSAR.

¡Venturosa ocupacion!

DOÑA VICTORINA.

Os concedo la ventura...
De servir de diversion.

DON CÉSAR.

¿De qué modo?

DOÑA VICTORINA.

Vuestra historia
Amorosa relatad.

DON CÉSAR.

Pierdo siempre la memoria
Al perder la voluntad.

DOÑA VICTORINA.

Pues cantad.

CORO DE MUJERES.

¡Que César cante!

DON CÉSAR.

¿Y de qué? ¿De amor?

DOÑA VICTORINA.

De amor.

DON CÉSAR.

Ronco estoy.

DOÑA VICTORINA.

Sed más galante
Y menos galanteador.

DON CÉSAR.

Bien: mandad.

DOÑA VICTORINA.

Poned un juego.

DON CÉSAR.

No los sé, ni se usan ya.

DOÑA VICTORINA.

Un enigma.

DON CÉSAR.

Soy muy lego.

DOÑA VICTORINA.

Pues... ¡bailad! *(Despechada.)*

DON CÉSAR.

¿Quién? ¿Yo?

CORO DE MUJERES.

¡Ja! ¡ja!

CORO DE HOMBRES.

Ve con cuidado, *(Aparte á César)*
Que es muy dispuesta.

DON CÉSAR.

Más bravas que ésta
Las he domado.

CORO DE MUJERES.

No te abandones, *(Aparte á Victorina)*
Que es muy corrido.

DOÑA VICTORINA.

Nunca he temido
Los valentones.

DON CÉSAR.

Por más que vuestra pena
Disimuléis tan bien,
Yo advierto en vuestros ojos
Extraña languidez.

DOÑA VICTORINA.

¿De veras?

DON CÉSAR.

Ese hastío,
Ese falso desdén,
Ese anhelar incierto
Que muestran sin querer,

Me dicen claramente...

DOÑA VICTORINA.

Seguid...

DON CÉSAR.

Me dicen...

DOÑA VICTORINA.

¿Qué?

DON CÉSAR.

Que amor os ha clavado
Su flecha más cruel.

DOÑA VICTORINA.

¡Yo amar! *(Irritada.)*

DON CÉSAR.

Si os causo enojo,
Más presto lo creeré.

DOÑA VICTORINA.

Pues ya que estoy flechada,
Decid... ¡ja! ¡ja! ¿De quién?
¿De vos?

DON CÉSAR.

No he dicho tanto,
Mas puede suceder.

DOÑA VICTORINA.

¡Yo amaros!

DON CÉSAR.

Es posible.

DOÑA VICTORINA.

(¡Audacia descortés!)
Jamás ha habido un hombre
Que venza mi esquivez.
¡Detesto al sexo todo!

CORO DE HOMBRES.

¡Qué horror!

DON CÉSAR.

Decid por qué.

DOÑA VICTORINA.

Un canto sé muy lindo
Que explica mi desdén.

CORO DE HOMBRES.

Decidnos ese canto
Que os hace tan cruel.

CORO DE MUJERES.

Que cante Victorina;
Que explique su desdén.

DOÑA VICTORINA.

CANCIÓN.

De amor en el albur,
Quien pierde es la mujer;
Que el hombre es un tahur,
Sin nada que perder.
Pues todos son muy sátrapas
Y el juego es desigual,
No quiero ser tan cándida
Que exponga mi caudal.

CORO DE MUJERES.

Alerta, y no ser cándida,
Que el juego es desigual.

CORO DE HOMBRES.

Nos pierde si esas máximas
Consigue propalar.

DOÑA VICTORINA.

Vosotras, si queréis
Que os amen con ardor,
Jamás le demostréis
Al hombre vuestro amor;
Que amado olvida el pérfido,
Y odiado empieza á amar:
Ó no le améis, ó enérgicas
Sabed disimular.

CORO DE MUJERES.

Á todas nos es fácil
Saber disimular.

CORO DE HOMBRES.

Contra ese inícuo cántico
Es fuerza protestar

DON CÉSAR.

¡Muy bien!

DOÑA VICTORINA.

¿Os agrada? *(Á César.)*

DON CÉSAR.

Tenéis linda voz.

DOÑA VICTORINA.

La letra...

DON CÉSAR.

Yo sigo
La misma opinión.

DOÑA VICTORINA.

¡Y así confesáis
Que el hombre es traidor!

DON CÉSAR.

¿Y yo he de cambiarlo
Si así le hizo Dios

DOÑA VICTORINA.

(¡Qué audacia)

CORO DE MUJERES.

Nosotras
Queremos mejor.

DON CÉSAR.

Respecto á mujeres
Un canto sé yo.

CORO.

Decidlo.

DON CÉSAR.

Al momento.

CORO DE HOMBRES.

¡Venganza! *(Aparte á César.)*

DON CÉSAR.

Atención.

CANCIÓN.

La que es bella y sobresá—
Á sí misma se idolá—;
La infeliz que raya en fé—
No la quiero aunque me quié—
Y medianas como hermó—
Son terribles enemí—,
Que al que llega á ser su nó—
Le convierten en noví—.

CORO DE HOMBRES.

El cantar es muy chistoso.

DON CÉSAR.

¿Os agrada?

CORO.

Mucho.

DON CÉSAR.

Oíd.

Libertad, calma y diné—
Pierde aquel que se arrocí—:
Debe el hombre que no es né—
Sólo amarlas un poquí—.
Quien las ama demasiá—
Es burlado y hace el ó—:
Mas tratándolas con má—
No hacen daño y son gustó—.

CORO DE HOMBRES.

Pierde calma y libertad
Quien les tiene mucho amor.

CORO DE MUJERES.

Despreciemos su cantar

No mostrando indignación.

CORO DE HOMBRES.

¡Bravísimo!

DON CÉSAR.

¿Os agrada? *(Á Victorina.)*

DOÑA VICTORINA.

Os doy mi parabién.

CORO DE MUJERES.

¿Tú aplaudes? *(Aparte á Victorina.)*

DOÑA VICTORINA.

Ofendernos
Pretende el descortés.
Fingid que despreciamos
Sus tiros.

CORO DE MUJERES.

(Dices bien.)
¡Bravísimo el cantante!

DON CÉSAR.

Mil gracias. *(Con ironía.)*

CORO DE MUJERES.

No hay de qué.

(Suena música dentro, y salen por el fondo varios aldeanos en tropel.)

DON CÉSAR.

Las fuentes de la Granja
Empiezan á correr.

CORO DE HOMBRES.

Marchemos.

CORO DE MUJERES.

Vamos todas.

CORO DE HOMBRES.

Hacedme la merced...

(Ofreciendo cada uno el brazo á una dama.)

DOÑA VICTORINA.

No tal.

CORO DE HOMBRES.

Coged mi brazo.

CORO DE MUJERES.

Jamás.

CORO DE HOMBRES.

¿Por qué?

CORO DE MUJERES.

¿Por qué?
Muchas gracias. No podemos
Abusar de su bondad,
Que privarles no queremos
De su calma y libertad.
¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!
Ustedes, por allí;
Nosotras, por acá;
Y disfruten con anchura
De su calma y libertad.

CORO DE HOMBRES.

¡Piedad! ¡Piedad!
Si el canto que aplaudí
Enojo tal les da,
En desquite, á su hermosura
Rendiré mi libertad.

DON CÉSAR.

Si el canto que aprendí
Enojo tal les da,
Yo prometo á su hermosura
No decir otra verdad.

(Vanse las damas riendo, sin admitir el brazo de ninguno. Fin de la introducción.)

ESCENA III.

DON CÉSAR, DON DIEGO, DON CARLOS, DON LUIS
y demás caballeros.

DON LUIS.

¿Ves? Tu poca urbanidad
Las ha enojado.

DON CÉSAR.

¿Y qué quieres?
Olvidé que las mujeres
Aborrecen la verdad.

DON LUIS.

En tu cantar has hablado
De traiciones y falacias.

DON CÉSAR.

Pues deben darme las gracias
Por lo mucho que he callado.

DON CARLOS.

Vamos á buscarlas.

DON LUIS.

Sí;
Corramos. ¿Qué se dijera?...

DON CÉSAR.

¡Falange cumplimentera!

DON CARLOS.

Allí están.

DON CÉSAR.

Quietos aquí.
Con tanto término fino,
Tanto adular y querer,
Habéis echado á perder

Todo el sexo femenino.
Sois la culpa de sus dengues,
De su risita burlona,
Vosotros, corte dulzona
De almibarados merengues.
Viento infundís de mil modos
En su vano pensamiento,
Y ellas, á su vez, con viento
Os alimentan á todos.
Dejadlas.

DON LUIS.

Pero ¿tú quieres?...

DON CARLOS.

Que les deis á conocer
Lo poco que una mujer
Se divierte entre mujeres.
Cuando ellas á solas miren
Inútiles sus tocados,
Pues no hay necios que extasiados
Las aplaudan y suspiren;
Que nadie las llama hermosas
Ni les jura que las ama,
Y que ninguno reclama
Sus miradas engañosas,
Sentirán ¡voto á mi nombre!
Tal fastidio y tal mohina,
Que han de subirse á una encina
Por ver de lejos á un hombre.
Y si volvéis, yo os prometo
Que les daréis tanto gozo,
Que á tí te hallarán buen mozo,

(Señalando al más feo.)

Y á tí bizarro y discreto.
(Señalando al que tiene cara de más bruto.)

DON CARLOS.

Pues yo tengo comezón
De verlas.

DON CÉSAR.

¡Calla, maldito,
Que ese brutal apetito
Ha de ser tu perdición!

DON DIEGO.

Para vencer un desdén
La mejor es mi doctrina.

DON CÉSAR.

¿Y qué tal con Victorina
Escapaste?

DON DIEGO.

¡Bien! ¡Muy bien!
Declaréme.

DON CÉSAR.

Y, segun trazas,
Se mostraba bienhechora.

DON DIEGO.

¡Oh! Yo sé bien que me adora.

DON CÉSAR.

Pero...

DON DIEGO.

Me dió calabazas.

VARIOS.

¡Ja! ¡Ja!

DON CÉSAR.

En lo dicho quedamos.
No verlas.

DON DIEGO.

Eso conviene.
Allí presumo que viene
Una.

DON LUIS.

¿Quién es?

DON CARLOS.

Vamos.

TODOS.

Vamos.

DON CÉSAR.

¡Quietos! ¿Qué fué de aquel brío?
¿Así su vista os exalta?

DON DIEGO.

¡Ji! ¡Ji! Confieso mi falta;
Pero al verlas no soy mío.
¿Y á qué viene ley tan dura?
Tú tienes alguna trama.

DON LUIS.

¿Piensas aumentar tu fama
Con otra nueva aventura?

DON CÉSAR.

El que piensa nunca atina,
Si de mujeres se trata.

DON DIEGO.

¿Quieres bien á alguna ingrata?

DON CÉSAR.

Quiero mal á Victorina.
Me irrita el orgullo fuerte
Que en sus acciones contemplo,
Y es punible el mal ejemplo
Con que á todas las pervierte.

Cuando tiernos y felices
Ofrecisteis vuestros codos,
Hizo que quedarais todos
Con un palmo de narices.

DON DIEGO.

Fué mal hecho.

DON LUIS.

De ella en pos
Salió tu Elena. *(Con intención.)*

DON CARLOS.

Y tu Elvira. *(Con intención.)*

DON DIEGO.

¿Por cuál de las dos suspira
Tu corazón?

DON CÉSAR.

Por las dos.
Un amor puede importuno
Matar al hombre más grave:
Dos amores no se sabe
Que hayan matado á ninguno.

DON DIEGO.

¡Pero desairarme á mí!

DON CÉSAR.

Y á todos.

DON DIEGO.

Es grave asunto.

DON CÉSAR.

Olvidad...

DON CARLOS.

Vamos al punto
Á reñir con ellas.

TODOS.

Sí,

Vamos.

DON CÉSAR.

¡Quietos, turba avara
De mujeres! Ese arrojo,
¿Es por mostrarles enojo,
Ó por mirarles la cara?

DON DIEGO.

Á pesar de su reproche,
¡Pasarnos la tarde entera
Sin verlas!...

DON CÉSAR.

De esa manera
Pasaréis mejor la noche.
Veréis un ejemplo en mí
De fortaleza y valor.
Todos tenéis un amor.

TODOS.

Cierto.

DON CÉSAR.

Yo dos.

TODOS.

Es así.

DON CÉSAR.

Resuelto estoy, ¡vive Dios!
Si prometéis no dejarme,
Á escribirlas y á quedarme
Ahora mismo sin las dos.

DON LUIS.

¿Sin Elena?

DON CÉSAR.

Y en seguida.

DON CARLOS.

¿Y sin Elvira?

DON CÉSAR.

¡También!
El que las conoce bien
Fácilmente las olvida.
Voy á escribir.

DON LUIS.

Yo te sigo.

DON CÉSAR.

Venid todos; seré breve.
Veréis qué cisma se mueve
En todo el campo enemigo.
Ya la victoria celebro
Como nadie se acobarde;
Y pasen toda la tarde
Sin escuchar un requiebro.

DON DIEGO.

¡Bravo!

DON CÉSAR.

Vengar solicito
Nuestro desaire pasado.
Seguidme.

DON DIEGO.

Quedas nombrado
Nuestro capitán.

DON CÉSAR.

Admito. *(Vanse.)*

ESCENA IV.

DOÑA VICTORINA, DOÑA LUISA, DOÑA ELENA,
DOÑA ELVIRA y DAMAS.

DOÑA VICTORINA.

Venid todas por acá,
Que ni mirarnos merecen.
¿Veis? Hombres solos parecen
Potros cerriles.

TODAS.

¡Ja! ¡Ja!

DOÑA VICTORINA.

¡Silencio! Todo el concurso
Debe estudiar la cuestión:
Conque prestadme atención,
Que os voy á echar un discurso.

TODAS.

¡Bien! *(Formando corro.)*

DOÑA VICTORINA.

Chicas, rota la norma
Del prudente galanteo,
El sexo forzudo y feo
Necesita una reforma.
Son fingidos en sus penas
Y falsos en sus amores;
Y luchando con traidores,
Todas las armas son buenas.

TODAS.

¡Bravo!

DOÑA VICTORINA.

¡Chitón! Su desdén
Exagere cada cual,
Que sólo el tratarlos mal
Les hace que quieran bien.

TODAS.

Cierto.

DOÑA LUISA.

Y yo añado...

DOÑA ELENA.

Y yo digo...

DOÑA VICTORINA.

¡Orden! Mostraros deseo...
¿En qué iba?

DOÑA LUISA.

En que el hombre es feo,
Pero malo.

DOÑA VICTORINA.

¡Ah! Ya prosigo.
Su necio orgullo altanero
Y su vana independencia
Reclaman con grande urgencia
El castigo más severo.
Negaréis al más contrito
Cualquiera favor que os pida,
Y dad besos en seguida
Á la gata y al perrito.
Cuando os hablen de constancia,
De amor y de penas hondas,
Hablad de encajes y blondas
Y de las modas de Francia.
Quedan desde ahora prohibidas

Las sonrisas halagüeñas,
Las miradas y las señas
Y las cartas á escondidas.
Tomar el brazo, y callar
Los desacatos del codo;
Dar la mano, y sobre todo
El dejársela besar.

(Murmullos de desaprobación.)

No murmuren, pues se ve,
Y es un refran castellano,
Que si les damos la mano
Ellos se toman el pie.
Aunque yo siempre he tenido,
Á pesar de sus alardes,
En opinión de cobardes
Á cuantos he conocido.
Y para hacer lo que os hablo,
Tened por muy verdadero
Que el que llega á ser más fiero
No pasa de un pobre diablo.
Y aunque digan que es mal bicho
La mujer, fuera temores:
Como no hay otras mejores,
Ellos os querrán. He dicho.

UNAS.

¡Bien!

OTRAS.

¡Soberbio!

DOÑA VICTORINA.

Tened cuenta
Con la parte preceptiva.

DOÑA ELENA.

¡Viva el orador!

TODAS.

¡Que viva!

DOÑA ELVIRA y DOÑA ELENA.

Venga un abrazo.

DOÑA VICTORINA.

Y cuarenta.

(Brincan y bailan, tarareando el último canto de la introducción.)

DOÑA LUISA.

Pero ¿sabéis lo que advierto?
Que es conducta muy grosera
No venir uno siquiera
Á buscarnos.

DOÑA ELENA.

Es muy cierto.

DOÑA ELVIRA.

¡Y qué uniditos están!
Ni uno ha vuelto.

DOÑA VICTORINA.

Se supone.
César así lo dispone,
Y todos siguen su plan.

DOÑA ELENA.

¡Tal unión!...

DOÑA ELVIRA.

¡Malos castigos!

DOÑA VICTORINA.

¡Oh! Los hombres, hijas mías,
Al tratar de picardías
Se hacen íntimos amigos.

Imitadlos.

DOÑA LUISA.

Yo te juro...

Siento pasos.

DOÑA ELENA.

¿Quién será?

(Todas se arreglan el tocado y se ponen muy serias.)

DOÑA VICTORINA.

No son ellos. *(Movimiento de ira en todas.)*

DOÑA LUISA.

Esto ya

Pasa de castaño oscuro.

ESCENA V.

DICHAS, y dos PAJES.

PAJE PRIMERO.

¿Doña Elena? Este billete *(Aparte á Elena)*

De don César.

(Se le da sin que nadie lo vea.)

DOÑA ELENA.

Bien, callad.

PAJE SEGUNDO.

¿Doña Elvira? *(Aparte á Elvira.)*

DOÑA ELVIRA.

¿Quién?

PAJE SEGUNDO.

Tomad:

De don César.

DOÑA ELVIRA.

Calla y vete.

ESCENA VI.

DICHOS, menos los dos PAJES.

DOÑA LUISA.

Lo apruebo: fuerza es tomar
De este desaire venganza.

DOÑA VICTORINA.

Imitemos su alianza.
¡Si yo pudiera contar
Con vosotras!

DOÑA LUISA.

Dí, ¿qué quieres?

DOÑA VICTORINA.

Pero temo...

DOÑA LUISA.

No te asombres.

DOÑA VICTORINA.

Pues ¿qué fuera de los hombres
Si se unieran las mujeres?
Ya veis: si esto sigue así,
Querrán, al paso que vamos,
Que nosotras les digamos:
«Yo te adoro: dame el sí.»

DOÑA LUISA.

Nada: busquemos un modo...
Un desaire que los hiera.

DOÑA VICTORINA.

¡Oh! ¡Si yo contar pudiera
Con vosotras!

VARIAS.

Para todo.

DOÑA VICTORINA.

Pues bien...

DOÑA ELENA.

¿Victorina?

(Llamándola aparte.)

DOÑA VICTORINA.

Dí.

DOÑA ELENA.

¡Yo una carta he recibido!...

DOÑA ELVIRA.

Yo otra.

DOÑA VICTORINA.

¡Os habéis atrevido!

Dádmelas.

DOÑA ELENA.

Toma.

DOÑA ELVIRA.

Hela aquí.

DOÑA VICTORINA.

Estamos de enhorabuena.

Dos se rinden.

DOÑA LUISA.

¿Qué?

DOÑA VICTORINA.

Mirad.

Escriben.

DOÑA LUISA.

No haya piedad.

VARIAS.

¿Y á quién?

DOÑA VICTORINA.

Á Elvira y á Elena.

DOÑA ELENA.

(¡Ya la envidia las devora!)

DOÑA LUISA.

Que se lean.

DOÑA VICTORINA.

Al momento.

(Entrega uno de los billetes á Luisa.)

DOÑA ELENA.

Veréis con cuánto talento
Sabe fingir que me adora.

DOÑA LUISA.

Ni por esas.

DOÑA VICTORINA.

Según trazas,
Es galán. *(Desdoblando el billete.)*

DOÑA ELENA.

Tened cuidado.

DOÑA VICTORINA.

«Con el adjunto criado *(Leyendo)*
Mandadme dos calabazas.»

DOÑA ELENA.

Eso es dármelas á mí.

DOÑA VICTORINA.

Así parece. *(Todas se ríen, ocultando la risa.)*

DOÑA ELENA.

¡Oh furor!

DOÑA LUISA.

«Niña, buscad otro amor, *(Leyendo)*
»Que yo...»

DOÑA ELVIRA.

¡Venganza!

(Arrebatándole la carta.)

DOÑA VICTORINA.

Y aquí

César firma.

DOÑA LUISA.

Aquí también.

DOÑA ELVIRA.

¡Infame!

DOÑA LUISA.

¡Vaya una alhaja!

(Todas se rien.)

DOÑA VICTORINA.

Pues á todas nos ultraja
Su desprecio y su desdén. *(Con resolución.)*

DOÑA ELVIRA.

¡Venganza!

DOÑA LUISA.

Sí, ¡mano fuerte!

DOÑA ELVIRA.

Pensemos en el castigo.

DOÑA VICTORINA.

César es nuestro enemigo:
El que á todos los pervierte.

DOÑA ELENA.

Victorina, si es verdad
Tu destreza...

DOÑA LUISA.

Tu gran arte... *(Con ironía.)*

DOÑA ELENA.

Tú debieras encargarte

De vencer su vanidad.

DOÑA LUISA.

Nuestro honor manda que sea
Humillado.

DOÑA ELENA.

Hay que vencerle. *(Pausa.)*

DOÑA LUISA.

¿Temes?

DOÑA VICTORINA.

¿Cómo? He de ponerle
Más blando que una jalea.

TODAS.

¡Bien!

DOÑA VICTORINA.

Mas antes... Digan pues:
¿Quién tiene amante?

DAMA PRIMERA.

Yo uno.

DAMA SEGUNDA.

Yo otro.

DAMA TERCERA.

Yo otro.

DAMA CUARTA.

(Con tristeza.) Yo ninguno.

DAMA QUINTA.

Yo uno.

DAMA SEXTA.

Yo dos. *(Contenta.)*

DAMA SÉTIMA.

Yo tres.

(Con mucha satisfacción.)

DOÑA VICTORINA.

Sacad libros de memorias,
Y á todos—¡Mano atrevida!—
Calabazas.

TODAS.

¡Gran medida!

DOÑA ELENA.

¡Calabazas!

DOÑA ELVIRA.

¡Dimisorias!

DAMA PRIMERA.

¡Te despido! *(Escribiendo.)*

DAMA SEGUNDA.

Te olvidé. *(Idem.)*

DAMA TERCERA.

Se acabó. *(Idem.)*

DAMA QUINTA.

Me cansas ya. *(Idem.)*

DOÑA LUISA.

Victorina no podrá
Vencer á César.

(Aparte á Elena y á Elvira.)

DOÑA ELENA.

¿Por qué?

DOÑA LUISA.

Porque juzgo que en secreto
Le ama, y mucho.

DOÑA ELENA.

¡Bueno fuera!

DOÑA VICTORINA.

Comiencen de esta manera
Á mirarnos con respeto.

Yo me encargo del más fuerte.

DOÑA LUISA.

Dios te ayude. *(Con malicia.)*

DOÑA VICTORINA.

No os asombre.

DOÑA LUISA.

Ya están.

(Es decir; ya están escritas las cartas.)

DOÑA VICTORINA.

¡Juremos al hombre
Guerra á muerte!

TODAS.

¡Guerra á muerte!

ÁRIA y CORO.

CORO.

Que juegue en tus ojos
Travieso Cupido;
Que muevan tus lábios
Sonrisas de amor.
Arréglate el pelo,
Compon el vestido.
¡Bonito es el lazo!
¡Preciosa la flor!
Anímate; vence,
Y al verle rendido,
Desprecia y destroza
Su pecho traidor.

DOÑA VICTORINA.

Si amor le aconseja,
Y acude á la miel,
Clavará la abeja
Su aguijón en él.

CORO.

Hiérale la abeja
Si busca la miel.

DOÑA VICTORINA.

Arréglame este encaje.

CORO.

Ya está.

DOÑA VICTORINA.

La flor tambien.
(Le arreglan el tocado.)
¿Me sienta bien el traje?

CORO.

(¡Qué vana!) Sí, muy bien.

DOÑA VICTORINA.

Si pica en el cebo
Vencido será;
Es audaz mancebo,
Y él lo picará.

CORO.

Este triunfo nuevo
Famosa te hará.

DOÑA VICTORINA.

¡Hola! ¿Pajes? ¿Mayordomos?
¿Escuderos?
(Llamando.—Salen varios criados.)

CORO.

Aquí están.

DOÑA VICTORINA.

Al momento esos despachos
Á los pérfidos mandad.

CORO.

Al marqués. Al señor conde.
Á don Pedro. Á don Julian.
(Entregando las cartas.)

DOÑA VICTORINA.

Á quien diga el sobrescrito,

Esas cartas entregad.

TODAS.

Nunca el sexo ha dado tantas
Calabazas á la par.

DOÑA VICTORINA.

Ya está rota la campaña.
¿Cederéis?

CORO.

¿Ceder? ¡Jamás!

DOÑA VICTORINA.

Jurad impávidas,
Sin compasión,
Guerra al indómito
Sexo traidor.

(Todas repiten la estrofa.)

DOÑA VICTORINA.

Miradas lánguidas,
Sentida voz;
Su pecho pérfido
Hiera de amor;
Y cuando tímidos
Pidan perdón,
Decid huyéndoles...

TODAS.

¡No, no, no, no!
Ajad enérgicas
Su presunción:
¡Guerra al indómito
Sexo traidor!

(Salen con aire marcial. Victorina, antes de salir, deja su ramo sobre un asiento.)

ESCENA VII.

DON ALEJO, y después DON ALONSO.

DON ALEJO.

Nada: no están. Pero ¿en dónde
Se han escondido esos diablos?
¡Qué bochorno! Están desiertos
Los salones de palacio.
Esto es alguna locura
De Victorina.

DON ALONSO.

(Saliendo del palacio.)

¿Apostamos
Á que es causa de este embrollo
El hijo que Dios me ha dado?

DON ALEJO.

¿Don Alonso?

DON ALONSO.

¡Ah! ¿Don Alejo?

DON ALEJO.

¿Dónde están esos muchachos?

DON ALONSO.

¡El diablo que se los lleve
Á todos!

DON ALEJO.

Pues ¿qué ha pasado?

DON ALONSO.

Que falta la gente moza
Del salón. ¡Tal desacato!

DON ALEJO.

¿Y qué?

DON ALONSO.

¿Qué sé yo? Son jóvenes;
Andan solos, y en el campo.

DON ALEJO.

¿Y qué pasa?

DON ALONSO.

Lo que pasa,
¿Quién se atreve á imaginarlo?

DON ALEJO.

¡Ay Dios!! ¿Y muestran enojo
Sus Majestades?

DON ALONSO.

No es grato
El mirarse solamente
De vejestorios cercados.
El Rey, aunque sonriendo,
Me dijo ha poco: «Reparo
Que mi córte ha envejecido
En poco tiempo cien años.»

DON ALEJO.

De esta gracia será cómplice
Vuestro hijo César.

DON ALONSO.

Es claro:
Y Victorina.

DON ALEJO.

¡Malditos!
¿Dónde están?

DON ALONSO.

¿Por qué mil diablos
No casáis á esa muchacha
Tan traviesa?

DON ALEJO.

De eso trato.
Mas cuando afable la exhorto
Á que elija uno de tantos
Que la quieren, la rapaza,
Con notable desenfado,
Me dice que para ahorcarse
No le gusta ningún árbol.
Y vos, ¿por qué no casáis
Á César?

DON ALONSO.

¡Qué he de casarlo!
Él conoce á las mujeres
Á fondo; las ha estudiado,
Segun dice; y si esto es cierto,
¿Quién lo casa?

DON ALEJO.

Me hago cargo...
Mas es lástima: una boda
Pudiera domar á entrambos.

DON ALONSO.

Allí están.

DON ALEJO.

Pues vamos presto.
Lo que es ésta no la paso.

DON ALONSO.

Solas están las muchachas.

DON ALEJO.

¿Solas? Respiro.

DON ALONSO.

Pues vamos.

DON ALEJO.

Tiempo es de que en estos hijos
Meditemos muy despacio.
Tengo un proyecto.

DON ALONSO.

Decidme.

DON ALEJO.

Atended: hay que pensarlo.

(Se van hablando.)

ESCENA VIII.

CÉSAR y CABALLEROS.

Salen leyendo cartas.

ARIA Y CORO.

CORO.

Me despide.—Me desprecia.
—¿Qué contienen?—Segun trazas...
¡Calabazas!... ¡Calabazas!

TODOS.

Coincidencia singular.
¿César? ¿César? ¿Dónde es ido?

CÉSAR.

¿Qué sucede? *(Saliendo.)*

CORO.

Ven acá.

CÉSAR.

¿Nos han hecho algun disparo
Los contrarios?

CORO.

¡Oh! Si tal.

Ochocientas calabazas
Nos disparan á la par.

CÉSAR.

¡Gran metralla!

CORO.

Ya tu tropa
Es de inválidos.

CÉSAR.

¡Ja, ja!

CORO.

¿No te asombra la abundancia?

DON CÉSAR.

Son poquitas.

CORO.

¡Bastan ya!

DON CÉSAR.

Siempre tienen las hermosas
Á su lado muchas más.

CORO.

Tú eres jefe: á ti te toca
La tormenta conjurar.

DON CÉSAR.

Yo sé bien quién es la causa
De tan recio temporal.

CORO.

Dí la causa, y entre todos
El remedio se hallará.

DON CÉSAR.

Hay en la córte cierta sirena,
De airoso talle, de tez morena;
Cuyos ojitos, que muerte amagan,
Prometen mucho, mas nunca pagan.
Ella sin duda, diestra y ladina,
Hizo que os diesen ese manjar.

CORO.

Venganza, amigos, que es Victorina
La que esta fruta nos dió á probar.

DON CÉSAR.

Hasta que el niño que pintan ciego
No la persuada con blando ruego;
Hasta que, muerta su dulce calma,
Sienta cosquillas dentro del alma,
Siempre traviesa, siempre enemiga,
Vuestros amores ha de burlar.

CORO.

Pues es forzoso que alguien consiga
Su bravo pecho domesticar.

¡ César! ¡ César! Al momento
Enamora á esa mujer.

DON CÉSAR.

Yo tendré mucho contento
En poderos complacer.

CORO.

El valor el triunfo alcanza.

OTROS.

¡ Es muy diestra!

DON CÉSAR.

Ya lo sé.
Pero tengo la esperanza
De vencer.

CORO.

¿ Por qué?

DON CÉSAR.

¿ Por qué?

La mujer es lo mismo
Que leña verde,
Que llora y se resiste,
Y al fin se enciende.

Luégo, encendida,
Ni resiste ni llora,
Sólo suspira.

CORO.

¡Valiente lidia,
Que todos cantaremos
Si ella suspira!

DON CÉSAR.

No hay mujer en el mundo
Dificultosa,
Si se juntan la audacia
Y el cuarto de hora;
Y aunque ésta es brava,
Es mujer, y soy hombre:
Con eso basta.

CORO.

Vence á la ingrata,
Y ella cargue con todas
Las calabazas.

DON DIEGO.

¡Gran batalla!

DON LUIS.

¡Gran trofeo
Te espera!

DON CARLOS.

Rinde á esa aleve.

DON CÉSAR.

Juzgo que ninguno debe
Dudar de mi buen deseo.

DON DIEGO.

¿Qué medios vas á emplear
Para vencer sus rigores?
Yo entiendo un poco de amores

Y te puedo aconsejar.
¿Qué planes tienes?

DON CÉSAR.

¡Quimera!
Los planes de nada valen.

DON DIEGO.

¿Cómo, pues?

DON CÉSAR.

Porque ellas salen
Por donde menos se espera.

DON DIEGO.

¿Á qué entonces son debidos
Los muchos triunfos que adquieres?

DON CÉSAR.

Á que todas las mujeres
Nacen con ojos y oídos.
Concebidos en pecado,
Del barro vil descendemos,
Y todos correspondemos
Á origen tan señalado.
Y si Eva el Edén perdió
Por una manzana ó pera,
La pobrecita ¿qué hiciera
Por un mozo como yo?

TODOS.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DON DIEGO.

Á pesar de todo,
El lance te da cuidado:
Á Victorina has tratado
Siempre, así... de cierto modo...

DON LUIS.

Verdad: con cierta prudencia,
Que miedo tiene por nombre.

DON CÉSAR.

Con la prudencia del hombre
Que tiene mucha experiencia.
Es de condicion muy dura
La mujer en su edad verde,
Y el tiempo sin fruto pierde
El que ablandarla procura.
Victorina, de alta clase,
Joven, bizarra, valiente...
Aguardé, como prudente,
Que el mundo la desbravase.
Que aquel que á su cargo toma
Conquistar muchachas nuevas,
Necio madura las brevas
Para que otro se las coma.

DON DIEGO.

Ya es ocasión, pues dispones
El darle el golpe de gracia.

DON CÉSAR.

Si no, destreza y audacia
Engendran las ocasiones.

DON DIEGO.

Silencio. *(Escuchando.)*

DON CÉSAR.

No: nadie viene.
¡Hola! Un ramo.
(Por el que dejó Victorina.)

DON DIEGO.

Victorina

Lo llevaba.

DON CÉSAR.

Alguna espina
Oculta en sus hojas tiene.
Dejarlo aquí... ¿será dolo
Ó descuido?

DON LUIS.

Hay que pensarlo.

DON CÉSAR.

Idos: si viene á buscarlo,
Quiero que me encuentre solo.

DON DIEGO.

Adiós. Destreza y valor.
Ya ves, el puesto te cedo
Sin replicar, cuando puedo
Mostrarme competidor.
Tengo afición y pericia
Y hazañas de algún provecho.

DON CÉSAR.

Pues Victorina no ha hecho
Á tu mérito justicia.

DON DIEGO.

Se burló con esquivez
De mi pasión manifiesta;
Mas toda mujer contesta
Que no... la primera vez.
Por eso nadie hay aquí
En mejor caso que yo;
Que el que ya ha escuchado un no
Está más cerca del sí.

DON CÉSAR.

Tienes razón.

DON LUIS.

Date trazas
De hacer muy breve el asunto.

DON CARLOS.

Si vences, que anule al punto
La ley de las calabazas.

DON CÉSAR.

En tanto, nadie concierte
Treguas con mujer nacida.

DON DIEGO.

¡Guerra al sexo!

DON CÉSAR.

Decidida
Guerra, y no más.

TODOS.

¡Guerra á muerte!

ESCENA IX.

DON CÉSAR, después DOÑA VICTORINA, y luego DAMAS y CABALLEROS.

DON CÉSAR.

Lindo ramo abandonado
Quizás con pérfido objeto,
Revélame algun secreto
Del pecho que has adornado.
Dí si ha latido agitado
Sólo un momento por mí:
Alumbra mi mente y dí

Cuál es el medio mejor
Para que escale mi amor
El trono donde te ví.
Ya me voy templando.

DOÑA ELENA.

(En el fondo, á Victorina.) Él es.

DOÑA VICTORINA.

Idos.

DOÑA ELVIRA.

Mucha habilidad.

DOÑA VICTORINA.

Si hago la seña, llegad
Y le veréis á mis pies.

(Vanse Elvira y Elena, que han salido acompañando á Victorina.)

DON CÉSAR.

¡El moro en campaña! ¡Bueno!

DOÑA VICTORINA.

No me ha visto.

DON CÉSAR.

(Haciéndose el distraido.) ¡Lindo ramo!

DOÑA VICTORINA.

¡Eh! ¡Eh! *(Tosiendo muy quedo.)*

DON CÉSAR.

Ya suena el reclamo.
Vamos ganando terreno.

DOÑA VICTORINA.

(Cantando muy bajo, pero de modo que se entienda la letra.)

De amor en el albur,
Quien pierde es la mujer,
Que el hombre es un tahur
Sin nada que perder.

DON CÉSAR.

¡Ah! Si os vengo á distraer... *(Saludando.)*

DOÑA VICTORINA.

Si interrumpo...

DON CÉSAR.

No, por Dios.

DUO.

LOS DOS.

He tenido un gran placer *(Á un tiempo)*
En hallarme aquí con vos.

DOÑA VICTORINA.

(Es mi ramo.)

DON CÉSAR.

(Si es su ramo,
De pretexto servirá.)

DOÑA VICTORINA.

¡Lindas flores!

DON CÉSAR.

(Besándolas.) Son muy bellas.

DOÑA VICTORINA.

Que las vais á deshojar.
(¿Si sabrá que fueron mías?)

DON CÉSAR.

Les encuentro cierto imán,
Cierto aroma que embriaga
Mis sentidos.

DOÑA VICTORINA.

¿Sí?

DON CÉSAR.

(Dándoselas á oler.) Probad.

DOÑA VICTORINA.

Esas flores en mi pecho
Se encontraban poco há.

DON CÉSAR.

¡ Ah ! Por eso me han causado
Tal placer.

DOÑA VICTORINA.

¿ Será verdad ?

LOS DOS.

(Aparte.)
Despacito, que esta niña
este niño
Quizás tiene el mismo plan.

CORO DE MUJERES.

Llegad, llegad,
Que batiéndose están ya.
(Se ocultan entre los árboles de la izquierda.)

CORO DE HOMBRES.

Venid, venid,
Que trabada está la lid.
(Se ocultan en la enramada de la derecha.)

DOÑA VICTORINA.

Dad las flores.

DON CÉSAR.

Yo os las pido.

DOÑA VICTORINA.

¿ Os agradan ?

DON CÉSAR.

Mucho á fé.

DOÑA VICTORINA.

¿ Sois acaso mariposa ?

DON CÉSAR.

Si lo soy, pretendo arder
En la lumbre de unos ojos
Que me abrasan.
(Queriendo besarle una mano.)

DOÑA VICTORINA.

(Retirándose.) No os queméis.

CORO DE MUJERES.

(Bien la niña le provoca.)

CORO DE HOMBRES.

(El mocito avanza bien.)

DON CÉSAR.

(Ya la lucha está admitida.)

DOÑA VICTORINA.

(Á mis plantas te veré.)

DON CÉSAR.

(Y estas luchas todos saben
Qué final suelen tener.)

Jamás el veleidoso
Consigue la ventura;
Amar en el reposo
El alma al fin procura;
Feliz llamado sea
Quien ame y quien posea.
Mi pecho, ya propicio,
Confiesa esta verdad.

CORO DE HOMBRES.

Esfuerza su artificio,
Diciendo la verdad.

DOÑA VICTORINA.

También mi pecho ansioso
Anhela la ventura;
También en el reposo
Gozarla ya procura.
Si el vuestro al fin desea
Amar á quien le crea,
Comience á dar indicio
De afecto y de humildad.

CORO DE MUJERES.

Le lleva al precipicio
Con mucha suavidad.

DON CÉSAR.

De este ramo algunas flores
Son emblemas del querer.
Permitid que yo le guarde
En mi pecho.

DOÑA VICTORINA.

¿Para qué?

DON CÉSAR.

Me parece que, extasiado,
Vuestro aliento bebo en él.

CORO DE MUJERES.

(¡Ah, qué pérfido!)

DON CÉSAR.

En mis ojos
La verdad podéis leer.
¡Ah, miradme!

CORO DE HOMBRES.

(¡Aquí fué Troya!)

DOÑA VICTORINA.

Si es verdad...

DON CÉSAR.

¿Lo guardo pues?

DOÑA VICTORINA.

Yo... Don César...

CORO DE MUJERES.

(Titubea.)

DON CÉSAR.

Responded.

DOÑA VICTORINA.

Os digo... *(Indecisa.)*

CORO DE MUJERES.

(Tosiendo.) ¡Ejeem!

DOÑA VICTORINA.

(¡Ah, qué necia!) Venga al punto

DON CÉSAR.

Yo sumiso os le daré:

Mas os pido por hallazgo
Un favor.

DOÑA VICTORINA.

Decid: ¿cuál es?

DON CÉSAR.

Os le doy, mas con mi mano
Donde estaba le pondré.

DOÑA VICTORINA.

¿Dónde estaba?

DON CÉSAR.

En ese cielo.

DOÑA VICTORINA.

Bien: llegad.

DON CÉSAR.

(Desvanecido.) ¡Qué hermosa!

CORO DE HOMBRES.

(Tosiendo.) ¡Ejeem!

DON CÉSAR.

(¿Aquí estaban? Si no avisan,
Me derrito.)

CORO DE MUJERES.

¡Vaya un pez!

DOÑA VICTORINA.

(¡Se escapó!) Venga mi ramo.

DON CÉSAR.

Yo le guardo.

DOÑA VICTORINA.

¡Sed cortés!
(Se lo arrebata.)

DON CÉSAR.

De rabia temblando,
Venganza atesora;
Desquite buscando,
Se hará jugadora:
Y es cosa segura

Que habrá de perder
Quien todo lo pierde,
Perdiendo una vez.

CORO DE HOMBRES.

Pues no es tan maestro
Como antes pensé.

DOÑA VICTORINA.

Quizás observando
Su burla traidora,
También en mi bando
Me insultan ahora.
Seguir es preciso
La lucha cruel;
Es fuerza mirarle
Rendido á mis pies.

CORO DE MUJERES.

Engaña á la niña
Su vana altivez.

DOÑA VICTORINA.

¿Y qué tal? *(Á las mujeres.)*

DON CÉSAR.

(Á los hombres.) ¿Y qué os parece?

DON DIEGO.

Que has desmentido tu fama.

DOÑA LUISA.

En lo torpe que has estado,
Me pareció que le amabas.

DON CÉSAR.

Venid, y no me juzguéis
Hasta el fin de la jornada.

(Vanse los hombres.)

DOÑA VICTORINA.

¡Amarle yo!

DOÑA LUISA.

No te enfades.

DOÑA VICTORINA.

Habéis de verle á mis plantas.

DOÑA LUISA.

Procede con mucho tiento.

DOÑA VICTORINA.

¿Tú temes?...

DOÑA LUISA.

No temo nada;
Mas no siempre habrá quien tosa,
Si otra vez te pones blanda.

DOÑA VICTORINA.

¡Luisa!

DOÑA LUISA.

¡Bah! No es un pecado...

DOÑA VICTORINA.

¡Oh baldón!

DOÑA ELENA.

Está picada.

(Hablan unas con otras.)

DOÑA LUISA.

Tanto mejor para César.

DOÑA ELENA.

No es tan diestra.

DOÑA ELVIRA.

No es tan brava.

(Vanse murmurando.)

ESCENA X.

DOÑA VICTORINA.

¡Se burlan! ¿Cómo de todos
Pudiera tomar venganza?
Pero ¿es cierto que ese hombre
Ha nacido sin entrañas?
El sentimiento que á veces
Revelaban sus palabras
¿Será mentira? ¡Quién puede
Averiguar lo que pasa
En el corazon de un hombre
Tan avezado á estas farsas! *(Pausa.)*
Por amor ó por orgullo
Volverá... Tengamos calma.
¡Ah! Yo juro que muy presto
Doblará su frente brava;
Y entonces de tal manera
Tengo de avivar su llama,
Que dará función de novio
Á Madrid y á toda España.

ESCENA XI.

DOÑA VICTORINA y DON ALONSO.

DON ALONSO.

¿Victorina?

DOÑA VICTORINA.

¿Quién?

DON ALONSO.

Me alegro
De hallaros tan solitaria.

DOÑA VICTORINA.

Voy á reunirme...

DON ALONSO.

Quisiera
Hablar con vos dos palabras

DOÑA VICTORINA.

Decid, pues.

DON ALONSO.

Yo tengo un hijo.

DOÑA VICTORINA.

(¡Gran noticia!)

DON ALONSO.

De tan mala
Condición, que ya es preciso
Desbravarle.

DOÑA VICTORINA.

¿Y qué?

DON ALONSO.

Se trata
De que vos...

DOÑA VICTORINA.

¿Cómo?

DON ALONSO.

Atendedme
Omito, por ser muy larga,
La historia de los defectos
Que le adornan y me exaltan.
Hoy, desairando el convite
De palacio, han hecho falta

Él y todos sus amigos
En la fiesta. Son ya tantas
Sus locuras, que no puedo
Por más tiempo tolerarlas.
Yo temo, si voy á hablarle,
Perder del todo la calma.
Por lo tanto, Victorina,
Vos que sois tan arreglada,
Tan juiciosa... *(Con malicia.)*

DOÑA VICTORINA.

(¡Vaya un chiste!)

DON ALONSO.

Habéis de hacerme la gracia
De decirle que ya es tiempo
De vivir como Dios manda;
Que olvide necias locuras
Que siempre ofenden la fama;
Y que si no se retira
De su senda extraviada,
Le caso, mal que le pese,
Con su tía doña Engracia,
Ó con mandato del Rey
Le embarco para la Habana.

DOÑA VICTORINA.

(Despues de un momento de indecisión.)

Me acomodo: eso y aun más
Oirá de mi boca.

DON ALONSO.

Gracias.

DOÑA VICTORINA.

(Con esto tengo ocasión
De tenderle otra celada.)

DON ALONSO.

Yo respondo de su enmienda,
Si tal maestro se encarga
De corregirle.

DOÑA VICTORINA.

Yo... Bueno,
Mas no respondo de nada.

(Vase Don Alonso.)

ESCENA XII.

DOÑA VICTORINA, DON ALEJO y DON CÉSAR.

DON CÉSAR.

Ni diez padres misioneros...
Ya veréis.

DON ALEJO.

No quiero hablarla,
Porque temo...

DON CÉSAR.

Ni es preciso.
¡Si le he de echar una plática
Cuaresmal!

DON ALEJO.

Decidle cuánto
Á la Reina desagradan
Sus locuras.

DON CÉSAR.

Y otras cosas
Mejores.

DON ALEJO.

Que si no trata

De corregirse...

DON CÉSAR.

Silencio.
Vedla: solita se halla.

DON ALEJO.

Bien. (Estemos á la mira
Por si acaso se desmandan.)

ESCENA XIII.

DON CÉSAR y DOÑA VICTORINA.

DOÑA VICTORINA.

(Veré...)

DON CÉSAR.

(Cuando ella medita,
Yo debo ponerme en guardia.)
¿Señorita?

DOÑA VICTORINA.

¡Ah! ¿Caballero?
(Estremeciéndose.)

DON CÉSAR.

¿Cómo? ¿He venido á asustarla?

DOÑA VICTORINA.

Bien dicen los que aseguran
Que sois el bu de las damas.

DON CÉSAR.

No es temor el sentimiento
Que quiero inspirarlas.

DOÑA VICTORINA.

(Con ironía.) ¡Vaya!...
¿No han de temer al que sabe

Tranquilo robar su calma;
Al que las hiere de amores
Y se precia?...

DON CÉSAR.

(Interrumpiéndola.) ¡Oh! ¿Por qué causa
Me maltratáis? ¿Por ventura
Os he robado yo nada?

DOÑA VICTORINA.

¡Dios no lo quiera!

DON CÉSAR.

(¡Ojalá!)

DOÑA VICTORINA.

Tengo que hablaros.

DON CÉSAR.

¿Qué pasa?

DOÑA VICTORINA.

Mucho y malo.

DON CÉSAR.

¿Cómo es eso?

DOÑA VICTORINA.

Escuchad.

DON CÉSAR.

Con toda el alma.
Yo también tengo que hablaros.

DOÑA VICTORINA.

¿Vos?...

DON CÉSAR.

Os cedo la palabra.

DOÑA VICTORINA.

Voy á ser inexorable.

DON CÉSAR.

¿De qué se trata?

DOÑA VICTORINA.

Se trata...

DON CÉSAR.

¿De qué?

DOÑA VICTORINA.

De vuestros defectos.

DON CÉSAR.

Entonces será muy larga
La conversación. Sentémonos:
Aquí hay sillas.

DOÑA VICTORINA.

¿Dónde? Gracias.

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA LUISA, y después DON DIEGO.

DOÑA LUISA.

¿Victorina?

DOÑA VICTORINA.

¿Qué sucede?
Dí.

DOÑA LUISA.

Que está insurreccionada
Tu gente.

DOÑA VICTORINA.

¡Cómo!

DOÑA LUISA.

Que dicen
Que se aburren, que no bailan.

DON CÉSAR.

(Secretitos...)

DOÑA LUISA.

Que es injusta
La ley de las calabazas;
Que tú no puedes rendir
Á César.

DON DIEGO.

¿César? *(Saliendo.)*

DON CÉSAR.

¿Qué pasa?

DON DIEGO.

Que cunde la rebelión
En tus filas.

DON CÉSAR.

¿Cómo?

DON DIEGO.

Tratan
De pasarse al enemigo.

DON CÉSAR.

¿Qué dices?

DON DIEGO.

En cuerpo y alma.

DOÑA VICTORINA.

Conténlas.

DON CÉSAR.

Dí que respeten
El honor de nuestras armas.

DOÑA VICTORINA.

Que ya está para rendirse.

DON CÉSAR.

Que ya la niña se ablanda.

ESCENA XV.

DON CÉSAR y DOÑA VICTORINA.

DOÑA VICTORINA.
(Veremos por dónde sale
Al ver...)

DON CÉSAR.
Os escucho.

DOÑA VICTORINA.
(Sentándose.) Calma.

DON CÉSAR.
¿Me permitís? *(Queriendo sentarse.)*

DOÑA VICTORINA.
Permitido.

DON CÉSAR.
Empezad.

DOÑA VICTORINA.
De buena gana. *(Pausa.)*
Don César, ¿qué edad tenéis?

DON CÉSAR.
¡Oh! Tal principio me espanta.

DOÑA VICTORINA.
¿Cuántos años?

DON CÉSAR.
Veinticuatro.

DOÑA VICTORINA.
Cumplidos ya.

DON CÉSAR.
Por la Pascua.

DOÑA VICTORINA.

¿Y os parece, señor mio,
Que un caballero que raya
En los treinta?...

DON CÉSAR.

Veinticuatro
He dicho.

DOÑA VICTORINA.

Pues no me agrada
Ese número. En los treinta.

DON CÉSAR.

Bien.

DOÑA VICTORINA.

¿Os parece que es sabia
Conducta que pierda el tiempo
En necias calaveradas?

DON CÉSAR.

Pero...

DOÑA VICTORINA.

¡Silencio! ¿Os parece
Que un hijo de ilustre raza,
De talento, segun dicen,
Aunque él lleva la contraria;
Respetado por valiente,
Protegido de un Monarca
Que supo ganar su trono
Con la punta de su espada,
No ha de tener en el mundo
Ocupaciones más santas
Que enseñar públicamente
El desacato y la audacia;
Recibir de cuatro necios

Estúpidas alabanzas,
Y servir de diversión
Á la gente cortesana?
¿Eh? Respondedme. *(Levantándose.)*

DON CÉSAR.

¡Oh qué linda
Preceptora!

DOÑA VICTORINA.

Fuera chanzas.
Para hablaros de este modo,
Si mi autoridad no basta,
Sabed que me encuentro compe-
tentemente autorizada.

DON CÉSAR.

¡Cómo! ¿Tenéis el encargo?...

DOÑA VICTORINA.

De desbravarle. Palabra
Auténtica.

DON CÉSAR.

¡Tal ventura
He merecido!

DOÑA VICTORINA.

No es tanta.
Ya veréis.

DON CÉSAR.

Para mostraros
Cuánto seréis respetada...
(Quiere besarle una mano: ella se retira.)
¿No queréis que os manifieste
Mi obediencia?

DOÑA VICTORINA.

No hace falta.

DON CÉSAR.

¡Hola! Sabed que también
Tengo facultades amplias.

DOÑA VICTORINA.

¡Cómo!

DON CÉSAR.

Escuchadme, que ahora
Me toca á mí.

DOÑA VICTORINA.

¡Vaya en gracia!

(Vuelven á sentarse.)

DON CÉSAR.

¿Paréceos bien que una niña,
Que pudiera estar casada,
Y algo más, pierda su tiempo
Alborotando á las damas,
Inspirando á los galanes
Amorosas esperanzas,
Maltratando á los cautivos
En las redes de sus gracias,
Y negando á un padre anciano
El ascenso que reclama?

DOÑA VICTORINA.

¿Mi padre ascenso?

DON CÉSAR.

De abuelo.
Y ya le falta la calma.

DOÑA VICTORINA.

¿Qué decís?

DON CÉSAR.

Sabed que ahora
Yo represento sus canas;

Y me encuentro autorizado
Para todo. *(Acerca un poco la silla.)*

DOÑA VICTORINA.

(Levantándose.) ¡Gentil aya!

DON CÉSAR.

Y he de saber desde ahora
Á quién mira, y á quién habla,
Y á quién...

DOÑA VICTORINA.

(Acercándose.) Vamos, papá mío,
No se enoje.

DON CÉSAR.

¿Qué pensaba?

DOÑA VICTORINA.

Yo sumisa le prometo
Enmendarme.

DON CÉSAR.

No me basta.
En muestra de que ha quedado
Corregida y aumentada,
Bese la mano al maestro.

DOÑA VICTORINA.

¿De rodillas?

DON CÉSAR.

Fuera chanzas.

DOÑA VICTORINA.

¿Alcanza tambien á eso
La autorización?

DON CÉSAR.

Alcanza.

ESCENA XVI.

DICHOS, DON DIEGO, y luégo DOÑA LUISA.

DON DIEGO.

¿César?

DON CÉSAR.

¿Quién?

DON DIEGO.

Viendo tu gente
Que gastas mucha cachaza...

DON CÉSAR.

¡Cachaza! ¿Qué se figuran
Que es conquistar á una dama?

DON DIEGO.

Es el caso que me han dado
Las facultades más latas.

DON CÉSAR.

¿Á tí?

DON DIEGO.

Á mí.

DOÑA LUISA.

¿Victorina?

DOÑA VICTORINA.

¿Qué sucede?

DON CÉSAR.

¡Tal audacia!...

DOÑA LUISA.

¿Pide perdón?

DOÑA VICTORINA.

Aun resiste.

DOÑA LUISA.

¿Sí? Pues yo soy la encargada
De hacer lo que á tí te cuesta
Tanto trabajo.

DOÑA VICTORINA.

¿Tú tratas?...

DOÑA LUISA.

No eres la sola mujer
Que hay en el mundo.

DOÑA VICTORINA.

(¡Habrá vana!)
Prueba.

DON DIEGO.

Voy á hacer que anule
La ley de las calabazas.
Ya me mira. Tú verás...

DON CÉSAR.

(¡Qué necio!)

DON DIEGO.

Como se ablanda.

CUARTETO.

DON DIEGO.

Cuando Dios de las costillas
(Á Victorina)
Nos arrancó la mujer...

DOÑA VICTORINA.

¿Qué decís?

DON DIEGO.

Estadme atenta.

DOÑA LUISA.

Quiero hablaros. *(Á César.)*

DON CÉSAR.

¡Tal merced!

DON DIEGO.

Un mandato nos impuso
Muy süave.

DOÑA VICTORINA.

¿Sí? ¿Cuál es?

DON DIEGO.

Creced, dijo, y...

DOÑA VICTORINA.

(Interrumpiéndole.) Lo que sigue.
Omitid, que ya lo sé.

DON DIEGO.

Es un texto muy sabido.

DOÑA VICTORINA.

¿Y á qué viene?...

DON DIEGO.

Viene á que...

Por vos ambos sexos
En guerras están;
Por vos no hay coloquios
De dama y galán;
Y vengo á exigir,
Señora, de vos,
Que dejéis cumplir
Las leyes de Dios.

DOÑA LUISA.

En nombre de todas
Os hablo. *(Á César.)*

DON CÉSAR.

Empezad.
(Me mira: los celos
Me la han de ablandar.)

DOÑA LUISA.

Con vos ofendidas,

Exigen de vos
Que de tanta injuria
Les pidáis perdón.

DOÑA VICTORINA.

(Con celos de un necio
Le voy á picar.)

DON DIEGO.

Por vos no hay coloquios
De dama y galán.

DOÑA VICTORINA.

Zurcir voluntades
Jamás me gustó;
Pero por serviros
Haré ese favor.

DON CÉSAR.

Jamás á las damas
Mi pecho ofendió;
Mas si lo mandáis
Pediré perdón.

DOÑA LUISA.

¿Decís?

DON CÉSAR.

¡Que sois muy bella!

DOÑA VICTORINA.

(¡Me humilla!)

DON DIEGO.

Con que vos
Decís...

DOÑA VICTORINA.

Que sois muy bello.
(¡Qué digo!)

DON DIEGO.

¡Tal favor!
¿Haréis que se retiren

Las calabazas?

DOÑA VICTORINA.

No,
Que solo ese sustento
Merecen.

DON DIEGO.

¡Ah!

DON CÉSAR.

(Tronó.)

DOÑA LUISA.

¿Perdón nos pediréis,
Y en público?

DON CÉSAR.

Eso no.
Á solas y una á una
Les pediré perdón.

DOÑA LUISA.

¡Qué audacia!

DOÑA VICTORINA.

(Bien me venga.)

DON DIEGO.

En fin...

DOÑA VICTORINA.

Lo dicho.

DON DIEGO.

¡Oh!
(Es mengua del sexo
Su audacia sufrir:
Busquemos mujeres
En otro país.)

DOÑA LUISA.

(Enciende de nuevo
La guerra civil:
Es fuerza luchar;
Vencer ó morir.)

DOÑA VICTORINA.

(Burlada la miro *(Por Luisa)*
Si ufana la ví:
Aplaude mi pecho *(Por César)*
Su orgullo gentil.)

DON CÉSAR.

(Al ver que me venga
Del necio aprendiz,
Mi orgullo á sus plantas
Se quiere rendir.)

DOÑA VICTORINA.

¿Le has vencido? *(Á Luisa.)*

DOÑA LUISA.

¡Es un grosero!

DON CÉSAR.

¿Y qué tal? *(Á D. Diego.)*

DON DIEGO.

¡Guerra!

DOÑA LUISA.

¡Venganza!

(Suena música de baile dentro de palacio.)

DAMAS.

¡Al baile! ¡Al baile! *(Dentro.)*

DOÑA VICTORINA.

¿Qué gritos?

CABALLEROS.

¡Paz! *(Dentro y al otro lado.)*

DON CÉSAR.

¿Qué es esto?

CABALLEROS.

¡Faldas! ¡Faldas!

ESCENA XVII.

DICHOS, DAMAS y CABALLEROS.

CABALLEROS.

Queremos verlas. *(Entrando en desorden.)*

DON CÉSAR.

Teneos.

DON LUIS.

¿Pues qué hay?

DON DIEGO.

¡Cada calabaza
Que canta el credo!

DAMAS.

Á bailar. *(Entrando.)*
Haya paz.

DOÑA VICTORINA.

Tened cachaza.

DAMAS.

Ya es hora.

DOÑA ELENA.

Allí está Dieguito.

DON LUIS.

Allí está Elvira.

DON CARLOS.

Allí Juana.

DON CÉSAR.

Tened valor. Ya nos buscan.
Sacaremos más ventaja
Si ellas se rinden.

CABALLEROS.

Es cierto.

DAMAS.

Vamos.

DOÑA VICTORINA.

¿No veis que ya tratan
De rendirse?

DON CÉSAR.

¡Quietos!

DOÑA VICTORINA.

¡Quietas!

DAMAS.

Es verdad.

DOÑA VICTORINA.

¡Prudencia!

DON CÉSAR.

¡Calma!

DAMAS.

¡Bribones!

DOÑA VICTORINA.

No los mireis.

(Las damas se vuelven de espalda.)

CABALLEROS.

¡Qué lindas!

DON CÉSAR.

Volved la cara.

(Los caballeros hacen lo mismo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DON ALONSO y DON ALEJO.

(Salen del palacio.)

DON ALEJO.

Ya la música... ¿Qué es esto?
¿Se han convertido en estatuas?
El baile empezó: ¿no quieren
Bailar?

DAMAS.

Sí, sí.

DON ALEJO.

¿Pues qué tardan?

DOÑA VICTORINA.

Vamos, y dejarlos solos.

DAMAS.

Muy bien.

DON CÉSAR.

Idos, y dejadlas.

(Damas y caballeros se adelantan hacia el palacio, y al encontrarse, retroceden.)

DON ALONSO.

Señores, ¿puedo saber
Qué significa esta farsa?

DAMAS.

Es que...

DOÑA VICTORINA.

¡Chis!

DON ALEJO.

Los caballeros,
¿No dan el brazo á las damas?

DON LUIS.

No lo quieren admitir.

DOÑA ELENA.

Estamos todas picadas.

DON DIEGO.

Sin razón. *(Con expresión de sentimiento.)*

DOÑA ELVIRA.

Con mucha.

DON CÉSAR.

¡Quietos!

TODOS.

¡Piedad!

DON LUIS.

¡Mi bien!

DON CARLOS.

¡Prenda amada!

DOÑA VICTORINA.

¡Quietas!

DON DIEGO.

Reventó la mina.
Voy por una.

CABALLEROS.

¡Paz!

DON CÉSAR.

¡Oh rabia!

DON DIEGO.

¿Me perdonas?

UNA DAMA.

Sí.

DON DIEGO.

¡Oh delicia!

TODOS.

¡Sabrosa paz!

DOÑA VICTORINA.

¡Ay qué banda
De tortolitos! ¡Cobardes!

(Quedan solos Don César y Doña Victorina. Pausa.)

(Él solo de esta batalla
Sale ileso.)

DON CÉSAR.

(Solamente
Ella se mantiene brava.)

DOÑA VICTORINA.

¿No seguís el mal ejemplo?

DON CÉSAR.

Hija, el honor de las armas...

DOÑA VICTORINA.

¿Y por ventura el honor
Consiste en no tener alma?

DON CÉSAR.

Dadme prenda, y...

DOÑA VICTORINA.

¿Cuál?

DON CÉSAR.

El ramo.

DOÑA VICTORINA.

Pedídmelo como gracia,
De rodillas, y os le doy.

DON CÉSAR.

Quiero prenda adelantada.

DOÑA VICTORINA.

¡Eso no!

DON CÉSAR.

¡Cómo ha de ser!

DOÑA VICTORINA.

(Si no se rinde, me mata.)

DON CÉSAR.

(Si no cede, soy perdido.)

DOÑA VICTORINA.

¡Ay! Se cayó. *(Soltando el ramo.)*

DON CÉSAR.

¡Prenda amada!
Venciste. *(De rodillas.)*

DOÑA VICTORINA.

(Muy satisfecha.) Vedle. *(Á las damas.)*

(Durante los versos anteriores las damas y los caballeros han estado los unos paseándose por el fondo; los otros, pasado el primer momento de alegría, observan con curiosidad á Don César y á Doña Victorina. Cuando Doña Victorina grita: «¡Vedle!» *todos acuden. Los dos viejos han contemplado la escena con satisfacción y aire de inteligencia.)*

DAMAS.

¡Victoria!
¡Victoria!

DON CÉSAR.

¡Piedad!

DON ALEJO.

(Á Don Alonso.) La trama
Surtió efecto.

DOÑA VICTORINA.

¿Qué castigo
Le imponemos?

DON CÉSAR.

Sed humana.

DOÑA LUISA.

Que á todo el sexo ultrajado
Pida perdón.

DON CÉSAR.

¡Con el alma!

(Doña Victorina le tiende la mano: Don César la besa.)

DON CÉSAR.

El alma en este mundo
Diz que está presa:
De todas las prisiones
Elijo ésta; *(Abrazando á Victorina)*
Pues con Cupido
Sólo es uno dichoso,
Preso y vencido.

CORO DE MUJERES.

Ya lo has oído:
Solamente es dichoso
Quien es vencido.

DOÑA VICTORINA.

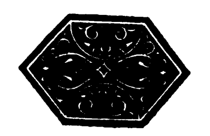
Perdonad al que diga
Que no nos quiere,
Que ese pobre no sabe
Cuánto se pierde;
Pero al que quiera,
Amadle de tal modo
Que amando muera.

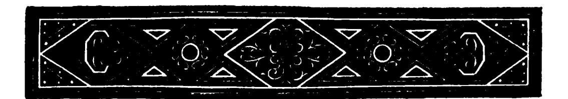
CORO DE HOMBRES.

¡ Niña hechicera,
Amadme de tal modo
Que amando muera !

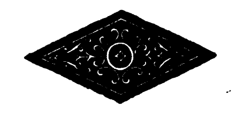
FIN DE LA ZARZUELA.

Compuso la música de esta zarzuela el Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta, maestro famoso y fraternal amigo de Ayala.





ÍNDICE.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el dia 29 Diciembre
del año de
1880.

SUSCRITORES Á LOS EJEMPLARES DE LUJO.

PAPEL CHINA.

Núm. *I*.—Sr. D. Leon Medina.
II.—Sr. D. José Fontagut Gargollo.

PAPEL WHATMAN.

Letra *A*.—Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.

PAPEL TURKEY-MILL.

b.—Sr. Vizconde de Bétera.
c.—Excmo. Sr. D. Bonifacio Cortés Llanos.
l.—Sr. D. José Fontagut Gargollo.
y.—Sr. Conde de Santiago.

PAPEL DE HILO ESPAÑOL.

Núm. 1.—M. Murillo.
2.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
3.—Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
4.—Sr. D. José Enrique Serrano y Morales.
5.—Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
6.—Sr. D. Luis González Burgos.
8.—Sr. D. José María Octavio de Toledo.